
El Hijo del León de Damasco

Emilio Salgari

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 2357

Título: El Hijo del León de Damasco

Autor: Emilio Salgari

Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 4 de marzo de 2017

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info/>

1. La sobrina de Alí-Bajá

—Ahí tenéis la bandera azul de los tres leones rampantes... Allí está la galera del bajá de Damasco. ¡Izad la nuestra!... Señora, ya se aproxima el momento de la venganza.

Aquellas palabras las pronunciaba un guerrero turco de elevada estatura, membrudo y de piel bastante bronceada, quien, al parecer, acechaba desde días atrás la llegada del navío, en lo alto del imponente castillo de Hussif, sólida mole de construcción veneciana, tan maciza y fuerte que se precisaron doscientas galeras turcas para obligar a rendirse a los últimos bravos que sobrevivieron a la caída de Chipre. Frente al mar y a la tierra alzaba sus elevadísimas torres y sus espaciosas terrazas, defendidas por más de cincuenta culebrinas y de veinte bombardas, imponiendo respeto.

La voz del fuerte guerrero, tan rotunda como el mugido de un toro, se impuso por un instante al fragor de la resaca y resonó de arriba abajo de la torre.

Pasado un momento surgió una joven, que salió de una de las torres, y penetró casi a la carrera en la terraza. Era muy hermosa y tendría unos veinte años; alta, esbelta, de ojos negríssimos que resaltaban bajo largas cejas bellamente delineadas, de boca pequeña con rojos labios semejantes a cerezas maduras, y cabello larguísimo y suelto, de color ala de cuervo. En su semblante, aunque con una perfección de rasgos casi griega, había cierta dureza y energía que denotaba al momento a la mujer turca, cruel siempre, en el fondo, por haberla acostumbrado a ello los sultanes de los siglos XV y XVI.

Al estilo de las mujeres notables turcas de aquel tiempo lucía elegantes calzones de seda blanca recamados en oro, amplios y acuchillados para que pudieran verse las piernas, jubón de verde seda orlado de plata y grandes perlas, de extraordinario valor, por botones. Su cintura la ceñía una ancha faja de rojo brocado, anudada por delante con un gran lazo que le alcanzaba casi hasta los pies, calzados con escaarpines de punta torcida hacia arriba y de cuero carmesí con adornos de oro.

A diferencia de las demás damas, anhelosas de joyas —que los sultanes, por aquella época victoriosos de continuo, luego de haber entrado a saco en provincias y reinos distribuían a diestro y siniestro, con la generosidad propia de los grandes ladrones, —aquella muchacha no lucía ningún adorno de este tipo ni tan siquiera en las orejas, muñecas o cuello. Por el contrario, colgaba de su faja una cimitarra cuya empuñadura y vaina estaban adornadas con zafiros y esmeraldas.

—¿Qué le ocurre a mi capitán para gritar de esa manera? —preguntó al turco, que en el extremo de la terraza y con la mano sobre los ojos a modo de pantalla parecía contemplar alguna cosa de gran interés en lo más lejano del horizonte. —¿Sabes que ya es hora del café?

—Mejor es el café que llega por el mar, señora. El bajá de Damasco ha caído finalmente en la trampa que le había preparado su tío el Gran Bajá.

El rostro de la joven manifestó una salvaje alegría y sus ojos lanzaron destellos.

—¿Lo supones así, Metiub?

—¿Acaso estoy ciego, por ventura? Alá no lo quiera. Fíjate allí: la galeota del bajá, que avanza lentamente. En su palo mayor ondea la bandera azul con los tres leones rampantes de Damasco. Fíjate, Haradja, fíjate.

La bella turca, con la agilidad de una pantera, se dirigió al instante hacia el parapeto de la terraza, en la que podían verse seis culebrinas que llevaban el sello de Venecia —el famoso León de San Marcos, —tomadas, sin duda, en Nicosia o Famagusta. Como el sol resplandecía fuertemente, a pesar de ser por la mañana, protegióse también los ojos con la mano.

Un tremendo abismo se abría a sus pies, ya que el castillo se adentraba en el mar por aquella parte no menos de cien metros. Pero permaneció impertérrita, escuchando por un instante el rumor de la resaca, que llegaba hasta ella.

Casi ni a mil pasos de distancia una galera de unas trescientas toneladas, de buenas líneas para alcanzar gran velocidad, con dos palos provistos de enormes velas latinas y dos órdenes de remos, avanzaba con lentitud por el plácido océano, en dirección al noroeste, como si se dirigiese al

archipiélago griego para anclar en la poderosa Constantinopla.

—Ocho culebrinas —enumeró el capitán, —veinte guerreros y veinte galeotes al remo. Buen manjar. ¿Qué opinas, señora?... ¿Continúa la flota del bajá vigilando la ruta del archipiélago?

Haradja había callado. Muy pálida, erguida ante el parapeto de la terraza, sobre el abismo en cuyo fondo sonaba con fuerza la resaca, pasábase con nerviosismo una mano por sus largos cabellos, como si quisiese alisárselos. Su hermosísima frente aparecía ensombrecida, como si una terrible tempestad hubiese estallado en el cerebro de aquella enigmática joven.

—¿Me has comprendido, señora? —insistió el capitán con un gesto de impaciencia. —¿Dejaremos huir al padre del valiente guerrero que debiera haber sido tu marido hace cuatro años?

Haradja, sin dejar de alisarse los cabellos, lanzó un suspiro.

—¡Ah! ¡Los recuerdos de otras épocas!...

—¿En quién estás pensando, señora? —inquirió con cierto tono irónico el turco. —¿En el León de Damasco, o en el bello capitán que se casó con él y que, a pesar de ser mujer, me dio una magnífica estocada? Cierto es que aquella joven se hizo célebre en Famagusta con el nombre de capitán Tormenta.

La joven experimentó un temblor, la sangre acudió a su semblante y en sus ojos brillaban fieros destellos, igual que en los del jenízaro. Se volvió hacia el capitán y, con temblorosa voz, exclamó:

—¿Acaso te hartas, Metiub, de contemplar las terrazas del castillo de Hussif?

El robusto turco la miró impasible y, cruzándose parsimoniosamente de brazos, respondió con sereno acento:

—Si la sobrina de Alí-Bajá desea ver a un hombre saltar en el espacio y estrellarse contra los escollos, realizando en el aire una soberbia curva, puede decirlo. Estoy presto a saltar.

Se había subido al parapeto y examinaba despectivamente los escollos en

que estaba dispuesto a estrellarse a un mandato de su señora.

—A tus órdenes... ¿Qué valor tiene una vida si en Candía millares y millares de cristianos y turcos son muertos por las minas o los proyectiles, por las espadas o las cimitarras? Allí se muere alegremente en busca de las huríes del Profeta, al igual que más de cincuenta mil compatriotas.

—¡Estás loco! —dijo Haradja, cogiéndole con fuerza por un brazo y haciéndole bajar. —¿Está preparada mi galera?

—Hace ocho días.

—¿Y mis armas y mi armadura?

—En la cámara de popa.

—En marcha, Metiub. Si no puedo apresar de momento al León y a su mujer, cogeré por lo menos a su padre. El pequeño debe haber sido raptado en Venecia y tal vez se halle en poder de mi tío.

—¡Si lo encuentras vivo!...

—Solamente tiene tres años

—Sí. Pero el bajá, en ocasiones, como entretenimiento, hace desollar vivas a las criaturas cristianas que caen en sus manos.

—¡Silencio!... Acompáñame.

Descendieron por una larga escalera, practicada en la roca viva, y tan angosta que una reducida hueste de hombres sería suficiente para defenderse incluso contra un pequeño ejército.

En las terrazas superiores numerosos guerreros y mujeres avizoraban el horizonte, pero no hubo nadie que se atreviera a gritar, indicando la nave del bajá de Damasco: sentían excesivo temor hacia Haradja.

Luego de haber bajado ciento sesenta escalones, el capitán y la muchacha se encontraron en la orilla de una caleta, en mitad de la cual se mecía rítmicamente una soberbia galera de casi cuatrocientas toneladas de color rojo y con un gran mascarón de proa en reluciente latón.

Portaba un par de velas latinas, únicas que se utilizaban en aquel tiempo en el Mediterráneo, pintadas también de rojo, con enormes rayas transversales azules, tres órdenes de remos y dieciséis culebrinas, todas en cubierta y emplazadas de manera que pudieran disparar en todas direcciones. La tripulación estaba formada por media docena de marineros, treinta galeotes encadenados a los bancos y cuarenta robustos guerreros turcos cubiertos de hierro y acero.

Una chalupa estaba ya aguardando a Haradja para llevarla a bordo.

—¿Falta alguno? —inquirió el capitán, dirigiéndose a los marineros.

—Ninguno.

—Vamos.

En un instante cruzaron el minúsculo puerto, y la sobrina del bajá y su capitán de armas subieron a la galera por una simple escala de cuerda.

Los treinta guerreros, provistos de pesados arcabuces, cimitarras y yataganes, constituyeron el puente de honor de su castellana, la cual, según era su costumbre, no les dirigió ni una mirada y marchó a su cámara en tanto que el capitán de armas, tras echar una ojeada a las velas y las maniobras, dio diversas órdenes breves y tajantes.

Se elevaron las dos anclas, orientáronse las velas, y los treinta remos de los galeotes se pusieron a la tarea, acatando las secas órdenes de los maestros. La magnífica galera abandonó la caleta, pasó una escollera, en la que se había colocado una batería, y se adentró en el mar a fuerza de remos, ya que casi no soplaba viento.

La galeota del bajá de Damasco había rebasado ya el castillo de Hussif y proseguía con lentitud su rumbo, utilizando solamente los remos. Una infernal sonrisa afloró a los labios del capitán de armas.

—¿Hacia dónde vais, desdichados? —murmuró. —Os va a resultar duro caer en manos del turco, pero eso sería lo de menos importancia... Haradja hará una de las suyas y no respetará ni siquiera al ya anciano bajá.

De esta manera hablaba consigo mismo, sentado a horcajadas en una culebrina de considerable calibre, fundida en Constantinopla, cuando se

unió a él la joven, cubierta totalmente de acero y luciendo en la cabeza un relumbrante yelmo ornado con un penacho de plumas de avestruz. La coraza estaba finamente cincelada, al igual que los brazales, quijotes y grebas. Había cambiado la elegante cimitarra por una especie de espadón curvado, soberbia y mortífera arma de abordaje.

—¿Se puede ya disparar, Metiub?

—Cuando deseas, señora. No nos hallamos más que a unos tres tiros de arcabuz.

—Conmina a la rendición.

—El bajá se asombrará al observar que le cañonean sus propios compatriotas.

—¿Distingues al padre del León de Damasco sobre el puente?

—No observo en la galeota ningún anciano y empiezo a suponer que puede hallarse enfermo.

Una irónica y cruel sonrisa hizo entreabrir los hermosos y carnosos labios de Haradja. El capitán, que no dejaba de observarla, hizo un gesto con la cabeza y pensó:

«¡Hum! No me agradaría hallarme en la piel de ese pobre bajá... Si se encontrasen en esa nave el León de Damasco y el capitán Tormenta, la señora lo pensaría mucho antes de lanzarse al abordaje..., y yo todavía más que ella... Pero...»

—¿Y qué? ¿Acaso requiere meditarlo? —masculló Haradja. —Creo que se pierde excesivo tiempo en mi galera.

—En seguida lo recuperaremos, señora. Aguarda un instante.

Alcanzó de un salto la escotilla central, e inclinando la cabeza exclamó con voz imperiosa:

—¡A ver! ¡Maestres, que trabaje el látigo y que se muevan los remos! Hay prisa.

Después, en tanto que surgían quejumbrosos gritos de la parte baja de la

galera, retornó hacia proa, en la que seis hombres servían la enorme culebrina fundida en Bizancio.

—Primero un tiro bajo. Si no deja de avanzar, dispararemos a la arboladura... ¡Ocho culebrinas contra dieciséis! ¡Bah! Disponemos de mucha ventaja.

El largo cañón, que medía como mínimo tres metros, vomitó su carga con gran estruendo, que se extendió por el mar, repercutiendo de vez en cuando por las pequeñas olas que la brisa del sur pretendía hinchar.

El capitán de armas de la galeota contestó haciendo subir y bajar en tres ocasiones, como saludo, la bandera del bajá de Damasco. Pero en lugar de detener la marcha de la nave ordenó forzar el remo. Haradja enarcó las cejas y sus ojos despidieron destellos.

—¡Cómo! —exclamó. —¿No se acatan las órdenes de una sobrina del Gran Bajá?

—Señora —adujo Metiub, —no está izada tu bandera y, por otra parte, esa galeota no es de miserables mercaderes, sino de uno de los bajás más poderosos del Asia Menor.

—Haz ondear al viento los colores de Alí.

—Huirá con mayor velocidad.

—La alcanzaremos y nos apoderaremos de ella al abordaje —repuso Haradja, muy encolerizada.

—Luego de haberla cañoneado metódicamente. De todas maneras, Si pudiese huir de nosotros sería para ir a caer entre las cincuenta galeras que tu tío puso bajo tus órdenes para que llevaras a cabo tu particular proyecto... ¡Eh! ¡Los de popa! ¡Izad la enseña del Gran Bajá!

Un momento más tarde una bandera de seda escarlata, con un par de culebrinas cruzadas en su mitad, se enarbolaba en la parte superior del palo mayor, a la vez que se disparaba un nuevo cañonazo en señal de advertencia.

Como había imaginado Metiub, los hombres de la galeota, en lugar de detenerse, aumentaron la velocidad por medio de los remos, y apuntaron

las cuatro culebrinas de popa hacia la galera del Gran Bajá, como indicando que estaban decididos a oponerse a cualquier clase de ataque.

—¿Qué te parece, señora? —arguyó Metiub, con un ligero tono de ironía en la voz. —Al parecer no produce el menor efecto la bandera de Alí-Bajá en las gentes del bajá de Damasco.

—Es que las manda el padre del altivo León —repuso Haradja, rechinando los dientes. —¡Fuego!... ¡Barre el puente de la galeota, y en cuanto los hayamos desarbolado..., al abordaje!... Hace cuatro años que estoy esperando la hora de mi venganza. Haz arder su cubierta, puesto que el bajá no asoma por ninguna parte.

—¡Eh! ¡Bordada de proa! —ordenó el capitán de armas. —Pólvora gruesa... Hay que barrer la cubierta de la galeota.

Una veintena de hombres se lanzaron al castillo de proa, donde había colocadas seis culebrinas de diversos calibres y empezaron a cañonear la galeota, organizando un infernal estruendo.

La nave fugitiva se limitó al principio a subir y bajar la enseña del bajá, pero observando que los proyectiles no dejaban de caer y que varios de ellos se abatían sobre el puente, empezaron también a disparar, y bastante enérgicamente, con sus cuatro culebrinas de popa.

—¡Vaya! ¡Los lobeznos de Asia! —barbotó Metiub, al escuchar el silbido de los proyectiles. —¿Desean enseñarnos los colmillos a nosotros, los Tigres del Norte? ¡Música, artilleros!...

Y, volviéndose hacia la escotilla central, inclinó otra vez la cabeza para gritar:

—¡Más latigazos, maestros! Es preciso alcanzar la galeota para tomarla al abordaje.

La galeota acreció su velocidad a costa de las desnudas espaldas de los galeotes, quienes aullaban de dolor. Los desdichados, encadenados a los bancos y condenados a morir a tiros o ahogados si hundían la nave, no remaban con premura, sino forzados por los golpes que se abatían sobre ellos por todas partes.

También la galeota, aunque el número de sus remeros era menor,

realizaba perceptibles esfuerzos por conservar la distancia, que por desgracia disminuía paulatinamente, y respondió con vigor a los de la galera, descargando con tino sus cuatro culebrinas de popa.

Haradja, sentada en medio de la galera, entre los dos palos, contemplaba plácidamente a sus hombres, afanados en cargar y descargar los cañones. Ni un simple músculo de su rostro se alteraba y mantenía su tranquila sonrisa, a pesar de que los proyectiles silbaban a su alrededor, matando a uno u otro remero, destrozando algún remo y perforando las velas.

En dos ocasiones le aconsejó el capitán de armas que se retirara, pero la altiva sobrina del temible bajá no le contestó siquiera.

No obstante, un rumeliota y un albano se desplomaron a breves pasos de ella, segados los dos por los proyectiles de la galeota, y quedaron en la toldilla, desangrándose.

Metiub, que deseaba terminar cuanto antes y que no quería que a su señora le ocurriera nada, por temor a incurrir en el enojo del temible y despiadado bajá, estimulaba a sus artilleros y a los arcabuceros, puesto que ya ambos veleros se hallaban a una distancia en que las armas de corto alcance también podían ser útiles.

De vez en cuando ordenaba dar media vuelta a la galera para que fueran empleadas las piezas de los costados, arrojando andanadas por babor y estribor.

La lucha, dura y tenaz, se prolongaba desde hacía más de media hora, entre abundancia de humo y estruendo, pero sin notables resultados prácticos, ya que el movimiento que los remos obligaban a dar a la nave tornaba difícil la puntería. De haber soplado viento, la cosa habría variado y en los dos veleros se habrían podido apreciar daños, ya que los turcos contaban en aquella época con magníficos artilleros que podían enfrentarse sin desventaja con los de la República de Venecia.

Ya la galera, que seguía ganando terreno, se disponía para el ataque final, cuando surgieron en el horizonte cincuenta naves de guerra dispuestas en línea y que cerraban el paso a la galeota.

—¡Ya está en nuestro poder! —exclamo Metiub, dando orden a los artilleros de que dejaran de disparar.

Realmente la galeota no podía confiar en huir. En cuanto sus tripulantes se cercioraron de que todas aquellas galeras enarbolaban la sangrienta enseña del Gran Bajá, intentó en vano tres o cuatro bordadas, dejó de disparar, soltó los remos y arrió las velas. La bandera del bajá de Damasco fue coronada por otra blanca de rendición.

—¿Estás satisfecha, señora? —inquirió Metiub, dirigiéndose hacia Haradja, luego de mandar a los cómitres que no dejaran a los galeotes reducir la marcha.

—Pero... no distingo al bajá.

—Se hallará enfermo.

—No obstante, está su capitán de armas, ¿no es cierto?

Él es quien dirigió los disparos.

—Manda situar los peines de arpones en los dos palos y que dispongan el juego de poleas.

Metiub la examinó fijamente.

—¿Me has entendido? —gritó ella, con impaciencia.

—¡Los peines de arpones para un bajá!... Piensa lo que vas a hacer, señora.

—¡Bah! Mi tío tiene mucha influencia en Constantinopla. Además, no sabes qué pienso hacer.

Se había incorporado y desenvainó el sable, mientras sus arcabuceros, con las mechas preparadas, aguardaban sus órdenes para efectuar una descarga. En cinco minutos escasos la galera abordó a la galeota, retiró sus remos para que no se estropearan con la embestida y la engarfió con los ganchos, sin disparar un tiro.

—¡Entregaos! —ordenó Metiub.

Un guerrero de elevada estatura, flaco, nervudo y musculoso, con una armadura, se colocó a la baranda entre los tripulantes de las dos naves.

—¿A quién nos hemos de entregar? —inquirió.

—A la sobrina del Gran Bajá.

El damasceno se tornó lívido, más recobrándose al momento preguntó con acento firme:

—¿Sabes a quién llevamos en la nave?

—Sí; al bajá de Damasco.

—¿Y tenéis la audacia...? ¿Con qué derecho?

—Con el derecho del más fuerte —exclamó Haradja, acercándose hasta la baranda. —De momento, tú pasa a mi galera, Luego se verá lo que hacemos con el bajá. Y prevén a tus hombres, ya que al más mínimo intento de resistencia los pasaremos a todos a cuchillo, incluso a los galeotes. Ahora pasa a mi nave. ¡Rápido! ¡Ya empiezo a disfrutar con las delicias de la venganza...!

2. La ferocidad de los turcos

El capitán de armas del Bajá de Damasco, ante aquella brutal conminación, se indignó y levantó con gesto amenazador los brazos, con la mano derecha armada de su cimitarra y empuñando en la siniestra una de aquellas largas pistolas incrustadas de nácar de que tan buen uso hacían los turcos de Asia Menor.

—No me has derrotado —replicó, colérico. —Ninguno de tus hombres ha saltado todavía a mi galeota para arriar la bandera de mi señor.

Haradja alargó el brazo e indicó las cincuenta galeras del Gran Bajá que se encontraban detenidas a menos de una milla.

—Pasa por entre esa línea si tienes valor.

—¿Y por qué razón me impedís el paso si a mi señor le esperan en Constantinopla?

—Mi tío y yo estamos enterados. ¿Te entregas?

—Ya te dije que ninguno de tus hombres ha saltado todavía a mi nave.

—¡Salta, Metiub!

El capitán de armas del castillo de Hussif juntó los pies y saltó, empuñando un sable de abordaje. El otro le cortó bravamente el paso, como buen turco del Asia Menor. De inmediato trabóse el combate, disputado y bravo.

El damasceno hubiera podido matar al atacante de un disparo, pero, leal y noblemente, tiró al suelo su arma, empuñando con la mano izquierda un sólido yatagán de una anchura de tres dedos.

Metiub, atacando con energía, tuvo que reafirmarse en la baranda, advirtiéndole que tenía ante sí a un terrible enemigo.

Las dos tripulaciones permanecieron inmóviles, con los arcabuces

dispuestos y las mechas humeantes, prestas a disparar a la primera señal y a lanzarse una contra otra en el instante en que se les ordenara.

Haradja, con un brazo apoyado sobre una culebrina, presenciaba impassible el duelo, confiando en la habilidad y maestría de su capitán de armas.

Ambos contendientes, cubiertos de hierro y de mallas de acero de fabricación milanese, que era la mejor y la única de que en aquel tiempo se proveían los cristianos y los infieles de Europa y África, se acometían con verdadera ferocidad, cambiando entre sí tremendos golpes que provocaban exclamaciones de admiración entre los espectadores de los dos navíos.

Sus corazas parecían que iban a deshacerse, mas no cedían. Ambos hombres, a cada terrible golpe que recibían o propinaban, lanzaban rugidos que hacían sonreír, complacida, a Haradja.

Por espacio de cuatro o cinco minutos los dos capitanes pretendieron abrir los almetes, puesto que no podían atravesar las corazas. En aquel momento el del bajá de Damasco dio un paso en falso y se desplomó de espaldas, con gran ruido de hierro, dejando caer instintivamente cimitarra y yatagán. Metiub aprovechó aquella circunstancia para colocarle el arma en el cuello.

—¿Le mato? —indagó, volviéndose hacia Haradja.

La sobrina de Alí vaciló un instante y dijo:

—No. He de hablar con el vencido.

—Incorpórate —indicó Metiub a su contrincante.

Éste se puso en pie con agilidad, cogió de nuevo su cimitarra, la partió, lanzóla al mar y contestó a la joven:

—Si fui vencido, ha sido por un accidente casual y no por el esfuerzo de mi enemigo. Ya hace tiempo que conozco la siniestra fama de que disfruta la sobrina del Gran Almirante. Pero aquí me tienes.

Y de un salto pasó a la galera y se colocó a dos pasos de Haradja, cruzándose de brazos con desdén.

—¿Qué deseas de mí? ¿La vida? Tómala.

—Solamente pretendo averiguar dónde se encuentra tu señor.

Y con una rápida mirada se cercioró de que los peines del tormento se hallaban fijados a los dos palos de la nave, frente por frente las aceradas púas de sus correspondientes arpones.

—Se encuentra enfermo en su camarote.

—¿Qué le ocurre?

—Tiene malos los pies.

—Se comen demasiados pollos en Damasco... Cierto que son los mejores.

—Tú no se los has visto comer. Su enfermedad podría deberse a la mucha arena que el viento arroja sobre la ciudad y la excesiva humedad nocturna.

—No me interesa. Deseo saber otra cosa.

—Pregunta.

—Ahora a ti; luego a tu señor.

—Espero.

—¿Hacia dónde vais?

—Nos dirigimos a Constantinopla, requeridos por una carta del sultán.

—¿Escrita por el Visir?

—Al menos, eso creo. No siendo que se haya tramado una despreciable conjura para arruinar a mi señor. ¿No es cierto que es posible?

—Ve a preguntarlo a Constantinopla.

—Déjame ir.

—Ahora no. Acaso después, una vez que hayas hablado.

—¿Qué deseas averiguar?

—¿Dónde se encuentra Muley-el-Kadel, hijo del bajá, y su esposa aquella célebre capitán Tormenta?

—¿Y me lo preguntas a mí?

—Tú eres el hombre de confianza del bajá y debes de conocer en qué lugar se encuentra ese León de Damasco, a quien busco en vano por Italia desde hace tres años. Todo lo que pude saber es que vivieron por cierto tiempo en Nápoles, donde la cristiana tiene numerosas posesiones y que han habitado en Venecia en el palacio de Loredán. Pero cuando iba a culminar mi venganza, desaparecieron. Únicamente su hijo se halla en la reina del Adriático y, para mayor exactitud, se hallaba, ya que en este momento está viajando hacia Oriente.

—¡Lo has hecho secuestrar! —exclamó el capitán, tornándose pálido.

—No teniendo al león y la leona, rapté a su cachorro.

—¿Cuál es su edad?

—Creo que tiene tres años.

—¿Y qué intentas hacer con ese niño?

—Eso no es de tu incumbencia —respondió en forma brutal Haradja.

—De acuerdo; no conozco en qué lugar se encuentra el hijo de mi señor. Unido con una cristiana, dejó de relacionarse con su padre, que es en extremo buen musulmán para consentir tal matrimonio.

—¡Bah! ¡A mí no se me engaña con semejantes palabras! Dime dónde se hallan esos malditos cristianos. Quiero averiguarlo y me enteraré, aunque para ello haya de desollarte vivo.

—Desuéllame.

—No tengo prisa —repuso ella, casi con una sonrisa. —Vamos a ver. Tú conoces dónde se encuentra el hijo de tu señor. ¿Se encuentra en Italia o en Oriente?

—Ya te indiqué que no sé nada.

—¡Perro! ¿Entonces deseas la muerte?

—Mi padre murió luchando contra los curdos; su hijo morirá asesinado por sus propios compatriotas. La muerte no amedrenta al guerrero.

—¿Piensas hablar?

—No me importa. Puedo explicarte, si así lo deseas, que los curdos de la estepa fastidian mucho a los damascenos; te lo garantizo.

—¿Qué me interesa a mí esa tribu salvaje, que tantas molestias ha dado a los sultanes?

—En tal caso, ¿te puedo explicar que en Basora las gallinas engordan extraordinariamente en los soberbios arrozales?

—¡Ah! ¿Tienes el valor de mofarte de la sobrina de Alí-Bajá? —exclamó Haradja con voz sibilante. —Ahora verás. ¡Metiub! ¿Dónde se encuentra Hamed? ¡Rápido!

—Tras de ti —respondió el capitán.

Un negro de descomunal estatura, cuya fuerza debía de ser similar a la de un par de hombres robustos, vestido con un simple chaleco de seda y adornado con algunas alhajas de coral, se aproximó respetuoso hacia Haradja.

—¿Está preparado el juego de las poleas?

—Sí.

—Coge a ese hombre, amárrale y cuélgale.

No había acabado de hablar cuando ya Hamed, arrojándose sobre el capitán, le derribaba al suelo.

La lucha fue violenta pero muy corta.

La fuerza extraordinaria del gigante se impuso y, en seguida, tras quitarle la armadura que Metiub no pudo atravesar, le dejó desnudo; luego le sujetó por los brazos, por las piernas y bajo las axilas a unas anillas

pendientes de una polea situada entre los dos árboles del velero, fue levantado a una altura de unos cuatro metros.

Delante y detrás tenía las púas aceradas del denominado peine de tres pies de largas, con puntas agudas muy afiladas, de unas cinco a seis pulgadas. El capitán se dejó izar sin soltar un grito.

—¿Piensas hablar ya? —inquirió iracunda la joven.

—Ya te dije que no sé nada.

—¡Ah! ¡Vamos a verlo!

—Sí, lo que tú deseas es mi vida. Lo he advertido. Conforme: tómala y que te aproveche.

—Si hablas, nada se te hará.

—No sé la menor cosa.

—¡Hazle danzar! Ya comprobaremos si cuando notes el aguijón de las puntas de acero te decides.

—Perderás el tiempo en vano.

—¡Báilalo, Hamed! —barbotó la sobrina de Alí.

Los marineros de la galeota, que temblaban de ira al ver a su capitán impulsado contra las púas de acero que amenazaban desgarrar sus carnes terriblemente, apuntaron los arcabuces. Pero las ocho culebrinas y los treinta arcabuces que los vigilaban les hicieron comprender lo aconsejable de reprimir su indignación, teniendo, además, presente que las cincuenta galeras sólo aguardaban una indicación para asaltar a la nave damascena.

—¿Confesarás? —inquirió por última vez Haradja.

—No sé nada.

—Entonces que el profeta, en su infinita misericordia, te acoja.

—¡Perra maldita! Asesinas a un hombre por cuyas venas corre la misma sangre que por las tuyas, pues yo soy también turco y...

Se interrumpió y lanzó un terrible grito que hizo palidecer a todos los marineros de la galeota. Hamed, con un tirón mayor de la cuerda, le hizo estrellarse contra los arpones, y uno de éstos se le hundió junto a la columna vertebral. El infortunado hombre quedó un instante clavado en el peine, pero después lo sacaron de allí y de nuevo le balancearon.

Nuevamente emitió un espantoso grito. Dos arpones se le habían hundido con gran fuerza en el vientre, surgiéndole por la espalda casi un palmo las afiladas puntas ensangrentadas.

Un bramido de furia salió de entre los hombres de la galeota. Pero no hubo ninguno que se atreviera a intentar de nuevo sublevarse. Se consideraban perdidos más que derrotados. A no ser por las cincuenta galeras, que se hallaban muy cerca, aquel grupo de bravos, ya que todos los turcos del Asia Menor son en extremo valerosos, no habrían dudado ni por un momento en iniciar una desesperada lucha.

Otra vez había sido desclavado el capitán, y por sus terribles heridas se le iban la sangre y los intestinos; hipaba con dificultad, y en los estertores de su agonía profería furiosas injurias e incluso blasfemias contra el Profeta.

La joven continuaba contemplándole impertérrita. En las cubiertas de ambas naves imperaba un silencio de muerte. La sobrina de Alí lo quebró para ordenar, en tanto que se sentaba sobre una culebrina:

—Metiub, ese hombre me fastidia con sus alaridos. Mátale de un arcabuzazo.

—No me ordenes cometer canalladas, señora. Déjale que muera en paz.

—En este momento eres tú más cruel que yo. Su agonía podría prolongarse más de una hora, y sin esperanzas de regresar con vida a Damasco. Y además, las huríes del Profeta esperan anhelosas y sonrientes a los valientes guerreros del Islam.

—Acaso estés en lo cierto. Pero este trabajo lo puede realizar Hamed. Yo combato, pero no asesino.

—Ya le has oído, Hamed —notificó Haradja al negro.

—Sí, señora.

El verdugo de la galera tomó un arcabuz, sopló la mecha, disparó, y la bala, penetrando en el cerebro del torturado, le mató al instante.

—¡Ea! Ya se encuentra en los brazos de las huríes. ¡Qué recompensa la que reciben nuestros guerreros!... Por el contrario, nosotras, infortunadas mujeres...

—Pero ¿se hallará en brazos de las huríes? —adujo, con acento de burla, Metiub. —No ha muerto luchando contra los cristianos.

—¡Bah! El Profeta tiene la manga ancha.

En ambas naves imperaba un absoluto silencio: tranquilo entre los tripulantes de la galera; preñado de amenazas que no osaban ponerse de manifiesto entre los marineros de la galeota, los cuales todavía poseían sus armas. Pasado un rato, Haradja preguntó a Metiub:

—Pero ¿qué ocurre? ¿Tanto te ha impresionado la muerte del capitán damasceno? Cierto es que era tu camarada de armas.

—¿Qué pretendes dar a entender? —inquirió con bastante acritud, algo molesto, Metiub.

—Apodérate de las armas de esos hombres y de su navío. Las cincuenta galeras están esperando solamente mi señal, una enseña azul con banda amarilla izada encima de la de mi tío, para barrer y destruir con sus mil culebrinas esa galeota...

Estas palabras las pronunció en voz alta para que pudieran oírlas bien los damascenos. Y Metiub ordenó:

—¡Abajo las armas! Así lo desea la sobrina del Gran Almirante.

Tras una breve vacilación, los tripulantes de la galeota apagaron las mechas y dejaron caer en cubierta los pesados arcabuces, aunque las cimitarras y los yataganes fueron arrojados al mar.

—Ya está —anunció Metiub a su señora.

—Ahora trae a mi presencia al bajá.

—¿Qué pretendes hacer con él?

—Yo lo sé, y es suficiente.

Dos minutos más tarde el gigantesco Hamed trasladaba en sus hercúleos brazos a un anciano de larga barba blanca envuelto en una soberbia cubierta de seda adamascada. Se trataba del padre del León de Damasco, y fue colocado encima de dos culebrinas que Metiub hizo situar juntas, a pocos pasos de Haradja.

A pesar de que debía de haber rebasado ya los sesenta años, el anciano tenía un arrogante aspecto, facciones enérgicas y nobles y ojos aún brillantes que denotaban el veterano e indomable guerrero. Contempló fijamente a Haradja y la interpeló de la siguiente forma:

—¿Quién eres, que has osado atacar mi nave? ¿No te has fijado en mi bandera, la del bajá de Damasco?

—¿Y no te has fijado tú en la mía? Pues fíjate en ella.

El anciano levantó la vista y sus labios exhalaban una exclamación que denotaba cólera y sorpresa.

—¿Y qué desea de mí el Gran Almirante? —dijo. —Mejor sería que ocupase su tiempo y sus galeras frente a Candía.

—No es él. Yo soy quien desea algo de ti.

—¿Y tú quién eres?

—La sobrina de Alí-Bajá.

—¿La gobernadora del castillo de Hussif?

—Esa misma.

—Ya sabía yo —exclamó el anciano, apretando los puños —que algún día habría de hallarte en mi camino, malvada. En tres ocasiones han fallado tus intentos para hacerme abandonar Damasco y apresarme en el camino, y a la cuarta lo conseguiste. ¿Qué deseas de mí? Acuérdate de mi parentesco con Mohamed II y explícate.

—Mohamed II ya está muerto y no dejará a las huríes para acudir en tu ayuda... ¡digo yo!

—Soy un príncipe.

—¡Hicieron desaparecer tantos los sultanes!... Asesinan a sus hermanos cuando van a ocupar el trono, e incluso a sus hijos si se les hacen sospechosos.

—¿Y con ello qué pretende dar a entender la castellana de Hussif?

—Que me portaré contigo como lo haría con cualquier otro prisionero de guerra.

—¿Conmigo?

—Sí, contigo: con el señor de Damasco.

—En primer lugar deseo saber por qué has disparado contra mi navío y la razón de que lo hayas tomado al abordaje.

—Aún hice más. Date la vuelta y observa qué cuelga del trinquete.

El bajá se dio la vuelta y lanzó un grito de espanto.

—¡Miserable! —barbotó, mientras sus ojos despedían fuego.

—Por poca cosa te espantas.

—¡Canalla!...

—Él tuvo la culpa. Si hubiese hablado, estaría vivo.

—Has asesinado a un hombre valeroso.

—Vuelvo a decirte que él tuvo la culpa. Si me hubiese indicado en qué lugar estaban tu hijo y tu nuera, la duquesa cristiana, no le habría ocurrido la menor cosa. En fin... Ya hablarás tú ahora.

—¡Yo!

Haradja hizo un gesto de indiferencia con los hombros.

—Fíjate en lo que haces. Nos encontramos en alta mar y puedo echar a pique tu galeota con toda la tripulación. Te garantizo que nadie quedará con vida para marchar a Constantinopla a explicárselo a Ibrahim, nuestro buen sultán.

—Lo que significa que si no hablo, a pesar de ser tu superior y de más noble linaje que tú, ya que tu tío no era más que un pirata argelino, me asesinarás igual que a mi capitán de armas.

Haradja vaciló un instante y contestó por último:

—Ya se verá.

—¿Qué deseas averiguar?

—¿Dónde se encuentra tu hijo Muley?

—¿Para qué lo quieres saber?

En los negros ojos de la castellana de Hussif relució un relámpago de ira.

—¿No estás enterado de que éramos amantes, que era mi prometido el orgulloso y valiente León de Damasco?

—Alguna vaga idea tengo sobre ello... ¿Y que más?

—Una princesa cristiana me lo arrebató.

—También estoy enterado.

—¿Dónde se encuentran? Desde hace tres años los estoy buscando...

—¿Dónde se habrán ocultado?

—Te lo pregunto a ti. Eres el padre del León de Damasco y suegro de esa odiosa capitán Tormenta. Tú has de saberlo.

—Al renegar mi hijo de la religión del Profeta y casarse con una cristiana no quise saber nada más de él. Ya no supe nada más del León de Damasco.

—¡Mientes! —gritó Haradja, irguiéndose, lívida. —¡Mientes!... Pero de todas maneras, estás en lo cierto. Es tu hijo y has de defenderle... No

obstante, a ella no. Ella es una cristiana que luchó contra los hijos del Islam, y mató a tal número de ellos que bien debes, a pesar de que se trate de una mujer, entregármela. ¿Dime dónde se encuentra esa mujer? ¡Quiero averiguarlo!

—Si no he tenido noticias sobre Muley, mucho menos puedo haberlas tenido de la cristiana. ¿Dónde están? ¿Quién lo sabe? Únicamente sé que la duquesa tenía extensas posesiones en Nápoles y también en Negroponto y Candía. Es posible que recorran Italia, o acaso otra parte de Europa, si no se considera a salvo en Italia.

—¿Abandonando a su hijo en Venecia?

—Nuestros compatriotas no tienen, ahora que la guerra sigue sin tregua, acceso a la Reina de los Lagos. No han podido olvidar aquellos mercaderes la pérdida de la mayor parte de sus colonias: Morea, Negroponto y Chipre. Y tampoco han podido olvidar aquellos quinientos guerreros que, habiendo caído con vida en poder de Mohamed II, fueron asesinados...

—El sultán estaba en su derecho y, por otra parte, era familiar tuyo.

—Yo, que me considero acaso más turco que los que habitan en Constantinopla, no hubiera cometido semejante canallada.

—Ellos fueron los culpables. ¿Por qué obstinarse en proseguir la guerra si no eran lo suficientemente fuertes?

—No obstante, han exterminado, bajo las murallas de la ciudad de Chipre, y en Candía, Morea y Negroponto, a más de doscientos mil guerreros y han aniquilado además, con la ayuda de los caballeros de Malta, más de trescientas galeras. ¡De manera que si llegan a ser lo bastante fuertes!... En diez años de sitiar Candía por tierra y mar, ¿qué hemos logrado? ¿Qué ha realizado tu gran tío con sus quinientas galeras? ¿Y qué ha conseguido Yussuf Bajá?

—Conquistar Canea.

—No la totalidad de la isla, a pesar de que por todos los caminos se distinguen los huesos de nuestros guerreros.

—Bueno; eso no me preocupa. El que marcha a la guerra, ya sabe que

puede morir. Por tanto, deja de decir bobadas y, en el supuesto de que no quieras confesar dónde está tu hijo, dime en qué lugar se esconde la cristiana.

—Ya te dije que no lo sé —repuso el bajá en tono seco.

—¿No lo quieres confesar?

—No lo sé.

—Igual hablaba tu capitán de armas, y observa el final que tuvo; fíjate qué sacó con su obstinación.

—¿Te atreves a amenazarme? —inquirió el anciano, arrugando la frente y poniéndose pálido.

Haradja se encogió de hombros e indicó al corpulento negro:

—Trae sobre cubierta un par de caballetes, dos mesas y tres navajas de afeitar.

—Sí, señora.

—¿Serías capaz? —bramó el bajá.

—¡Bah! ¿Quién eres tú en este momento, señor de Damasco? Un derrotado..., un prisionero de guerra; nada más.

3. El Bajá de Damasco

Los sultanes fueron los que hicieron horriblemente cruel al pueblo turco, imbuyendo en su espíritu un feroz aborrecimiento hacia los cristianos, para los que no existía tortura bastante sangrienta y espantosa.

No habría de ser el primero de la dinastía de los Osmán, el célebre Bayaceto, que doblegó a su yugo a casi todo el Islam y que no cedió sino ante el invencible Temerlán, que marchaba al frente de las hordas tártaras y que no tuvo compasión del derrotado sultán; no lo sería tampoco su sucesor, Mohamed I, el más famoso y magnánimo de los soberanos, que era capaz de perdonar a los rebeldes y dejó con vida a su hermano cuando éste se sublevó con el auxilio del príncipe de Valaquia, y que falleció en Adrianópolis en 1421, llorado por sus súbditos e incluso ensalzado por sus enemigos; iba a ser Mohamed II, el más grande de los sultanes, quien imbuyera en el corazón de su pueblo un despiadado aborrecimiento hacia los cristianos y quien ideó horrorosos tormentos incluso para su visir.

Durante el reinado de ese afortunado conquistador, que fue quien colocó la Media Luna sobre la cúpula de Santa Sofía, en Constantinopla, acabando para siempre con el reino de Bizancio, la crueldad adquirió terribles proporciones. Cruel e inexorable, no contento con haber convertido el mar Negro en un lago turco, apoderándose de Crimea y Trebizonda y conducido sus ejércitos victoriosos hasta las proximidades de los Alpes, instruyó a sus jenízaros en la forma de tratar a los prisioneros de guerra, haciendo pasar a cuchillo a quinientos venecianos, mandando degollar a ochocientos epirotas vencidos y descuartizando a su visir y a varios príncipes. Instauró en su serrallo la tortura del saco de cuero, en el interior del cual, por puro capricho, introducían a una de sus mujeres con un gato vivo, y una vez bien cerrado el saco y con una inmensa bola como peso, era lanzado de noche al Bósforo.

Parecía haberse adueñado del pueblo turco una espantosa locura sanguinaria, locura que los demás sultanes se cuidaron muy bien de no curar ni amenguar siquiera, con el fin de rodear su trono de una aureola de

horror y amedrentar a sus enemigos.

Y el tercero de los Mohamed se mostró en este aspecto extremado; su fama ha de atribuirse tanto a su crueldad como a sus conquistas. Al subir al trono tenía diecinueve hermanos, y por temor a que alguno de ellos pudiera luego provocarle impedimentos o sublevaciones, los mandó descuartizar a todos por los eunucos del serrallo.

Anheloso de gloria se atrevió a enfrentarse con Austria, en aquel tiempo la mayor potencia de Europa, y en una tremenda y obstinada batalla venció al archiduque Maximiliano, exterminándole cincuenta mil hombres. A los prisioneros no se les concedió cuartel. El turco suponía que el cristiano no era digno de vivir en este mundo. Alentado por esta victoria, lanzó sus ejércitos contra el Danubio y a diversas regiones de Asia, y mandó sus galeras a saquear las costas italianas, realizando por todas partes terribles devastaciones.

Como si el asesinato de sus diecinueve hermanos no fuese suficiente, hizo descuartizar a su hijo primogénito, Mahumud, príncipe de espíritu ardiente y esforzado, quien en cierta ocasión solicitó de su padre ser mandado a la guerra en lugar de tenerle encerrado en el serrallo con las quinientas bellas que componían el harén. Mohamed III tuvo sospechas; supuso que deseaba marchar a la guerra para ejercitarse, formar un partido y después destronarle. Ordenó que le mataran sin encomendarse al Profeta.

La crueldad otomana crecía cada vez más.

No eran ya suficientes los cordones de seda de los eunucos, ni los caballetes, ni los sacos de cuero o los arpones y las ejecuciones en masa, ni el partir en dos mitades el cuerpo aún con vida de los prisioneros, ni el cortar a un hombre la nariz, las orejas y otros órganos del cuerpo. El sádico sultán inventó el desollamiento, efectuado con navajas de afeitar muy afiladas, tortura que no tardó en tornarse muy popular y que, como ya pudimos comprobar, se disponía a utilizar Haradja con el bajá de Damasco.

Por ende, no solamente los sultanes eran crueles y sanguinarios: las sultanas competían con ellos, haciendo descuartizar a sus rivales o arrojándolas vivas al Bósforo, introducidas en un saco con un gato o una serpiente, ensangrentadas en las costas de Italia y hechas favoritas, mostrábanse después no menos inhumanas. Entre ellas sobresalió «la Baffa», notable veneciana raptada por los corsarios, vendida como esclava

en Constantinopla y que llegó a convertirse en una de las más influyentes y crueles sultanas que se recuerda en la historia de los osmanlíes. Y es digno de notar que se ensañó también con los cristianos, como si Mohamed le hubiese trastornado el juicio transformándola en la más fanática musulmana.

No es, por tanto, raro que Haradja, sobrina de un corsario argelino que llegó a hacerse célebre y que siempre tuvo por norma degollar a sus prisioneros, considerara cosa muy razonable aplicar horrendos tormentos.

El bajá imaginó en un principio que más bien se trataba de un sistema para atemorizarle que de una auténtica determinación.

Pero cuando vio llegar a Hamed con sus cuatro auxiliares y todos los materiales de la tortura, estalló de ira.

—¡Eres demasiado atrevida! —exclamó.

—Mucho, pero estoy decidida. Yo no te exijo que me informes respecto a dónde se encuentra tu hijo, sino su esposa.

El bajá soltó una carcajada.

—Pero ¿imaginas que los cristianos en sus países viven apartados de sus mujeres? Has de saber que no se pueden casar sino con una, y notificándote dónde se halla la duquesa napolitana, mujer de mi hijo, te informaría a la vez sobre la residencia de Muley-el Kadel. Además, no sé nada, y la sobrina del pirata Alí puede asesinarme, igual que ha asesinado a mi capitán de armas.

—¡Ten cuidado, bajá!

—Una vez que me hayas arrebatado la vida, todo habrá terminado para mí y no por ello te habrás enterado de nada.

—Te advierto que son muy obstinados los turcos de Asia Menor.

—Más esforzados y más leales que los de las islas y los continentes.

—¿Deseas regresar a Damasco?

—¿Y qué debo hacer? Ya me he cerciorado de que nada he de notificar al

sultán Ibrahim.

—¿Qué debes hacer? ¡Hablar! —exclamó Haradja, que semejaba una tigresa.

—Puedo hablarte respecto a los bandidos sirios que...

—Explícaselo a tus favoritas.

—Ya están enteradas del asunto, y sería fastidiarlas insistir en la narración.

—¿De manera que no me dirás dónde se encuentra el capitán Tormenta?

—¿Pretendes hacerla asesinar? No dejarías de hallar bravos de Trípoli, Argel o Marruecos prestos a venderte su puñal...

—Te equivocas. Soy lo bastante diestra en esgrima para enfrentarme a la duquesa italiana.

—Efectivamente. Me han asegurado que tu capitán de armas, que tiene fama de ser una de las mejores espadas del imperio, te instruyó en el manejo de las armas.

—¿Quién te lo dijo?

—Lo oí explicar en Damasco.

—¡Ah! ¿Se habla de mí en Damasco?

—Chipre está muy próximo..., y en alguna ocasión se habla del castillo de Hussif y de su castellana.

—¡Ya está bien! —exclamó con vehemencia la joven, incorporándose, en tanto que el verdugo de la galera hacía preparar el tablado de la tortura y revisaba sus navajas.

—¿Qué deseas? —inquirió el bajá.

—Hace ya media hora que insisto en que me digas dónde está la duquesa.

—Y media hora hace que te digo que no lo sé.

—¡Ah! ¿No lo sabes?

—No.

—¡Por Alá! Ahora lo veremos.

A una indicación suya Hamed se precipitó sobre el bajá, le quitó la cubierta que le envolvía, los calzones y la camisa, que eran las únicas ropas que llevaba, y le tumbó sobre la mesa con la ayuda de sus secuaces. Luego le ató los brazos y las piernas, con la espalda hacia arriba.

—Puedes vanagloriarte de contar con un verdugo que no trata con consideración ni a un bajá. Que el profeta le guarde de caer algún día en mis manos.

—Si me hubieses mandado tú otro... Pero en Chipre no disponemos de otro mejor.

—¿Yo?... ¡Muy irónica estás!

—¿Comienzo, señora? —indagó Hamed, que ya hacia rato afilaba las navajas, frotándolas una contra otra.

Un fiero bramido ahogó su voz. La tripulación de la galeota, aunque ya sin armas, protestaba contra aquella cruel tortura que se intentaba aplicar a su señor. Haradja miró despectivamente a los tripulantes y ordenó a Metiub:

—Que carguen cuatro culebrinas con metralla, y si esos necios dan un paso, barre el puente.

—Conforme —repuso el capitán, que a cada momento hablaba en tono más seco.

Hamed empezó su trabajo, levantando la piel del hombro de la víctima con la navaja de afeitar. La sangre empezó a surgir, extendiéndose con rapidez. El bajá no había lanzado ni una exclamación. Haradja apretó con furia los puños; la frente de Metiub empezaba a ponerse ceñuda.

—¿Confesarás?

—¡No sé nada! —respondió el anciano, apretando los dientes.

El verdugo había ya levantado una porción de piel e impasible preguntó

con la mirada a la cruel muchacha.

—¡Prosigue!

El verdugo tomó la segunda navaja y prosiguió desollando al padre del León de Damasco, procurando no dañar los músculos. Por un momento todavía aguantó el anciano con aspecto impasible, pero, por último, el horroroso dolor le obligó a proferir un grito.

—¡Ya está bien, perro! ¡Qué el profeta te maldiga a ti y a tu señora!

—Pues solamente te ha levantado un par de palmos escasos de piel —repuso Haradja, con ironía. —Observo que los gallos de Damasco aguantan poco. ¿Deseas que el valeroso Hamed prosiga o resuelves hablar?

El bajá continuaba silencioso; la sangre corría abundante por su espalda. A un gesto de su ama el verdugo dejó caer la piel.

—Como ves, bajá, no me espanto con facilidad ni me interrumpo a la mitad. Si no me informas sobre lo que deseo te haré desollar totalmente.

—¿Deseas saber dónde están mi hijo y su esposa?... Te lo voy a decir: se encuentran en Candía... Marcha allí a apresarlos si eres capaz. Cincuenta mil turcos murieron alrededor de la ciudad, delante de los fosos que defienden los venecianos, y todavía ha de caer otro número semejante. Si hace breves semanas pudieron al fin conquistar Canea, no se apoderarán tan fácilmente de Candía. Hace diez años que estamos preparando minas y que tu tío cañonea día y noche la plaza sin haber conseguido izar en aquellas ruinas la enseña del imperio... ¿Deseas ir en su busca? ¡Atrévete, pues! ¡Ve, ve y verás!

—¿En Candía? —inquirió Haradja. —¿Y qué han ido a hacer a esa ciudad?... Yo estoy enterada de que la duquesa se dejó sorprender en Famagusta por el francés que era su novio... Pero ¡en Candía!

—Ya te indiqué que tiene posesiones en la isla.

—¿Me estás mintiendo, bajá? ¿No será un engaño para eludir las navajas de Hamed?

—No, ya que estoy convencido de que tú, con toda tu jactancia, y con el

capitán de armas y con el célebre almirante y antiguo pirata, no entrarás nunca en Candía.

—¿Lo juras por el Corán?

—¿Qué se encuentran allí? Lo juro.

—Es suficiente: te considero buen mahometano.

Hamed, a una orden de su señora, colocó con cuidado la piel que había levantado y la cubrió con un trozo de trapo humedecido en agua salada, y luego de ponerle una especie de venda y tras vestirle otra vez con la camisa de seda amarilla y los calzones, soltó las ligaduras del anciano y le depositó con cierto miramiento sobre las culebrinas que hacían las veces de silla.

—¿Estás ya contenta? —interrogó, dirigiéndose a Haradja, la cual seguía contemplándole sin perder su impassibilidad.

—Sí.

—¿Y piensas ir en su busca?

—Desde luego.

—¿Dentro de Candía?

—O delante de sus muros.

—¿Con las naves de tu famoso tío?

—No es de tu incumbencia cómo.

—No obstante, me interesa saberlo. ¿Estaré yo presente en la lucha?

—Tú descansarás en los subterráneos de mi castillo. Dispongo de algunos tan frescos que da gusto vivir en ellos.

—¿Y tú supones que no habrá quien vengue la injuria hecha al gobernador de Damasco?

—¿Y quién va a vengarla? ¿El sultán? El sultán tiene más graves preocupaciones. Está en exceso abatido por haber dado orden de que

mataran a su muy cruel sultana.

—¿Cuál? ¿Roxelana? ¿La gran sultana que hacia estremecerse de espanto a todo el serrallo?

—También noble veneciana y que superaba en belleza, ¡qué pelo tan largo, sedoso y rubio y qué ojos más negros y expresivos!, y en crueldad a la célebre «Baffa» y a cualquier otra favorita musulmana.

—¿Ha muerto, dices?

—Ya era hora de que aquella cristiana, transformada en sultana, se marchara, no sé si al paraíso de los suyos o al nuestro. Se pasaba el día contemplando el Bósforo, y cuando caía la noche se entretenía haciendo descuartizar a sus rivales turcas. Por último osó meterse con la hija del necio sultán, y eso fue su perdición.

—¿Quién te ha explicado eso? —inquirió con curiosidad el anciano, olvidando totalmente sus dolores.

—Te digo de nuevo que lo sé. Y te garantizo que ya era hora, puesto que la hermosa rubia veneciana se había vuelto terrible. Tuvo el atrevimiento, luego de haber pretendido asesinar al primogénito de Ibrahim con unas frutas envenenadas, de insultar a la hermana...

—¡Qué osadía!

—En el pecado ha llevado la penitencia.

—Explica, explica.

—¿Y tu... piel?

—No te inquietes por ella. Las historias trágicas nos interesan mucho a los mahometanos.

—Pues escucha. Al enterarse el sultán, enfurecido por el insulto dirigido a su hija y a su hermana, la hizo llamar y le dijo: «¿No recuerdas, cristiana, la diferencia que existe entre mi hermana y tú?»

—«¿Qué diferencia?» —inquirió con acento de orgullo la cristiana.

—«La que existe entre una esclava adquirida en el mercado y una hija de sangre imperial».

La veneciana, molesta, retando a su esposo delante de los más importantes dignatarios del imperio, le contestó insultándole de una manera horrible. Y su hermosura no la salvó de la muerte. La maza, a una indicación del sultán, se abatió sobre sus dorados cabellos y aplastó su cráneo.

—¿Y quedó muerta?

—Sin proferir un ¡ay!... Pero ya está bien de conversación: hay que curarte. Hamed, coge al bajá, condúcele a su camarote y ocúpate de curarle. Tu presencia en Candía es innecesaria. Si faltasen verdugos, allí encontraría a docenas. Metiub, pon grilletes a todos los damascenos y que se trasladen treinta hombres para conducirlos a Hussif.

—¿No voy contigo, señora?

—Si, me serás muy útil en Candía. Haz que se cumplan mis órdenes Que enarboles la bandera azul con el objeto de que las galeras de mi tío se aproximen, y regresa en seguida

El sol poniente semejaba haber incendiado el Mediterráneo. Haradja hizo una minuciosa inspección por la galera, tal vez para no verse de nuevo con el bajá, a quien ya trasladaba en sus brazos Hamed. Miro por un instante el sol poniente, respiró profundamente la brisa salada y volvió a su puesto entre los dos palos de la nave, ordenando arrojar al mar el cadáver del capitán de armas damasceno.

Le llevaron el café en una vasija de oro, labrada a martillo, y un narguilé de tabaco rubio de Morea y con agua de rosas. En aquel tiempo las mujeres también fumaban. Haradja bebió el café mando encender la pipa y se puso a fumar plácidamente como si se encontrase en el cómodo diván de una de las confortables habitaciones de su castillo, en tanto que el cuerpo del torturado capitán se hundía en el agua con lúgubre sonido.

Cumplidas sus órdenes —la galeota rumbo a Hussif y la galera, en compañía de las otras cincuenta, hacia Candía —Metiub se sentó en una culebrina, cerca de su señora, e inquirió:

—¿Piensas que te podrás vengar del León de Damasco y de la duquesa italiana? No será muy sencillo ni muy agradable penetrar en esa ciudad frente a la cual los nuestros están muriendo por millares hace años.

—¿Y para que necesitamos entrar?

—¿Confías en hacerlos salir a ellos?

—Claro.

—¿Y de que manera?

—¿No te acuerdas de que hice raptar al hijo del León de Damasco? Al llegar a Candía le encontraremos en manos del bajá.

—Empiezo a entender.

—Ya veras como todo se logra.

—¡Hum!

—Ordena que preparen la cena.

—Está preparada.

—Que la sirvan en el puente, deseo disfrutar de esta puesta del sol.

—Se parece a la sangre.

—La que corre en Candía acaso.

Abandonó la boquilla del narguilé, estiró los brazos y saltó al suelo igual que un pájaro sobre las culebrinas. La mesa estaba ya dispuesta. La galera, escoltada por las otras cincuenta y empujada por la suave brisa del siroco, avanzaba majestuosamente en dirección a Candía.

4. El rugido del León de San Marcos

Venecia, que tantas posesiones tenia en Levante, luego de hacer temblar con su escuadra al poderío musulmán, sosteniéndose siempre en la brecha para la defensa de la cristiandad, empezó a debilitarse y a consumir sus recursos en guerras encarnizadas e inacabables.

Los rugidos del León de San Marcos no amedrentaban ya a los invasores mahometanos, que anhelaban la conquista de Europa y el aniquilamiento de las naciones cristianas.

El año 1600 fue muy especialmente trágico para los esforzados venecianos, que defendían con fiera obstinación no solo sus dominios, sino así mismo la Cruz ayudados solamente por los caballeros de Malta, siempre en pie de guerra sobre sus galeras contra el aborrecido musulmán y olvidada de las demás naciones europeas, a pesar de que todas ellas debían temer de los sectarios de la Media Luna.

Mohamed II, figura gigantesca de la historia, bien conocido para que sea preciso recordar su obra, al tomar Constantinopla e izar en esta ciudad la bandera de la Media Luna, fue el primero en preparar la decadencia de Venecia. Aniquilado el imperio de Trebizonda, abatido el poder de los Comneno y con los turcos dueños de Crimea, el sultán dirigió sus miradas ávidas hacia las colonias venecianas y conquistó Morea y Negroponto, pasando a cuchillo a sus defensores.

Envalentonado por sus victorias y suponiendo a Venecia incapaz de enfrentarse a él, con el pretexto de que el dominio de Constantinopla implicaba el derecho de soberanía sobre las restantes posesiones bizantinas, exige imperiosamente las posesiones de las Apulias, y en 1480 saquea Otranto, cometiendo increíbles crueldades.

Otro Mohamed semejante al II, el IV, coge la herencia del III, declarando la guerra a Venecia y a todos los cristianos, y si bien su imperio ya no era tan floreciente y poderoso como antaño, envía sus escuadras al Mediterráneo y luego al Adriático, pretendiendo conquistar Dalmacia donde poseían

ricos y prósperos dominios los venecianos.

El León de San Marcos, aunque también exhausto a causa de las guerras anteriores, lanzó su poderoso rugido, y las galeras venecianas, bajo el mando del almirante Mocenigo, en 1656, no solamente expulsan del Adriático al enemigo, sino que, alentados por su buena fortuna, fuerzan osadamente el paso de los Dardanelos, se apoderan de Tenedo, Samotracia y Lemuro y llegan a Constantinopla, amenazando con bloquearla.

Los esfuerzos de Mohamed, en tanto que hace construir más naves, se limitan a las conquistas terrestres. Los ejércitos turcos toman Transilvania, vencen en Grosvaradina a húngaros y alemanes y se adentran victoriosamente en el mismo corazón de Rusia, en tanto que sus eternos enemigos, los venecianos, le aniquilan en Milo gran parte de su escuadra.

Con sus invencibles jenízaros amenaza Austria. Pero un general italiano, el conde de Montecúculi, general de las tropas austriacas, vence a los turcos en las proximidades de San Gotardo, en Hungría.

Mohamed, tras firmar la paz de Vasvar, se vuelve a ocupar de nuevo de los venecianos y luego de reconstruir su flota y disponer debidamente su ejercito, manda contra Chipre cien mil hombres y trescientas galeras, a cuyo frente va Alí-Bajá.

Los venecianos resisten firmemente en Nicosia pero en especial en Famagusta donde luchan por espacio de once meses con un valor que produce admiración entre los países cristianos.

Pese a los intentos de Sebastián Veniero, el anciano y gran almirante veneciano, para suministrar guerreros, pólvora, armas y provisiones a la infortunada ciudad, esta convertida ya en un cementerio, se entrega a Mustafá con la condición de que sean respetadas vidas honras y riquezas. Pero el generalísimo turco encolerizado a causa de los treinta mil hombres que perdió en el sitio, no cumple su palabra y hace degollar a los vencidos torturando sin piedad a sus jefes más notables.

Envalentonada por esta victoria, dirige Turquía su atención hacia Candía, ultima posesión veneciana. En aquel tiempo era sultán del imperio otomano Ibrahim, uno de los más derrochadores que ocuparon el trono de los Califas, y tan anheloso de bellas esclavas para habitar su serrallo que

llegaron a costarle dos mil piastras cada una, suma inmensa que produce verdadero espanto a todos los cronistas musulmanes.

La conquista de Candía fue motivada por una mujer, ya que aquel necio sultán no tuvo jamás en principio la idea de combatir contra los venecianos, que tantos trabajos ocasionaron a Mohamed II.

Un cortesano compró una hermosísima esclava y se la regaló. Se hallaba ésta a punto de ser madre, y a la par que la de ella nació otra criatura de una favorita del sultán Fue el príncipe Mohamed, de cuya lactancia se ocupó la esclava.

No se conoce por que rareza, el sultán tomó mayor cariño al hijo de la sierva —y de un príncipe georgiano, al parecer —que al suyo legitimo. Semejante injusta preferencia y el favor de que disfrutaban la bella nodriza de Mohamed y el funcionario de palacio que se la regalo a Ibrahim, no habían de tardar en suscitar graves desordenes.

Efectivamente cierto día en que paseaba por los jardines de palacio con la nodriza y el hijo de esta, apareció encolerizada la favorita, con el pequeño príncipe Mohamed en brazos, y puso a éste en manos de su padre, exclamando.

—Éste es tu hijo, el que tiene derecho a tu cariño y a tus caricias y no el hijo de esa perra...

Ibrahim asió a la criatura por un pie y, aproximándose a una cisterna, le tiro allí de cabeza. Merced a la rapidez con que los eunucos y guardianes actuaron pudieron sacarle con vida, mas después de aquella escena la sierva se dio cuenta de que cualquier día sería ella lanzada al Bósforo y solicitó el permiso del sultán para marchar en peregrinación a la Meca, en compañía del alto dignatario que la regaló y que tampoco se consideraba a salvo.

Si bien a disgusto, ya que había tomado un extraño afecto al hijo de la esclava, dio Ibrahim su asenso, ordenándoles el inmediato retorno y dándoles dos naves de escolta.

Los caballeros de Malta, inexorables enemigos del imperio otomano, los sorprendieron y los apresaron en alta mar. Suponiendo en un principio que era hijo del sultán y heredero del trono, trataron al hijo y también a la

madre con extraordinaria deferencia, mas al advertir su error, hicieron educar a la criatura en las creencias cristianas, destinándole al estado eclesiástico. Con el tiempo habría de ser el que la historia denomina Padre Otomano y que durante algún tiempo fue considerado como hijo de Ibrahim.

Éste, al informarse de que su esclava y aquel niño a quien tanto afecto tomó habían sido apresados y conducidos a Candía, se enfureció primero y luego decidió castigar severamente a los venecianos por haber acogido a los malteses.

Una poderosa escuadra, compuesta de cuatrocientas velas y cien mil guerreros, abandonó Constantinopla el 30 de abril de 1645 y después de una afortunada travesía ancló frente a Canea, que era una de las ciudades más importantes de la isla.

Sorprendidos, los venecianos se dispusieron al instante para la defensa y se dio principio a aquella terrible contienda que debía prolongarse durante un cuarto de siglo y que costo miles de vidas a venecianos, candiotas y, en especial, a los turcos.

Los defensores de Canea, poco numerosos, hubieron de ceder ante el poderoso empuje de las tropas otomanas, y su catedral y su par de iglesias quedaron convertidas en mezquitas. A fines de junio Venecia mando sus primeros auxilios, que llegaron demasiado tarde.

Yussuf Bajá, general de las fuerzas mahometanas, combatió por espacio de un año con diversa fortuna, y desesperando de conquistar Candía, que ya se encontraba bien fortificada por los venecianos, volvió a Constantinopla en busca de tropas de refresco.

El sultán, enfurecido, le ordeno regresar para que combatiera con las tropas que le quedaban, y como el comandante supremo se negara, mandó que lo descuartizaran.

Entretanto, una escuadra veneciana se apoderó de Patrás, apresando a cincuenta mil turcos y condenándolos como galeotes para vengar de esta manera a los quinientos camaradas acuchillados por Mohamed II. Encolerizado Ibrahim, dio orden de degollar a cuantos cristianos residieran en el imperio otomano, lo que hubiera significado la muerte, sólo en Constantinopla, de doscientas mil personas, entre griegos y armenios. Por

fortuna, sus ministros, por temor a tener que sostener una guerra contra todos los países cristianos, se negaron a tan espantosa matanza.

Alí-Bajá, comandante en jefe de las tropas turcas a raíz de la muerte de Yussuf, conquistó por asalto Retimo y otras plazas de escasa importancia y se presentó ante Candía, capital de la isla y defendida por treinta mil venecianos y diez mil cretenses, resueltos a morir sepultados en las ruinas de la población antes que entregarse para sufrir idéntica y terrible suerte a la padecida por sus compatriotas de Famagusta.

Venecia, exhausta, especialmente en el aspecto económico, para proporcionar ayuda a su última posesión y equipar nuevas galeras sacrificó la célebre cadena de oro de cequíes que formaba parte del tesoro de la República y que constituía el orgullo de los venecianos y la envidia de otros Estados; cadena tan enorme, por lo larga y pesada, que para transportarla eran precisos cuarenta robustos mozos. Servía lo mismo para sacar de apuros a la República, como para ostentarla en las grandes solemnidades.

En semejantes circunstancias la preciosa cadena se colocaba en festones suspendida a lo largo del pórtico del palacio del Dux, del cual adornaba dos lados totalmente: el que se hallaba frente a la Rivera de los Esclavones y el de la plazoleta.

Candía la fundió y consumiólala toda, con gran dolor del pueblo veneciano.

La guerra proseguía cada vez con mayor encarnizamiento.

Los turcos, acabados los trabajos preparatorios, practicaron a principios de 1648 las primeras trincheras, en tanto que sus naves luchaban con diversa fortuna, a lo largo de la costa de la isla con el objeto de mantener en constante alerta a la escuadra veneciana, que estaba bajo las órdenes de Sebastián Veniero, ya de setenta y dos años de edad, y responder a los incesantes ataques de los caballeros de Malta.

Una revuelta de jenízaros hizo que el generalísimo turco hubiera de suspender el asedio. Pero pocos meses más tarde se reanudaba con mayor tenacidad y violencia, gracias a la erección de nuevos fuertes.

Entretanto, el apático sultán Ibrahim murió asesinado por una conspiración palaciega y ocupó el trono Mohamed IV, que era todavía un niño. En

principio se supuso que iba a terminar la guerra. Sin embargo, la madre del nuevo sultán, al informarse de que en un combate naval fueron muertos por los venecianos ochocientos turcos, remitió a Alí más galeras y guerreros.

Por mar la suerte sonrió a los turcos, aunque no por tierra, donde perdieron miles de vidas en la conquista de muy pocos pueblos del interior de la isla.

Candía, aunque circundada por un círculo de hierro que ya impedía a las galeras venecianas suministrarle armas, víveres y municiones, continuaba resistiendo con indomable energía. Los habitantes habían muerto casi todos de hambre y sólo restaban unos escasos millares de defensores, exhaustos por el incesante batallar, debilitados por las enfermedades y la falta de alimentos.

Dos días más tarde la galera de Haradja, escoltada de continuo por las otras cincuenta, llegaba en el crepúsculo vespertino a Candía, puerto abarrotado de navíos mahometanos.

En aquel tiempo era primer año de sitio y se combatía por ambas partes con tremenda energía, pereciendo por millares ante los fosos los turcos, tal como hemos visto explicar al bajá de Damasco.

En el momento en que Haradja alcanzaba el puerto, una densísima nube de humo cubría totalmente a Candía tornándola invisible.

Retumbaban las culebrinas turcas y también las venecianas, y estallaban las minas otomanas para abrir, tras doce meses de asedio, la primera trinchera, frente a la cual habían ya sido abatidos veinte mil turcos.

Metiub, en extremo práctico y conocedor de aquel puerto, hizo avanzar la galera de su señora por entre las que cañoneaban la ciudad para ayudar a los jenízaros, hasta abordar la del almirante. Una vez en aquel punto dijo a Haradja, con una ligera ironía:

—Te hallas en tu casa.

El bajá, conocedor ya de la llegada de su sobrina, había ordenado que se retrasara la cena y salió al instante al encuentro de la fiera castellana. Esta y su capitán treparon con la agilidad de gavieros por la escala de cuerda.

Alí-Bajá contaba cincuenta años; pequeño, si bien fornido y robusto, de bronceada piel y barba rala, era de procedencia argelina y experto naviero, a la par que el valeroso caudillo.

Viendo subir a Haradja, le ofreció cortésmente la mano y dijo:

—Tengo al hijo del León.

—¿No lo has desollado? —inquirió con acento risueño su sobrina.

—¿Quién ha sido capaz de presumir semejante cosa?

—Mi capitán de armas.

—En tu lugar le habría yo lanzado al mar.

—Es demasiado necesario —repuso la joven, tras haberse cerciorado de que Metiub se había marchado con la tripulación y no podía escucharla.

—¿Dónde se encuentra el chiquillo?

—En una de mis cámaras ¿Y el bajá de Damasco?

—Le tengo en los subterráneos de Hussif.

—Eres tremenda, sobrina

—Digna familiar de Ali Baja

Una sonrisa de complacencia ilumina las curtidas facciones del Gran Almirante otomano.

—Lo cierto es que das mucho que hablar.

—¡Bah!

—¿Deseas ver a la criatura?

—Al momento ¿Cuándo le recibiste de los hombres que envíe a Venecia para secuestrarle?

—Hace un par de días

—¿Como consiguieron entrar en Venecia?

—Simularon ser epirotas

—¿Y no tuvieron el menor obstáculo?

—No. Sin muchas complicaciones lograron sacarle del palacio que tú indicaste.

—¿Sin necesidad de matar a nadie?

—¡Oh! Únicamente a la nodriza o, para ser más exacto, a la niñera, puesto que el crío ya esta destetado.

—Vamos a verle.

—¡Qué ardor! ¡Qué apresuramiento!

—No poseo yo tanta sangre fría como un almirante.

—Estas en lo cierto. Vamos.

Cruzaron una parte de la popa, pasando ante Metiub que se hallaba cenando queso y pan, y, abriendo la puerta del camarote, el bajá dijo:

—Este es el camarote probablemente esta durmiendo. No lo despiertes.

Se trataba de una reducida estancia, alumbrada por una lámpara cubierta de vidrio opaco de Venecia para tornar más tenue la luz, y encima de una pequeña litera distinguió Haradja al hijo de su aborrecido enemigo tapado con una ligera colcha de seda amarilla. La joven se acercó al instante, con tan vehemente movimiento, que por un momento el bajá temió algún acto de violencia por parte de su sobrina.

—Te advierto —anunció —que yo velo por la vida de este pequeño prisionero.

Haradja descubrió la cabeza de la criatura, que casi no aparentaba tres años y que tenía unas bellas facciones, a las que servían de marco unas oscuras y sedosas guedejas. Su cuerpo, bien desarrollado, estaba vestido con una camisa de seda blanca, ornada de soberbias blondas.

—Muy hermoso y desarrollado esta el crío, ¿eh? —comentó el bajá,

—como hijo de un héroe mahometano y una heroína cristiana. ¡Lastima que no se casara contigo!

—Calla, tío —contesto la muchacha, contemplando con odio al niño.

—No podrás afirmar que no es bello. La sangre mahometana unida a la cristiana suele producir robustos frutos. Nosotros, y ellos también, somos raza de guerreros y... Pero ¿has terminado de contemplarle ya?

Haradja soltó la cubierta, que mantenía levantada, con un brusco gesto, como si pretendiese de aquella forma despertar a la criatura. Después, cruzándose de brazos, examino a su tío y exclamo:

—Diríase que tú no sientes odio por el que llamas tu prisionero.

—Y se diría bien, puesto que no siento el más mínimo odio hacia él —repuso el almirante —¿Tal vez no corre por sus venas sangre otomana?

—Si, pero unida a sangre cristiana.

—Es cierto. Pero admite que la sangre que tiene su madre es mejor todavía que la que corre por las quinientas mujeres del serrallo, que, excepto para el placer, no están capacitadas más que para asesinarse entre ellas o para fraguar complots y matar sultanes.

—¡Ah, tío! ¿Acaso esa guerrera cristiana que se hacia designar con el nombre de capitán Tormenta te ha sorbido el seso? ¿Va a resultar que estas enamorado?

—Nada de todo eso, Haradja. La he admirado sencillamente cuando, a pesar de ser mujer, combatía heroicamente y derrotaba, frente a frente, a su futuro esposo. Y bien sabes que Muley era considerado como la mejor cimitarra del ejército mahometano que cercaba a Famagusta. Pero vamos a cenar, y con el estomago debidamente lleno conversaremos mejor.

5. El gran almirante turco

En el elevado y anchísimo castillo de la nave Almirante, debajo de una tienda de roja seda, alumbrada por muchos farolillos venecianos de vidrio de diversos colores, habían dispuesto la mesa para la cena de Alí. Si bien tenía por norma invitar a sus oficiales, aquella noche prescindió de su costumbre, con el objeto de que, a solas con él, su sobrina pudiera comer y expresarse con libertad.

El bajá, al igual que todos los musulmanes, era buen gastrónomo, y aunque las provisiones no estaban muy sobradas entre los cien mil, solicitando sin cesar refuerzos de Constantinopla, el cocinero de la galera había realizado auténticos milagros para honrar a la sobrina del muy poderoso señor.

Sirvió, por tanto, en primer término, *pilaf*, es decir, el típico arroz turco o, para ser más exactos, persa; cabezas de carnero asadas, con judías verdes en salsa de ajo; missir, mazorcas de maíz, asadas, que se comen con sal; *simit*, que son tortas dulces escaldadas, y yogur, dátiles, higos secos, castañas pilongas y pasas de Chipre y Morea. También había jarritos de vidrio, llenos de *loncum* verde, rojo, azul, magnífica crema que solamente sirve para encolar espantosamente los intestinos, pero que, no obstante, los musulmanes tienen en gran estima, y especialmente acompañado de *bureke*, terribles empanadas rellenas de grasa y de un queso nauseabundo

No había vinos. Sin embargo, toda la gente conocía que el bajá, si bien verdadero musulmán, bebía más vino de Chipre que agua. Por el contrario, se veían enormes jarras de cristal de Venecia llenas de agua dulce perfumada con naranjos y cedros del Líbano. Cuatro jenízaros muy leales vigilaban, situados en cada puerta, entre las dos escaleras que daban al castillo, con sus arcabuces dispuestos.

Se pusieron ante la mesa y comenzaron a comer en silencio, prestando atención al estampido de las culebrinas, que no cesaban de cañonear a Candía. La castellana casi no probó bocado, pero el bajá comió con

magnífico apetito y se bebió una jarra completa de agua dulce.

Al concluir, en lugar de narguilé, tomó un *chibuqui*, recipiente de barro cocido, lo llenó de tabaco, lo encendió y, colocándolo con toda comodidad en la silla, y luego de oír complacido por un instante el ininterrumpido retumbar de la artillería, contempló con fijeza a su sobrina.

—¿Y qué tienes decidido hacer —inquirió— con el bajá de Damasco y su nietecito?

—Pensaba preguntarte a ti sobre ello.

—¿A mí? Si me interrogases sobre cómo debería actuar para vencer a una flota superior a la mía, sería asunto diferente. Pero del niño y del viejo y, en especial, de tus planes particulares, no sé nada, sobrina.

—¿Cómo te las arreglarías tú, tío, para penetrar en Candía y enfrentarte al León de Damasco y su mujer?

—¿Penetrar en esa plaza que parece estar protegida por bastiones de acero y por hombres de hierro? ¿Quién osaría semejante empresa, mi apreciada sobrina?

—Es que allí se encuentra esa maldita duquesa cristiana: el capitán Tormenta.

El bajá fumó y permaneció silencioso. Tras haber lanzado cuatro o cinco bocanadas del humo de su *chibuqui*, recordó:

—¿Te acuerdas de qué manera conquistó el amor de su cristiana el León de Damasco?

—Sí; retándola delante de las murallas de Famagusta. Pero no sabía que era una mujer.

—Es lo mismo. Tú estás enterada ahora de que esa mujer se encuentra en Candía, ¿no es así? Pues bien: envía un mensajero ante los muros con el encargo de que, en nombre de una dama turca, rete a una cristiana de la plaza. Conozco que eres experta en el manejo de las armas blancas.

—Bastante, tío, pero ¿estará conforme? Y, por otra parte, desearía que no saliera sola.

—¿Desearías que saliera con el León de Damasco?

—Sí.

—¿Y con quién vas a enfrentarle?

—Con mi capitán de armas.

—No obstante, me han explicado que cierto día, años atrás, ante ti y en tu propio castillo, le dio una magnífica estocada el capitán Tormenta.

—¡Cierto!

—¡Hum! Si el maestro recibe una, ¿cuántas recibirá la discípula?

—Me parece que ninguna, puesto que la discípula ha superado al maestro. Le asesto suficientes botonazos sin excesivo esfuerzo.

—¡Hum! Fanfarronadas.

—No, tío.

—En tal caso podemos asegurar que si los cristianos disponen de una magnífica espadachina que no siente temor a medir sus armas con ningún enemigo, también nosotros, los mahometanos, contamos con nuestra heroína, que eres tú, la hermosa sobrina del Gran Almirante.

Miró a su alrededor, después extrajo de una cesta oculta debajo de la mesa una botella de vino de Chipre, que destapó con toda limpieza de un tajo asestado con el yatagán que llevaba a la cintura, arma que le regaló Ibrahim y que había pertenecido a Mohamed II. Luego se llenó un vaso del aromático líquido.

—De haberlo catado el Profeta no hubiera prohibido a los creyentes beber vino. Esto es mejor que todas las aguas azucaradas y, en especial, si se bebe antes de iniciar un combate. ¡Infunde un valor!... ¿No deseas probarlo?

—Soy mujer, además de creyente.

—De todas maneras, no pienses que te sentaría mal un vasito de esto; posiblemente la vencerías... Bueno: brindo por la gloria de nuestra

bandera.

Vació de una sentada el vaso, volvió a encender su *chibucui* y continuó diciendo:

—¿De modo, sobrina, que pretendes desafiar a la cristiana?

—¿Desafiarla? ¡Matarla es lo que pretendo!

El bajá soltó una carcajada, acaso estimulado alegremente por aquel excelente vino que decidió a Mohamed a conquistar los viñedos, suprimiendo las tres cuartas partes de los vinicultores.

—Lo que tú deseas, sobrina, es matar un secreto, ¿no es cierto?

—¿Qué secreto? —inquirió ella, ruborizándose.

—Hay quien asegura que te enamoraste de ella, suponiéndole un joven y valiente guerrero.

—¿Y qué pasaría si así fuese?... Se presentó ante mí disfrazada de capitán albano.

—¡Muy bella debía de estar la duquesa!

Haradja no contestó. Luego de un breve silencio Alí preguntó:

—¿Tienes resuelto matarla?

—Sí.

—¿Y si, en cambio, esa endemoniada mujer te mata a ti? Lamentaría en gran manera que mi única sobrina muriera a manos de una cristiana.

—Me considero con la bastante fuerza para derrotarla —repuso la joven con fiera vehemencia. —¡Y la odio mortalmente!...

—¿Al cabo de cuatro años?

—Me vi obligada a esperar el momento oportuno. ¿Iba a ir en su busca a Italia?

—¡No!... ¡Claro!... Lo que me sorprende es que esa mujer, ya que pudo

huir por milagro de Famagusta, haya regresado a nuestras aguas y a meterse en una ratonera: a otra ciudad cercada por los nuestros. Es ir a buscar la muerte y obligar a buscarla también a Muley.

—El bajá me ha asegurado que tenían propiedades en Candía. Acaso se disponían a venderlas cuando los cogió desprevenidos el sitio.

—Es posible —convino el almirante, llenando de nuevo el vaso y bebiendo con premura para no ser observado. —No cabe duda de que ha sido el Profeta quien la ha hecho cruzarse en tu camino.

—Eso me parece, y me aprovecho de la oportunidad.

—Un poco tardía.

—¿Imaginas, tío, que no mandé sicarios a Venecia y Nápoles para asesinar a la cristiana que ocupó mi puesto al lado de Muley-el-Kadel, con el fin de hacer llorar de dolor al León de Damasco?

—¿Y qué es lo que han hecho esos haraganes?

—Unos fueron muertos; otros sintieron temor y escaparon, no sé si hacia Trípoli o Argel.

—¡Vaya gente valerosa que mandabas!

—El León de Damasco y el capitán Tormenta cortaban las alas en seguida a los aguiluchos que yo mandaba, quizá demasiado bien pagados.

—Eso creo; en el castillo de Hussif no debe faltar el oro.

—Merced a ti, querido tío.

Alí hizo un gesto de indiferencia con los hombros. Después, entre chupada y chupada de *chibuqui*, dijo:

—Y si deseas más, pide. Yo no dispongo de más heredera que tú.

—No preciso nada más.

—De manera que piensas lanzar el reto mañana, ¿no?

—Sí, tío.

—Ten cuidado, no vayas a cometer una locura.

—No. Me considero capaz de acabar con la cristiana al primer asalto.

Por segunda vez el almirante hizo un movimiento con la cabeza.

—Ya que lo deseas, haré que mañana se interrumpa el cañoneo y mandaré un mensajero para que rete a la más valiente cristiana y al más esforzado guerrero, ya sea veneciano o turco renegado. De esta forma se darán cuenta el capitán Tormenta y el León de Damasco de que el desafío es para ellos.

—Y no abandonarán Candía. En ocasiones el vino de Chipre es malísimo consejero, tío.

—¡Por Alá! Acaso estés en lo cierto —admitió él, riendo.

—Y Yussuf, ¿estará dispuesto a cesar el bombardeo?

—Yussuf hará lo que yo desee. ¡Pues no faltaba más!...

Bebió el tercer vaso de vino, terminó de fumar y, abandonando el *chibuqui*, agregó:

—Sobrina, tu camarote está preparado y puedes ir a dormir.

—¿Y tú?

—Un almirante no dispone de sus horas. Tiene que velar por la escuadra, que vale más, infinitamente más que los cien mil soldaditos que el sultán ha enviado al mando de Yussuf. Vete, sobrina.

La condujo galantemente por el brazo hasta la escalera, llamó a un negro y le ordenó:

—Este eunuco está a tu servicio; él te conducirá.

El cañoneo proseguía atronando el espacio. De la parte de tierra y desde el puerto se abatían los proyectiles sobre la población, que: replicaba enérgicamente con sus culebrinas, rasgando con sus relámpagos las tinieblas nocturnas.

Haradja obedeció. Se disponía a penetrar en el camarote donde se hallaba el hijo del León de Damasco, pero dos hercúleos negros, con las cimitarras desenvainadas, estaban de centinelas delante de la puerta con orden de no permitir la entrada a nadie. La castellana masculló algo entre sus dientes pequeños, blancos y agudos, y continuó hasta su habitación, que sin duda era el mejor camarote de la galera.

Alí permaneció bajo la tienda, contemplando los resplandores ocasionados por la artillería, e hizo un movimiento con la cabeza como si se hallase de mal humor. Dio cuatro o cinco bostezos y comentó para sí:

—¡Matar al capitán Tormenta!... Mi sobrina tiene que estar por fuerza cansada de las comodidades del castillo... En fin: ya que lo desea, que se haga... Estaría muy bien que una mahometana derrotara a la célebre cristiana... ¡Qué éxito para nosotros si la endiablada sobrina saliera vencedora!... Afirman que es muy hábil.

En aquel momento sus ojos se fijaron en Metiub, quien paseaba por el puente fumando un cigarrillo.

—¿Eres tú el capitán de armas del castillo de Hussif?

—Sí, bajá.

El almirante le contempló fijamente, mirándole a la luz de uno de aquellos grandes faroles que llevaban por lo común las galeras y que en algunas ocasiones eran auténticas obras maestras.

«¡Buen mozo! —pensó. —Piernas fuertes, ágil aún, musculosos brazos, pecho de búfalo... ¿Podrá enfrentarse al León de Damasco?... ¡No sé, no sé! Creo que Haradja está loca.»

Dio la vuelta en torno al capitán, que se hallaba en posición de firmes ante el Gran Almirante y le preguntó:

—¿Tú eres quien ha enseñado esgrima a mi sobrina?

—Sí, bajá.

—Aseguran que es muy hábil.

—Muy hábil.

—Pero ¿lo bastante para luchar con el capitán Tormenta, esa dama cristiana que tú conoces sobradamente, ya que te hirió?

Metiub se tornó lívido ante aquel recuerdo, tan afrentoso para él, y respondió:

—Así lo considero, ya que le he enseñado la estocada secreta con que me hirió la cristiana y que ningún turco hubiera sido capaz de detener. Esos cristianos son más hábiles que nosotros en esgrima. Su forma de batirse no es fácil de comprender en los primeros momentos del combate.

Alí arrugó la frente.

—Lo que afirmas es muy grave. No desearía que le aconteciera alguna desgracia a mi sobrina.

—Tu sobrina, Bajá, posee una enorme serenidad, magnífica vista y musculatura de acero.

—¿Y tú serías capaz, si llega el momento, de enfrentarte al León de Damasco? Acuérdate que durante el cerco de Famagusta era la más terrible cimitarra del ejército mahometano.

—Ya lo sé; pero me considero con bastante coraje para retenerle y luchar con él incluso con armas cristianas.

—Si consigues salvar a mi sobrina, cuenta con quinientos cequíes de oro.

—Una verdadera fortuna.

—Mi sobrina no tiene precio.

—¿Y en qué momento será el desafío?

—¡Cualquiera sabe! ¿Aceptarán? ¿Rehusarán?... Pero disponemos de la criatura para hacerlos salir de Candía y además estaremos todos preparados para salvar la situación en el instante crítico, si las cosas se presentaran mal.

—¿No confías en nuestra habilidad?

—¡Hum! Vais a tener delante dos espadas muy famosas, que mis mismos

oficiales temerían. Ve a dormir. Ya se verá.

Se dirigió hacia proa, mandó lanzar al agua una chalupa tripulada por seis marineros y desapareció por entre las galeras que abarrotaban el puerto.

¿Hacia dónde se dirigía? Posiblemente a entrevistarse con el comandante de las fuerzas de tierra para interrumpir el bombardeo durante el día próximo, con el fin de que el heraldo pudiera acercarse a la ciudad cercada y lanzar el desafío.

En el transcurso de toda la noche las culebrinas otomanas y venecianas lucharon sin tregua, lanzándose proyectiles de piedra y plomo. Pero cuando despuntó el alba todo aquel fragor cesó.

Un guerrero turco, montado en un soberbio caballo árabe, abandonó el campamento mahometano, sosteniendo una lanza con una bandera blanca. Como solía acontecer que se solicitaran treguas para enterrar los cadáveres, el fuego se interrumpió casi al instante por ambas partes.

Cruzó a galope desenfrenado el campo de los sitiadores, de una extensión de más de dos millas, y al alcanzar el límite se detuvo y movió por tres veces la bandera blanca, esperando respuesta de la plaza antes de seguir adelante. Pronto ondeó otra bandera blanca en el extremo de uno de los bastiones más salientes de Candía. Y a esta indicación el turco avanzó hasta el pie de la primera trinchera, en la que se habían congregado muchos venecianos y candiotas, anhelosos de averiguar qué mensaje mandaba el bajá.

—Si entre vosotros se encuentra alguna veneciana —gritó el mensajero— que sepa utilizar la espada igual que un guerrero, notifícale que una mujer mahometana de noble cuna reta a singular combate. Y si hay entre vosotros un hombre que sepa esgrimir la cimitarra, informadle que un capitán turco le desafía. Espero la contestación.

Se observó gran excitación entre los sitiadores en las trincheras, bastiones y torres. Pero fue inútil que el heraldo aguardara. Y, no obstante, esos singulares combates entre turcos y cristianos solían acontecer muy a menudo, incluso como remedio para romper la monotonía del cerco.

Cierto es que la propuesta de combate entre dos mujeres debía de parecer algo rara a los sitiados, a pesar de que tuvieran noticia de que entre ellos

se hallaba la duquesa de Éboli, célebre con el nombre de capitán Tormenta en el cerco de Famagusta.

En tres ocasiones el turco renovó el desafío, y siempre amparado por la bandera blanca retornó al campamento. Cinco minutos más tarde proseguía el bombardeo.

El Gran Bajá se encontraba en su galera junto a su sobrina, cubierta ya con una soberbia armadura de acero, tan bien fabricada que le permitía todo género de movimientos. Metiub estaba también armado.

Al oír el estampido de las culebrinas se dio cuenta, sin necesidad de ver llegar al heraldo, de que el duelo no había sido aceptado. Haradja tembló de ira y sus ojos despidieron rayos.

—No estáis de suerte —dijo al almirante.

—¿Se habrá vuelto cobarde la cristiana o tendrá debilitado el brazo?
—exclamó la muchacha, rechinando los dientes.

—Haremos que la maten.

—¡Ah, sí! en cuanto vea a su hijo, no se obstinará en permanecer encerrada en Candía.

—Y menos aún el León.

—Y realizaremos el golpe.

—Poco a poco, sobrina. No seas impaciente y déjate guiar por mí, que tengo mayor experiencia y...

—Pero ¿no te das cuenta de que estoy en ascuas, tío?

—Pues aún no ha pasado el fuego a la armadura.

—¡No se decide!...

—Se decidirá nada más al ver al niño.

—¿A quién? ¿Al niño? ¡Nunca!

Haradja hizo una muda pregunta con la mirada. El bajá agregó:

—Le colocaré en brazos de un jinete musulmán que montará un corcel árabe, el más soberbio que haya en nuestro campamento. Si pierdes, huirá a todo galope. Tú conoces como galopan esos hijos del desierto cuando van sobre sus caballos... Y, por otra parte, no pienso dejarte matar ni por la cristiana ni por su esposo.

—Explícate.

—Mandaré practicar esta noche un foso lo bastante ancho para ocultar a diez caballeros, quienes, en el momento crítico, cubrirán tu retirada y la de tu capitán.

— Eso es una traición.

—Todo es lícito en la guerra. Que acudan a nuestro campamento los venecianos a protestar si son capaces. Desde luego que permitiré que combatáis con libertad hasta que uno de los dos caiga del caballo.

—Entonces..., ¿mañana?

—Confío en que mañana podrás cruzar tus armas con las de tu enemiga. Ahora permite que me ocupe de este asedio de Candía, que no va a poder concluirse con la rapidez que imaginaba el sultán.

—¿Me permitís ir a ver al chiquillo?

—Interroga a los centinelas negros. Ya nos veremos a la hora de la comida.

La castellana de Hussif esperó a que se embarcara en una chalupa el bajá para marchar a tierra y se dirigió, acompañada por su capitán de armas, al camarote del hijo de Muley, delante del cual vigilaban dos negros, no menos gigantes que los del día anterior.

—Dejad paso. Soy la sobrina del bajá.

—No es posible, señora —repuso uno de los centinelas, levantando el arcabuz con ademán de amenaza.

—Ya te he dicho, miserable, que soy la sobrina del bajá.

—Aunque fueras la primera sultana. Aquí no se pasa.

—¿Y si el que viene conmigo fuese el sultán en persona?

—No pasaría tampoco.

—¿Entonces quién es el que puede entrar?

—El bajá.

—¿Y ninguna otra persona?

—Ninguna. Ni Alá siquiera.

Haradja lanzó un grito de furia y volvióse hacia su capitán, indicándole:

—¡Pasemos a cuchillo a esos canallas!

Ya se disponía a desenvainar la cimitarra y a precipitarse contra los gigantescos negros, que apuntaban sus arcabuces, cuando Metiub la hizo detenerse, alegando:

—No te busques complicaciones con tu tío, de quien tanto precisas para llevar a cabo tu venganza.

—Es cierto —convino la joven, todavía encolerizada. —No obstante, el bajá no debiera tener aquí a estos necios, que no son capaces de razonar.

—Cumplimos con toda fidelidad las órdenes recibidas, señora.

—No existen en mi castillo servidores tan meticulosos.

—¿Y yo?

—Tú eres el único, Metiub.

Y se alejó maldiciendo contra Mahoma y Alá, en tanto que ambos negros cambiaban la mecha, que se estaba ya extinguendo en sus arcabuces.

6. El capitán Tormenta

Veinticuatro horas antes de que ciento cincuenta mil turcos bajo las órdenes de un célebre general —el visir Mustafá, —asediaran a Famagusta, un joven guerrero que semejaba un niño, seguido de un árabe de fiera apariencia, entraba en la ciudad.

Escasos días antes Nicosia, la segunda ciudad en importancia de la isla, había sido conquistada al asalto y las huestes otomanas pasaban a cuchillo a todos sus habitantes, sin perdonar la vida más que a las jóvenes hermosas a las que destinaban a los harenes de Constantinopla. Ni siquiera las criaturas se salvaron del enloquecimiento feroz de los seguidores de Mahoma.

¿Quién era aquel joven a quien una galera italiana tuvo el tiempo justo de desembarcar, dándose a la huida al instante ante la aproximación de trescientas cincuenta naves turcas?

¿Era un bravo ansioso de gloria y resuelto a morir combatiendo por la cruz frente a la aborrecida Media Luna, y a quien el destino había llevado hasta aquel lugar que a no tardar iba a ser escenario de un terrible y bárbaro espectáculo?

No. Se trataba de una bella joven, admirada en Nápoles no sólo a causa de su hermosura, sino por su maestría en el manejo de las armas, hija del duque de Éboli, célebre espadachín, asesinado por sus enemigos —diez contra él a un tiempo —en la calle de Toledo. Era novia de un noble francés, el señor de Le Hussière, famoso capitán que servía a la República de Venecia, y marchó a Chipre y Candía con sus galeras de Alí-Bajá y hubo de entregarse por último. Los mahometanos no le dieron muerte ante la perspectiva de un buen rescate, así como por tratarse de un francés, ya que Francia y Turquía mantenían muy buenas relaciones.

A partir de entonces nadie pudo saber lo que le había ocurrido.

Por esta razón la joven duquesa abandonó Nápoles, dispuesta a

encontrarle y a rescatarle costara lo que costara. Se embarcó en una galera de Malta, que eran las únicas en aquel tiempo que se atrevían a adentrarse en aquel peligroso mar, frecuentado día y noche por los navíos turcos siempre en busca de cristianos, y desembarcó en Chipre, tal como hemos indicado, en compañía de un árabe que su padre adquirió en Moka en calidad de esclavo y que adoraba a su joven ama extraordinariamente, estando siempre presto a sacrificar su vida por ella.

Disfrazada de hombre y siempre combatiendo en vanguardia al igual que los más hábiles y valerosos capitanes, nadie pudo sospechar que era una mujer, pese a la hermosura y delicadeza de sus rasgos, con excepción de un aventurero polaco que estaba al servicio de los venecianos. Como resultado de una disputa entre el de Polonia y la duquesa, con el fin de no enfrentarse entre sí, resolvieron combatir uno tras otro con un joven y altivo turco que cada día avanzaba hasta el pie de los muros para retar a singular duelo a los capitanes cristianos. Por sus hazañas, arrojo y arrogancia se le llamaba el León de Damasco y era hijo del bajá de aquella región asiática.

Con gran asombro por parte de todos, ya que el polaco era un consumado espadachín, Muley-el-Kadel le derrotó, dejándole muy malherido. Pero el capitán Tormenta, para ser más exactos, la duquesa de Éboli, debía sorprender a atacantes y atacados al herir breves minutos más tarde al León de Damasco en notable combate.

En lugar de guardar rencor al cristiano por esta derrota, el joven turco conservó gran aprecio hacia su vencedor y, cuando ya conquistada Famagusta, la duquesa se había escondido en una casamata, decidió salvarla, defendiéndola contra la ferocidad sanguinaria de los jenízaros.

El esclavo árabe, al verle tan resuelto, no dudó en confesarle que el célebre capitán no era sino una mujer, e informado así mismo del motivo de su viaje, pronto se enteró de que el novio de la duquesa, capturado por Alí-Bajá, se encontraba en poder de su sobrina Haradja, en el castillo de Hussif.

Sin advertirlo, Muley-el-Kadel se había enamorado ya de la joven cristiana, que junto a tan extraordinaria belleza unía tanto valor y que con tal maestría sabía usar las armas. Pero como en Hussif era conocido en exceso por la castellana, ya que Alí-Bajá se la prometió como primera mujer en cuanto acabara la guerra, no vaciló en recomendar a la duquesa,

y haciéndola embarcar en una galeota, cuya tripulación se componía de renegados griegos, con su servidor árabe, un teniente veneciano salvado a la vez que ella y escoltado por un leal esclavo del León, dejó marchar a su amada. Ambos no dejaron de sentirse emocionados por aquella separación.

Haradja acogió muy favorablemente al capitán Tormenta y se sintió admirada por su valentía y habilidad al ver que vencía a Metiub, y se enamoró de ella. El vizconde francés se encontraba en aquel lugar, aunque medio muerto, ya que destinado con otros cautivos a la pesca de sanguijuelas, había perdido excesiva sangre.

Por último logro huir con su novio. Sin embargo, poco más tarde el capitán polaco, que había renegado de su religión y era ya musulmán, llegaba al castillo de Hussif e informaba a Haradja respecto a que su huésped no era sino una mujer. La sobrina del bajá se encolerizó, la hizo perseguir y, al fin, tras numerosos incidentes y luchas, de prender fuego los griegos a la galera y buscar refugio en tierra con la duquesa, de mantener un terrible asedio en una casita de la costa donde se ocultaron y de haber muerto combatiendo el árabe de la duquesa de Éboli, el aventurero polaco, el teniente veneciano y el vizconde de Le Hussière, y heridos Metiub y el denominado capitán Tormenta, el León de Damasco llegó en el momento preciso para salvarla, gracias al aviso de su esclavo. Digna hazaña de valientes

Cuando ya la duquesa se había curado, un turco llegó un día llevando a Muley un pequeño cofre de ébano «de parte del sultán», el cofrecito contenía un cordón de negra seda, era una muda orden de suicidarse. El salvar a la cristiana le había hecho caer en desgracia.

—¿Qué os ocurre, Muley? —inquirió ella al ver que palidecía.

—Fijaos, señora —respondió, él, enseñándole el fatídico cordón.

La duquesa conocía aquella norma y amaba desde tiempo atrás al caballero turco. Lanzó un grito de espanto.

—Y tú, Muley —preguntó, tuteándole sin advertirlo, —¿piensas acatar esta orden?

El guerrero hizo un gesto decidido con la cabeza.

—La vida es demasiado agradable junto a ti para que yo la cumpla. Reniego de la religión de mis padres y me convierto a la tuya. Llévame contigo a Italia, Leonor. A partir de este instante soy cristiano, y ya sabes cómo te amo.

Los esponsales se celebraron con gran solemnidad en el palacio de Loredán, en Venecia, y de aquel matrimonio nació un hijo, al que llamaron Enzo. Ya hemos comprobado que el rencor de Haradja los perseguía y que había raptado a la criatura —aunque no consiguió hacerlos morir bajo el puñal de sus sicarios, —así como que el pequeño se hallaba en la galera del Gran Almirante.

El anuncio de la inminente guerra hizo que los duques se trasladasen a Candía, con el objeto de vender a cualquier precio las extensas posesiones de los Éboli en la isla. Por desgracia, sin que hubieran podido ultimar la operación, e inopinadamente, los mahometanos cayeron sobre aquel territorio de Venecia con trescientas naves y cien mil guerreros, los cuales no tardaron en apoderarse de Canea y cercar estrechamente a la capital.

Y tras haber dado estas explicaciones, proseguiremos nuestra narración.

7. El desafío

En el instante en que el Heraldo lanzaba el reto ante los muros de Candía, se encontraban en el bastión, uno al lado del otro, como siempre, el León de Damasco y la duquesa de Éboli.

Era él un apuesto y altivo guerrero, de unos treinta años, más bien alto, de tez blanca, robusto y musculoso, con la barba castaña y el cabello de idéntico color, ojos vivos, ardientes, que denotaban el ardor y el arrojo del turco asiático, y facciones correctas y enérgicas.

Ella, bellísima, de bastante menos edad que su esposo, esbelta y graciosa, tenía los ojos negros como el azabache, boca adorable, adornada por una doble hilera de perlinos dientes y la tez morena corriente en las mujeres meridionales.

Los dos estaban vestidos con armadura de los pies a la cabeza y eran éstas milanesas y magníficamente cinceladas, mostrando en sus almetes soberbias plumas de avestruz. Al escuchar el reto se miraron muy sorprendidos y no sin cierta inquietud.

—¡Llega a desafiar a una mujer cristiana! —exclamó la duquesa. —¿Qué mujer? ¡Cómo no se refiera a mí!.. ¿Entiendes esto, Muley?

Éste no contestó inmediatamente, intentando ver si reconocía al mensajero, que lanzaba por segunda vez, y con fuerte tono, el reto. Luego adujo:

—¿Qué voy a decirte, Leonor? Me sorprende igual que a ti. Retar a una cristiana para batirse con una turca... Pero ¿cómo es posible que las mahometanas, acostumbradas a morar en harén, en medio del humo del narguilé y los perfumes embriagadores, se dediquen a las armas? No lo comprendo..., y, no obstante..., escúchalo. De nuevo lo dice por tercera vez: una dama cristiana contra una turca.

—¿De quién se tratará? —murmuró la mujer, alzándose el almete y

empujando hacia adentro con la mano sus abundosos cabellos negros.

Su esposo la examinó con atención.

—Veo brillar, Leonor, en la negra noche de tus bellísimos ojos dos esplendorosas estrellas.

—¿Y qué ves en ellas?

—Veo que desearías enfrentarte a esa enigmática turca.

—Has acertado. ¿Y sabes por qué razón?

—¡Me lo imagino! No deseas que ninguna mujer pueda batirse contigo, pues fuiste capaz de desarmarme y herirme.

—Sí, querido Muley; y además...

—¿Por qué?

—Porque me imagino que la mujer que me lanza el reto es Haradja.

—¿La despiadada sobrina de Alí-Bajá? —inquirió él, con un estremecimiento.

—Tu antigua novia, Muley. ¡Cualquiera puede saber si, de haberte casado con ella, no te hubiese transformado en azote y verdugo de los cristianos, a pesar de tus sentimientos nobles y caballerosos!

—Por fortuna tus ojos me salvaron a tiempo.

—Y de esta manera has seguido cada vez más noble.

—Tu amor, Leonor me ha dignificado y ennoblecido.

—¡Oh, Muley!...

Guardaron silencio. De improviso retumbaron las culebrinas de asediados y sitiadores, y luego de un rato el León de Damasco, tras secarse el sudor que perlaba su frente, musitó:

—Si en realidad fuese Haradja, no te impediría que lucharas junto a mí, puesto que al mismo tiempo desafían a un capitán que sepa usar la

cimitarra.

—El corazón me dice que es ella. Tú que la has conocido más, dime, ¿vale mucho como esgrimidora?

—No lo sé. Aseguraban que era muy hábil. Su maestro fue ese Metiub que los marineros griegos de la galeota abandonaron medio muerto cuando os asediaba en aquella casa deshabitada en que os refugiasteis.

—Desde aquel tiempo han transcurrido cuatro años, Muley.

—¿Con eso quieres dar a entender que puede haber aprendido mucho?

—Claro. ¡Oh! No me amedrenta enfrentarme a esa tigresa en celo. Su maestro, el capitán de armas, no valía ni un dedo de mi padre.

—¿Quién será el que desea luchar a su lado?

—Me lo imagino.

—Me es lo mismo. Con la cimitarra en la mano no siento temor ante ningún turco. Y mucho menos ahora que me has enseñado tantas extraordinarias estocadas, que no hay mahometano que conozca ni imagine siquiera.

—¿Estás entonces resuelto?

—Si es Haradja, sí. Por lo menos podremos vivir tranquilos. Los sicarios que pretendieron asesinarme en Venecia y Nápoles eran turcos vestidos de cristianos y únicamente la sobrina de Alí pudo enviarlos contra nosotros.

La duquesa se dirigió a la escalinata de piedra que llevaba hasta el centro del torreón y gritó:

—¡Mico! ¡Mico!

Al poco rato un hombre aparecía en la terraza. Era un albano alto y fornido, de unos cuarenta años y vestido con el típico traje de aquellos montañeses.

Los albaneses no se habían convertido aún al islamismo. Por escapar a semejante peligro, y tras defender valerosamente sus montañas de los

rapaces turcos, habían emigrado en gran número a Dalmacia, donde se les había alistado en el ejército de Venecia con la denominación de esclavones. Venecia siempre se hallaba necesitada de guerreros para defender sus colonias del Mediterráneo oriental, incesantemente amenazadas por todos los sultanes.

La duquesa, al no contar ya con el fiel árabe que murió en Chipre por salvarla, al recibir el traidor disparo de pistola que, ya agonizante, le había disparado el aventurero polaco, tomó como servidor a aquel valeroso alban, que se hallaba en cualquier ocasión presto a luchar y morir por su señora.

—Mico, deseo que cuides esmeradamente a nuestros caballos, ya que mañana nos serán necesarios.

—De acuerdo, señora.

—Prepara las armas y los escudos.

—¿Ninguna otra cosa?

—Sí. Ve a notificar al capitán general de Candía que si mañana vuelve a hacer acto de presencia el caballero turco que ha venido a desafiarnos, ordene bajar el puente levadizo del bastión de Malamocco.

—¿Piensas batirte?

—Es posible.

—Te acompañaré. Ya sabes cómo odio a los turcos desde que diezmaron a mis compatriotas y destruyeron gran número de nuestros pueblos y villas.

—Ya estoy enterada, pero mañana saldré solamente con el señor.

El alban se alejó, y la duquesa se aproximó al lugar donde se encontraba su esposo, el cual contemplaba desde una almena los disparos de las culebrinas de sitiados y sitiadores.

—¿Estás resuelto, Muley?

—Sí, Leonor, ya estoy seguro de que la que nos desafía no puede ser otra que Haradja. ¡Ah, tigresa! ¡Si cayese bajo uno de tus mandobles!...

—Caerá, tenlo por seguro. Pero marchémonos. Los proyectiles ya llegan hasta este sitio y será mejor que nos retiremos a nuestra tienda.

Y, efectivamente, empezaba a ser arriesgado continuar en lo alto de las torres y bastiones, ya que la artillería turca, que contaba con una fuerza de más de ochocientas bocas de fuego, entre bombardas y culebrinas, aparte los cañones de la flota, arrojaba sin interrupción proyectiles para defender a los hombres que tenían por misión practicar trincheras.

Empleaban, en especial manera, bolas de piedra y eran éstas bolas imponentes, que pesaban como mínimo una arroba y que lanzaban con cañones especiales. Su objetivo primordial era hacer la vida inhabitable en la ciudad para candiotas y venecianos y lo lograban, ya que aquellas inmensas piedras, al abatirse sobre la población, aunque solamente fuera por la potencia de su propio peso, hundían techos y aplastaban a numerosos moradores. Aquel sistema no les valía para los bastiones y torres, que estaban edificados con mucha mayor solidez, y por ello habían determinado volarlas con las minas.

La duquesa y su esposo descendieron la escalera interior de la torre y alcanzaron una estancia iluminada por dos camas de campaña, sacos que acaso contenían provisiones, diversos odres con agua y armas de toda índole. Era el refugio que los capitanes venecianos habían ofrecido a los esposos, aunque menos cómodo, más seguro que el que podría haberles ofrecido cualquier morada de la ciudad. Acababan de entrar allí cuando se presentó el albano.

—Señora, un turco desea hablar contigo.

—¡Un turco! ¿Y cómo ha podido entrar sin perder la vida en Candía?

—No lo sé.

—¿Lleva armas? —inquirió el León, cogiendo al instante una pistola colgada en la pared y encendiendo la mecha.

— Me parece que no.

—Regístrale detenidamente y déjale entrar.

Una voz, que causó impresión en los oídos de los dos esposos, pudo

escucharse en la escalera, y un instante más tarde un hombre de unos cuarenta años, de piel muy bronceada, con una gran barba negra y vestido a la usanza de los marineros de las galeras mahometanas, penetró exclamando:

—Al parecer, me habéis olvidado. Pues yo no he dejado de acordarme en estos cuatro años del hijo del bajá de Damasco ni del capitán Tormenta o, para mayor exactitud, de Hamid Leonor.

La duquesa lanzó una exclamación de asombro.

—¡Cómo! ¡Nikola Stradiato! ¡El griego renegado!

—El mismo. El que hace algo más de cuatro años, y por mandato del León de Damasco, estaba al frente de la galeota que había de conducirte, y te llevó al castillo de Hussif, donde pude conocer a la sobrina del Gran Almirante.

—Me acuerdo bien, Nikola —respondió la duquesa, mientras se acercaba a él, en tanto que su esposo apagaba la mecha y colgaba la pistola. —¿De dónde sales?

—Del campamento turco o, mejor dicho, de la galera almirante de Alí, desde la que debo, muy a mi pesar, luchar contra los cristianos y aparentar ser mahometano, a pesar de que conservo en mi pecho la fe en la cruz.

—¿Y cómo con esas ropas de musulmán te fue posible entrar en Candía?
—adujo el León de Damasco.

—Gracias a la ayuda de un oficial veneciano que conocí tiempo atrás y a quien tuve la satisfacción de salvar en una situación muy apurada... Pero a lo que íbamos... ¿Tuviste noticias de Haradja, señora?

—No, ni la menor noticia.

—Pues la tigresa se halla aquí de huésped de su tío en la galera almirante.

Los esposos lanzaron al unísono una misma exclamación.

—¡Es ella!

—Pero más cruel e inexorable que nunca. ¡Ten cuidado, señora! Ha jurado

matarte y apresar al León de Damasco para probar en su garganta el cordón de seda que le remitió el sultán. ¿Recuerdas?

—Igual que si fuese ayer —murmuró la duquesa, mirando con dulzura a su esposo, que se había tornado pálido.

—Todavía hay más —agregó el griego.

—Expílicate, Nikola. El renegado vacilaba.

—Habla —ordenó el León.

—En fin: debo comunicaros noticias que os van a resultar muy desagradables. En especial, a vos. Vuestro padre, en ruta hacia Constantinopla, ha sido capturado por una galera de Haradja y otras del bajá y en la actualidad está cautivo en los subterráneos de Hussif.

—¡Mi padre!... ¡Has dicho mi padre!... ¿Acaso has vendido tu alma a los turcos y te mandan a destrozar la mía, que es fiel a Cristo como si fuese cristiana desde mi nacimiento?

—Señor, luzco ropas turcas con el fin de salvar mi vida, amenazada de continuo. Pero ni creo en Mahoma ni puedo apreciar a mis verdugos y a los que asesinaron a mi esposa y a mis tres hijos. Con estas ropas puedo ser de mayor utilidad a los cristianos.

Al recordar sus infortunios, un sollozo brotó del robusto pecho del griego. El duque puso una mano en su hombro y le dijo, en tono afectuoso:

—¡Discúlpame! El dolor me ha hecho ser injusto. Pero ¿estás completamente seguro?

—Se lo oí contar a la propia Haradja la noche en que llegó a la galera, en tanto que cenaba en el castillo de popa con su tío. Tres camaradas y yo estábamos de centinelas, dos delante de cada escalera.

—¡Mi padre! ¡Mi padre en el castillo de Hussif! ¡Cautivo!... ¡Ah! ¡Maldita mujer!

—Pues aún he de comunicaros otra noticia, y no sé...

—Habla, Nikola.

—No me siento capaz, señora.

—Tengo suficiente valor.

—Pero... ¿es que se refiere a vuestro hijo!

—¡A Enzo! ¡A mi Enzo!

—¿Cómo dices, Nikola?

—Lo cierto es, señores, que vuestro hijo fue raptado en Venecia y se encuentra en la galera del bajá.

—¡Hijo! ¡Hijo mío! —exclamó la duquesa, con tono angustioso.

—¿Tienes la completa seguridad, Nikola?

El duque lanzó un gemido furioso, a la vez que sus facciones denotaban una desesperación intensa.

—¡Mi padre y mi hijo! ¡Ah, maldita! ¡De qué manera destrozas mi corazón!

La duquesa sollozaba tendida de bruces en uno de los lechos. El León de Damasco empezó a pasear nerviosamente por la estancia. Después se acercó decidido a su esposa.

—¡Ya está bien, Leonor! El golpe ha sido horrible. Pero nos han denominado a ti el capitán Tormenta y a mí el León de Damasco, y, cuando se tienen semejantes nombres, no es posible llorar.

—Es verdad —contestó la valiente mujer intentando reprimir sus sollozos.
—Pero es que en este momento sólo soy madre. ¡Ah, canalla! ¡Precisamente para vengarse, aparte de tu padre, de mi hijo!... ¿Qué dices ahora, Muley?

—La mataremos. Pero exigiremos condiciones para el duelo —contestó con determinación el antiguo musulmán. Luego preguntó al renegado:

—¿Está en peligro mi hijo?

—No, señor, ya que durante la noche y el día vigilaban delante de la puerta de su camarote un par de centinelas escogidos, con orden de no

dejar entrar a nadie, ni siquiera a la misma Haradja.

—¿Quién los ha puesto? —inquirió la duquesa, que había logrado dominarse.

—El bajá.

—¡Alí cuida de mi hijo! —exclamó Muley.

—Eso parece. Acaso tema alguna violencia contra el pequeño por parte de la tigresa de Hussif.

—¿Te es posible regresar a la nave almirante?

—Soy maestro del castillo y puedo entrar y salir cuando me parezca oportuno, excepto en determinadas circunstancias...

—¿Y te será posible cruzar el campo?

—El turco, sí; me conocen muy bien. Decidme lo que deseáis, y aunque deba jugarme la vida...

—Eres un bravo y Dios te ha mandado aquí.

—Ordenad, señor.

Los esposos se miraron y se comprendieron.

—Regresa a tu galera, y dentro de lo que te sea posible vela por nuestro hijo. aguardamos los acontecimientos. Tal vez algún día también nosotros penetremos en la nave almirante, pese al asedio y a los cien mil turcos que acampan frente a sus galeras. Ahora te acompañará mi criado y ordenará que te entreguen un salvoconducto para que te sea posible venir sin inquietudes cuando lo consideres necesario.

—¿Cuándo podrás retornar, Nikola, para informarme respecto a mi hijo?
—inquirió la duquesa.

—Intentaré hacerlo después del duelo.

—¿Y no te sería posible acercarte para indicarle que sus padres se encuentran aquí?

—¡Es imposible, señora! Nadie con excepción del bajá puede penetrar en el camarote del niño. Si yo pretendiese hacerlo, el almirante me colgaría de una antena.

—No deseo que mueras. Y, por otra parte, puedes sernos útil.

—Disponed como os parezca de mi vida. Me doy perfecta cuenta de que va a librarse una terrible lucha entre vos y vuestro esposo contra Haradja y su tío. Podéis contar conmigo.

—Has acertado —dijo el León. —No regresaremos a Italia sin haber salvado a mi hijo y a mi padre y haber castigado a la tigresa de Hussif. Estoy completamente decidido.

Mico se encontraba ante la puerta aguardando órdenes. El duque se las dio precisas y tajantes. Había que solicitar del capitán general un salvoconducto para que el griego pudiera entrar sin inconvenientes de ningún género en Candía y pedir que al día siguiente, cuando llegara el mensajero, se bajara el puente levadizo, ya que era indudable que volvería de nuevo, puesto que los retos se hacían durante tres días sucesivos.

—Vete, Nikola, y cuida mucho de mi hijo. Lo encomiendo a tu cuidado.

—Dijo la duquesa, con débil voz, al despedirle.

—No os inquietéis, señora. Mi vida está a vuestro servicio.

Besó la mano de la dama, estrechó la del valeroso guerrero damasceno y se fue en compañía del albano.

—¡Ay, querido Muley! —exclamó la duquesa cuando se quedaron a solas.

—¡Cuántos sufrimientos te cuesta mi amor!... Te han partido el corazón, pobre amor mío... Acaso hubiera sido mejor para ti no haberme conocido... Serías el marido de Haradja y no hubieras renegado de Mahoma.

—No digas esas cosas, Leonor. Yo estaba ciego y tu amor me ha quitado la ceguera. He de darte inmensas gracias por haberme librado de las tinieblas en que me hallaba hundido, proporcionándome luz para poder admirar su soberana belleza. Por lo que se refiere a los acontecimientos de que acabamos de enterarnos, me producen un gran dolor, mas no me desesperan ni menos me hacen arrepentirme de mis acciones. Mil veces

tornaría a realizar lo mismo y aún más por ser digno de tu amor, que es una visión anticipada del Cielo. Cuando llegue el momento me encargaré de salvar a mi padre, puesto que se halla en Chipre y no en Candía. De momento preocupémonos por libertar a nuestro Enzo. ¿De qué manera? No lo sé. Pero lo que no dudo, mi querida Leonor, es que lo conseguiremos.

—¿Estando como está en poder de Alí-Bajá?

—¿Qué importa? Antes que haya pasado mucho tiempo dispondremos de una fuerza que acaso ellos no sospechen. ¿No estás enterada de que España, Venecia, Roma y Austria se disponen a asestar un golpe mortal al poder de la Media Luna? ¿Cuándo? Lo desconozco. Pero no tardará en producirse, ya que el pacto de la Liga ha sido ya firmado.

—¡Con el fin de herir de muerte a tu raza!

—Cierto. Pero al contraer matrimonio contigo renuncié a toda solidaridad con ellos. Ya, con mucha anterioridad, sus vicios y crueldades se me hacían despreciables. Y ahora, primero que nada, soy cristiano.

—¿Y tu padre mientras tanto?

—No te inquietes por eso. Yo le conozco bien y estoy convencido de que sabrá aguardar hasta que le salve, ya que sabe que intentaré cualquier cosa por conseguirlo. De poder hablar con él, nos diría que pensáramos primero en Enzo. Bien sabes que, a pesar de renegar de mi religión, él no renegó de mí.

—Ya lo sé, Muley. Es tan noble y caballeroso como tú.

—Damasco no le podrá olvidar nunca. Un bajá como él ni lo hubo ni lo hay en todo el Imperio turco. ¿Te hallas decidida?

—¿A qué? ¿A enfrentarme a Haradja? ¿Y eres tú el que me lo pregunta, Muley?

—Entonces no hablemos más. Los derrotaremos ante la vista de esos valerosos venecianos.

—Ten cuidado no vaya a producirse alguna traición.

—No te inquietes: no lucharé con cimitarra. Esas armas no valen tanto como las vuestras, largas y rectas, que en estos cuatro años me has enseñado a utilizar tan bien. Ahora descansa. Yo voy a entrevistarme con el capitán general.

—¡Cuidado con las balas!

—¡Bah! Mis compatriotas siempre fueron malos tiradores. Hasta la vista.

Le dio un beso en la frente, abandonó la estancia, descendió las escaleras y en breve se halló fuera del torreón.

Sobre Candía caían los proyectiles turcos, hundiendo las míseras techumbres de madera de las moradas y sepultando en ocasiones a sus habitantes, más anhelosos ciertamente de morir que de continuar viviendo, puesto que el hambre empezaba a dejarse sentir. Los venecianos contestaban el bombardeo con no menos intensidad, llenando de metralla el extensísimo campo sitiador e intentando acallar, en especial, los disparos de los morteros, cuyos proyectiles de piedra ocasionaban tan grave daño en la población.

Si bien se hallaban sitiados desde hacía más de un año, poseían abundancia de municiones y fabricaban pólvora, ya que tenían inmensa cantidad de salitre, azufre y carbón, pero si las murallas, resistentes y construidas a toda prueba por los más expertos arquitectos de la Reina del Adriático, aguantaban firmemente, exasperando a los enemigos, por el contrario la ciudad iba siendo aniquilada poco a poco y ya la mitad de las viviendas estaban derrumbadas.

Y entre aquellas ruinas surgía un hedor insoportable y pestilente, debido a los numerosos cadáveres sepultados bajo ellas y que los asediados, molestados sin cesar por los sitiadores, no habían tenido ocasión de sacar para enterrarlos.

Los perros y los gatos, que tanto abundaban antes en Candía, como también en todas las islas del archipiélago, ya eran muy escasos, puesto que los habitantes se los habían comido, y no podían colaborar en la destrucción de los cadáveres. Por el contrario, se había abatido sobre Candía una verdadera plaga de aves de rapiña, acaso procedentes de Asia Menor o de más distancia, pues no se sabía con certeza de dónde provenían. Estos animales se parecían a los marabúes de la India y

desempeñaban el trabajo de sepultureros, sin amedrentarse por el tronar de las culebrinas. De manera que por las calles de la miserable ciudad encontrábase muchos esqueletos humanos totalmente desprovistos de carne y nervios.

Muley-el-Kadel, adentrándose por el segundo cinturón, que era el menos castigado por los proyectiles turcos, dirigióse a casa del capitán general para convenir con él lo inherente al desafío, y luego regresó al torreón en compañía de Mico, a quien encontró todavía en el palacio.

Todo aquel día transcurrió de la misma forma, sin que cesara el cañoneo, que ocasionaba mayor perjuicio a los turcos, por encontrarse menos resguardados que los venecianos, no interrumpiéndose el fuego ni siquiera por la noche, aunque durante ella no fue tan intenso.

Al alba, y como una consigna, dejaron de disparar los cañones turcos, y al poco rato el mensajero del día anterior se dirigía al galope hacia la ciudad llevando su lanza adornada con una gran bandera blanca de seda. También los venecianos cesaron sus disparos.

Y al igual que el día anterior, el caballero mahometano lanzó su reto con voz rotunda y sonora bajo uno de los más salientes reductos. Al gritar por segunda vez su desafío, Muley se hallaba con su mujer, los dos provistos de todas sus armas y detrás de una arpillera.

—Ve a comunicar a Haradja —gritó —que hay una cristiana decidida a luchar con la sobrina de Alí-Bajá y un capitán cristiano dispuesto a combatir con un guerrero turco.

El turco bajó la bandera, con un saludo, y partió a todo galope, cruzando por segunda vez junto al reducto de los Alberoni, que, al parecer, tenía para él un raro interés.

Muley se volvió hacia el conde Morosini, que tenía a su cargo la defensa de Candía, y le indicó:

—Capitán, ordenad bajar el puente levadizo. Mi esposa va a dar una lección a esa secuestradora de niños.

—¡Tened cuidado con las traiciones, mis jóvenes amigos! —advirtió el capitán general. —Sé de vuestro valor y destreza y no temo por vos en

una pelea noble; más si hay traición...

—No pasaremos del reducto de los Alberoni —repuso la duquesa.
—Estaremos siempre bajo la protección de vuestras culebrinas.

—¡Y de nuestras espadas! —exclamaron cuantos capitanes estaban presentes.

Pasaron diez minutos de gran ansiedad. Los bastiones y las terrazas se cubrieron de guerreros deseosos de presenciar la victoria del capitán Tormenta, puesto que, rememorando sus hazañas de Famagusta, ninguno tenía la menor duda de que saldría vencedor de la turca.

Por último se vio llegar por las avanzadillas mahometanas al mensajero agitando su blanca bandera, y detrás de él a los dos campeones. Haradja montaba su corcel árabe; Metiub, un fuerte caballo turco. El de la sobrina del bajá era magnífico, con largas y ondulantes crines, cola que alcanzaba casi la tierra y suave pelo de color pardo oscuro. Los dos guerreros iban pertrechados con todas sus armas y llevaban bajadas las viseras. Los tres se acercaron al reducto de los Alberoni, tras el cual existía una amplia explanada muy adecuada para un lance como el que se avecinaba. El heraldo clavó en tierra su lanza con la bandera y se volvió atrás, dejando a solas a los campeones.

—¿La ves, Leonor? —inquirió, algo excitado, Muley.

—No puede tratarse más que de ella —respondió la duquesa.

—Vamos, amada mía.

Estrecharon las manos al capitán general y a sus amigos y alcanzaron el puente levadizo, que ya había sido bajado y estaba vigilado por una compañía de esclavones. Subieron sobre sus dos fogosos caballos negros que sostenía de las riendas Mico y que se hallaban cubiertos con sus arneses de acero con incrustaciones de plata.

—¡Ea! —exclamó la duquesa, montando sobre el suyo. —Vamos a comprobar de qué color tiene la sangre Haradja.

Y en compañía de su esposo se dirigió a galope tendido hacia el reducto.

—¡Buena suerte al capitán Tormenta! ¡Buena suerte al León de Damasco!
—exclamaron los venecianos en señal de despedida.

8. La traición

La duquesa y su esposo, acompañados por las miradas de millares de hombres, ya que también los turcos, anhelosos por contemplar el combate y aprovechando la tregua habían abandonado sus trincheras y paralelas, constituyendo un enorme y curioso semicírculo, encamináronse rápidamente en dirección al reducto, detrás del cual esperaban sus contrincantes.

El sol, que acababa de surgir por oriente, hacía brillar las armaduras de los campeones, en especial la de Haradja, que portaba en la coraza una galera con las velas desplegadas, incrustadas en oro.

Al llegar a diez pasos de su rival, la duquesa detuvo su caballo, levantó la visera y dijo:

—Descúbrete, para ver si eres realmente mujer.

—No lo dudes —contestó la sobrina del bajá. —Mi cuerpo, si bien cubierto de acero, no es menos esbelto ni elegante que el tuyo.

—Deseo saber contra quién combato. De aquí a poco puede morir cualquiera de nosotros, y todos tenemos derecho de contemplar bien el semblante del adversario al caer.

—¿Por qué razón lo preguntas, si ya conoces quién soy?

—Igual tú sabes que soy la que en Famagusta denominaban, por su valor, capitán Tormenta.

Haradja vaciló, pero, por último, descubrió su cara, roja de ira.

—¡La castellana de Hussif! Me lo imaginaba. ¿Y qué desea la poderosa castellana, al cabo de cuatro años, del capitán que, con ropas de albano, hacía llamarse Hamid Leonor?

La sobrina del bajá rechinó los dientes y palideció. No podía perdonarse el

haberse enamorado, si bien por breves días, de una mujer, imaginando que era un apuesto guerrero.

—¿Qué deseo? Vengarme de tu cruel burla.

—¿Matándome?

—Eso es.

—¿Y crees poder hacerlo?

—Tengo la certeza de conseguirlo.

—¡Tú! ¿Tú? No vales más que para raptar niños. ¿Qué has hecho con el mío, miserable? ¿Qué has hecho de mi Enzo, que dejamos su padre y yo en Venecia, al cuidado de los leales servidores?

—Ya ves que no eran tan leales cuando los míos pudieron raptarle y le pasearon por el Adriático sin que nadie los molestase.

—¿Qué has hecho con mi hijo?

—Por el momento, nada. Pero será guerrero por guerrero. Puesto que el León de Damasco ha renegado de sus creencias y lucha contra su patria, su hijo le reemplazará en la religión y en el ejército musulmanes.

—¿Pretendes hacer de mi Enzo un mahometano?

—En eso confío.

El León de Damasco lanzó un rugido y, tras desenvainar su espada, avanzó unos pasos hacia Haradja, que se mantenía firmemente montada en su soberbio corcel.

—Mi mujer acabará contigo, perra.

—Eso lo veremos —repuso la argelina desenvainando su cimitarra, de fuerte y bien templado acero de Damasco.

—Me han asegurado también, miserable, que has apresado a mi padre.

—Es verdad. Le capturé en las costas de Chipre y ahora se hallará meditando respecto a las comodidades que tenía en Damasco y de las

que se halla privado en los sucios y húmedos subterráneos de mi castillo de Hussif.

—¡Tigresa!

—Como comprobarás, me he vengado.

—¿Y el capitán turco que va a enfrentarse a mi esposo quién es?

—Un viejo conocido tuyo: Metiub.

—¿Tu capitán de armas, al que herí ante ti? ¿No murió como resultado de aquel culatazo que le partió el cráneo?

—Al parecer, no, ya que se prepara a matar al antiguo León de Damasco.

—Colócate de lado, Muley; lucharemos de dos en dos con el fin de no estorbarnos con los caballos. En primer lugar, yo con Haradja.

—Te lo iba a proponer yo. De esta manera, si muero, Metiub me vengará.

—¿Tan fuerte le consideras?

—Sí.

—Bueno, en guardia, tigresa de Hussif.

Muley se puso delante de Metiub, advirtiéndole:

—Cuenta con estarte quieto hasta que caigan la turca o la cristiana, si no ordenaré que te maten a disparos los venecianos.

El capitán de armas, que permanecía quieto y silencioso, como si le preocupase en gran manera el resultado del desafío, abandonó la brida sobre el cuello de su caballo y desenvainó su espada, que no era un arma turca, sino una que los venecianos utilizaban con éxito contra las cimitarras.

—¿Estás preparada?

—Sí, preparada a matarte, cristiana.

Se calaron las viseras y blandieron las armas. Por un instante se miraron

con fiero aspecto, pero sin adelantar un paso. Después la sobrina del bajá, más impetuosa, lanzó su corcel árabe contra la duquesa, que esperaba serenamente con una extraordinaria guardia de prima algo adelantada con el objeto de defender al mismo tiempo la cabeza de su caballo.

Cruzó Haradja, igual que una tromba, muy próxima a su enemiga, lanzándole un gran tajo con la cimitarra. Leonor lo paró al instante, sin responder. La sobrina del bajá, a la manera de los caballeros turcos en los duelos, espoleó a su caballo, haciéndolo girar con rapidez y dar continuos saltos y corvetas. La duquesa, que no era novata en aquellos lances, se contentó con obligar a su corcel a dar la vuelta de forma que estuviera siempre frente a su enemiga, la cual, de vez en cuando, le asestaba tremendos tajos y estocadas, que la cristiana paraba sin intentar replicar por su parte.

Aquel juego, arriesgadísimo para las dos mujeres, duró escasos minutos, pues enseguida la duquesa se arrojó impetuosamente contra su adversaria. Los caballos casi se embistieron y se trabó una feroz lucha, en la cual las armaduras hubieron de soportar duros golpes, en especial por parte de Haradja, que, más ardiente y nerviosa, asestaba terribles golpes a derecha e izquierda, aunque no sin maestría, puesto que todas sus tentativas tenían por objeto hundir el almete de la cristiana.

Muley, si bien confiaba en la habilidad de su esposa, seguía anhelante y preocupado la pelea, y por dos veces no pudo menos que exclamar:

—¡Cuidado, Leonor!

De improviso la duquesa volvió grupas con rapidez y comenzó a correr a todo galope, como si pretendiese huir. La musulmana permaneció un momento asombrada y al instante se lanzó tras su enemiga con la cimitarra alzada y gritando a voz en cuello con gran satisfacción:

—¡Hola! ¡Parece que los asustamos! ¡Fijaos en el célebre capitán Tormenta!

La carrera de la duquesa duró escasamente un minuto: se detuvo en seco y se plantó ante su adversaria, lanzada sobre ella, a toda carrera, en su hermoso corcel árabe, con las crines al viento y la cola ondulante.

Haradja, al verla esperar tan firme, y confiando en exceso en aquella

espada, siempre en línea y a la que no conseguían abatir los más terribles golpes de su cimitarra, obligó al momento a su caballo a desviarse velozmente para embestir de lado a su enemiga y procurar hacerla caer de su montura por medio del choque. Pero no logró su propósito, ya que la cristiana la esperó de frente y trabóse otra vez el combate con mayor saña.

—¡Muerte de Alá! —maldijo la mahometana luego de un par de furiosas tentativas para hacer caer a su rival. —Eres fuerte como una roca... Pero te liquidaré.

Redobló su lluvia de golpes la sobrina del bajá. La duquesa parecía únicamente defenderse. De improviso su esposo, que seguía con la máxima ansiedad esta nueva faceta del combate, observó que Leonor se alzaba sobre los estribos con el objeto de parar un tremendo tajo y después inclinarse, bajar la cabeza y alargar el brazo provisto del acero.

Se oyó un grito, o mejor sería decir un alarido de fiera herida, y luego Haradja se desplomó en tierra pesadamente. La espada de la invencible napolitana se le había clavado en la axila derecha, lugar donde las armaduras se hallan truncadas para permitir la absoluta libertad de movimiento del brazo. Muley lanzó un grito de alegría.

—¡Remata a la tigresa! —gritó luego.

Se disponía la duquesa a saltar a tierra para acabar con su enemiga cuando veinte o treinta turcos, ocultos hasta aquel instante en el foso del reducto, surgieron de improviso dando gritos y disparando algunos de sus arcabuces.

—¡Traición! —exclamó el León de Damasco, poniéndose delante de su mujer para protegerla.

—¡Escapemos! —aconsejó la duquesa.

Hubiera resultado una temeridad trabar combate con aquellos traidores armados con arcabuces. En consecuencia, ambos esposos, que habían salido indemnes por verdadero milagro de la primera descarga, huyeron a todo galope hacia el bastión de Malamocco.

—¡Apresúrate, apresúrate, Leonor! —exclamaba su esposo, que iba tras ella para cubrirla con su cuerpo. —¡Date prisa, no te vaya a alcanzar algún

disparo!

Metiub aprovechó la huida para saltar ágilmente a tierra, coger a Haradja, que seguía sin sentido, y meterla en el interior del reducto, desistiendo de trasladarla a su campamento al escuchar que desde el campo veneciano comenzaban a disparar las culebrinas. Los turcos que salieron el reducto, en el que debían haber pasado la noche, se lanzaron también al interior de éste.

La duquesa y el León alcanzaron con la celeridad del rayo el puente levadizo y lo salvaron sin detenerse, en tanto que la compañía de esclavones salía fuera, abriendo un infernal tiroteo contra el reducto. En las murallas, en las torres, por todos lados, los venecianos lanzaban amenazas y furiosas exclamaciones, excitados por la traición de los musulmanes. Sus gritos sonaban aún en el fragor de las armas.

—¡Traidores! ¡Canallas!

—¡Chusma traicionera!

Con gran celeridad transportaron hasta el bastión de Malamocco otras diez culebrinas, y veinte piezas llenaban de plomo el reducto y la explanada posterior para evitar que los traidores pudieran buscar refugio en su campamento.

El capitán general de Candía salió al momento al encuentro de los duques, que acababan de desmontar.

—¿Os han herido, señora?

—En esta ocasión le ha tocado a la sobrina del bajá, señor gobernador.

—La he visto desplomarse.

—Pero no pude rematarla.

—¡Cobardes! Os tenían dispuesta una trampa. No puede uno confiar en esa canalla, pero se hallan encerrados en el reducto y ya veremos si consiguen huir. No ahorraremos la pólvora.

Y ciertamente no la ahorraban los artilleros del bastión. Las veinte piezas de artillería no permanecían un instante silenciosas y lanzaban pelotas y

metralla contra el reducto y sus proximidades, en las que no había otro ser viviente que el caballo árabe de Haradja, que caracoleaba como esperando que su señora lo montara otra vez. El de Metiub, por el contrario, con un extraordinario salto, consiguió introducirse en el reducto.

—¿En qué punto la heriste? —interrogó Muley a su mujer.

—En la axila, aprovechando el instante en que alzaba el brazo para herirme con la cimitarra.

—¿Es una herida grave?

—¿Cómo voy a saberlo yo? Los caballos no estaban un momento quietos... Pero, fíjate, la punta de mi espada aún está cubierta de sangre. Me parece que la castellana de Hussif no osará ya retar a las cristianas.

—¡Miserables! Siento vergüenza de haber nacido musulmán.

—¡Silencio! ¡Calla! —dijo con una sonrisa amorosa la duquesa.

—No me ha sido posible medir armas con ese maldito Metiub. Pero no escapará sin encontrarse con mi espada, que no me cabe duda será tan afortunada como la tuya.

—¡Oh! ¡No hay temor de que abandonen el reducto! —adujo el capitán general. —En tanto que no dejen de tronar nuestras veinte bocas del bastión no se atreverán a abandonar ese refugio.

—¡Si pudiéramos apresarlos a todos!

—¡Con ese fuego, duquesa! Escuchad el concierto. Los turcos también claman con su artillería. Cubren a sus compañeros, impidiendo que vayamos a cogerlos. El fragor aumentaba por momentos.

Efectivamente: los atacantes, al observar el mal resultado del desafío, trasladaron numerosas bombardas y culebrinas a la zona meridional del campamento y empezaron a descargarlas furiosamente con el fin de impedir a los venecianos que realizaran alguna salida contra el reducto.

—¿Quién se atrevería a afrontar semejante huracán? —continuó el conde Morosini. —Aunque enviara dos compañías de los más valerosos esclavones, posiblemente no llegarían allí los suficientes para llevar a cabo

la empresa.

—¿Y no procurarán hacerlo los turcos? Son seis veces más numerosos que nosotros y...

—En tanto prosiga el bombardeo, no se atreverían a abandonar su campamento y yo ordenaré que no se interrumpa el fuego ni un instante, en especial por la noche. Pero si, al amparo de la oscuridad, realizan alguna salida, desesperada, les garantizo que pagarán cara su traición. Voy a mandar que apilen leña en la parte superior de las torres con el fin de iluminar la llanura en el momento oportuno.

—¿Decidirán entregarse Haradja y sus camaradas?

—Confío en que así sea, señora, puesto que el asedio puede prolongarse mucho tiempo y no creo que dispongan de provisiones. Pero retiraos a vuestra torre, ya que este puesto empieza a resultar peligroso.

En efecto; los proyectiles turcos, de plomo y piedra, que se abatían a docenas, empezaban a derrumbar el bastión, y Muley, por temor a que alguno de aquellos cascotes hiriera a su adorada esposa, acató el consejo del conde. Y mientras el duelo de la artillería continuaba con mayor violencia que nunca, los soldados, alzando sus espadas, y los candiotas, entusiasmados, saludaban el paso de la duquesa hasta su torreón entre grandes vítores a «la heroína de Famagusta», al «invencible capitán Tormenta».

Los cobijados en el reducto, por su parte, procuraban por todos los medios hacerse los muertos. Ninguno daba la menor señal de vida; no deseaban seguir idéntico camino al seguido por el soberbio caballo de Haradja, que no había tardado en ser alcanzado por dos proyectiles, uno en un flanco y otro en la fina e inteligente cabeza, y cayó muerto en el foso, luego de correr enloquecido e intentar eludir su fin. ¡Lástima! Tal animal, en aquella época, podía valer una verdadera fortuna y ¡cualquiera sabe lo que pagaría por él Alí-Bajá para hacer un regalo a su sobrina!...

Ya declinaba el sol cuando Muley se presentó al conde Morosini, cuyo palacio no había sufrido todavía grandes desperfectos. Le acompañaba Mico, el albano, casi siempre taciturno, aunque siempre ágil de manos, al igual que todos sus compatriotas de las montañas próximas al lago de Escodra.

—Señor capitán —les dijo, —¿os sería posible, cuando sea noche cerrada, hacer interrumpir el fuego durante una hora?

—Al duque y a la duquesa de Éboli, que tanto hicieron por la Serenísima, nada puedo negarles. Sabéis bien que sois los ídolos de la guarnición, valerosa y aguerrida, si bien en exceso escasa. Venecia no podrá agradeceros bastante lo que hacéis por ella. Explicaos. ¿Qué deseáis?

—Voy a intentar, con mi albanés Mico, alcanzar el reducto y apresar a la sobrina del Gran Almirante, si es que no ha muerto como resultado de la estocada asestada por mi mujer.

—¿Queréis cometer una imprudencia?

—No, señor conde. Estoy decidido; pero para alcanzar el reducto me es preciso que hagáis cesar el fuego.

El gobernador general, que luchaba contra los turcos desde hacía ya veinte años, primero en el Adriático, después en el archipiélago y posteriormente en las islas del sur, contempló asombrado al joven.

—¿Deseáis ir en busca de la muerte?

—Dios velará por mí.

—No soy capaz...

—Soy el León de Damasco, señor conde —exclamó con cierta jactancia Muley. —Permitid que intente la aventura.

—¿Y la duquesa?

—Yo me ocupo de todo. Debéis pensar, señor conde, que no habrá tranquilidad para nosotros en tanto siga viva esa mujer. Hace ya cuatro años que está maquinando y realizando su venganza. Y ahora ha logrado capturar a mi padre y raptar a mi hijo.

El conde se acarició la canosa barba y, examinando al duque con sus perspicaces e inquisitivos ojos, le respondió:

—¿Así lo queréis? ¡Sea! Aunque lo considero una temeridad, ya que

nuestra baza es buena y esas gentes no tendrán otra solución que entregarse muy pronto. Cosa de un par de días aproximadamente: en cuanto hayan devorado el caballo del turco que debía combatir contra vos, y pensad que son al menos treinta hombres. El hambre los obligará a entregarse. De todas maneras, el calor descompone en seguida la carne y ni siquiera poniéndose a media ración les durará el animal arriba de un par de días más.

—¿Lo suponéis así?

—Estoy seguro de ello.

—No conocéis a los turcos... Preferirían morir en ese lugar.

—Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Ofrecer la libertad de todos ellos a condición de que Alí-Bajá os entregue a vuestro hijo.

—Haradja no aceptará, si es que no ha muerto a consecuencia de su herida, y tengo interés en cerciorarme de ello.

—Pero, amigo mío...

—Estoy decidido, capitán. Ya veréis cómo nos burlamos de esos pobres diablos.

—Bien: ¿a qué hora deseáis que se interrumpa el fuego?

—A las once. La luna tardará en aparecer esta noche.

—Está decidido. Situaré en el puente levadizo cuatro compañías de esclavones preparadas para auxiliaros.

—No será preciso. Cuento principalmente con la astucia.

—No obstante, las tendré allí situadas. Me es necesaria vuestra vida y conviene a todos que el León de Damasco continúe colaborando en la defensa de la plaza. No hay más que hablar; os aguardo en el puente levadizo a la hora que me habéis indicado.

Como era lógico el bombardeo continuó intensa e ininterrumpidamente como durante el día, y los estragos en la ciudad acrecían de una forma que daba angustia.

A las once, Muley, a pie, aunque cubierto de acero y armado con largas pistolas, en compañía de Mico, el leal albanés, se reunía con el capitán general a la entrada del puente levadizo.

—¿Estáis resuelto, Muley? —inquirió el conde, que parecía inquieto.

—Sí, capitán.

—¿Qué os interesa averiguar: si la sobrina del bajá está o no muerta?

—Mucho lo deseo. Y sobre todo, si está viva y puedo, como confío, apresarla, me será posible recuperar a mi hijo a cambio de esa mujer.

—No lo niego, pero la empresa es muy peligrosa.

—Llevamos magníficas armaduras, hablamos el turco y simularemos ser enviados por ese canalla de Alí.

—¡Sois muy osado! Por algo se os ha denominado y se os llama todavía el León de Damasco.

Se estrecharon la mano y se despidieron.

—Que haya suerte. Estaremos dispuestos a defender vuestra retirada...

—Gracias, conde; haced cesar el fuego.

Casi no habían atravesado la mitad del puente cuando se unió a ellos un guerrero ágil y menudo. Muley, pese a la oscuridad de la noche, advirtió que era su mujer.

—¿Qué significa esto, Leonor?

—Nada de locuras, Muley. ¡Déjame que vaya contigo! —suplicó la duquesa, con voz emocionada —Tres espadas valen más que dos.

El damasceno hizo un gesto con la cabeza.

—Óyeme, Leonor: si yo muriese en esta empresa, ¿quién quedaría para liberar a nuestro Enzo?... Tú... ¿Y si muriésemos los dos? Convertirían en mahometano a nuestro hijo. No, Leonor; ya tendrás ocasión de demostrar tu bravura. Por otra parte, te prometo actuar con mucha cautela. Si venzo, ya nada habremos de temer de la cruel Haradja. Ve, querida mía, a nuestra estancia, y aguarda confiada nuestra vuelta.

En aquel instante fue suspendido el cañoneo y el León dijo a Mico:

—Ya es hora; en marcha.

Puesto que el resplandor de los disparos de los cañones no alumbraba ya la llanura, ambos hombres podían dirigirse al reducto, ya que, a pesar de que los turcos proseguían el fuego, arrojaban sus proyectiles contra los fuertes y no había riesgo para aquellos dos bravos hombres, que se adentraron por entre una plantación de higos chumbos que se extendía hasta los Alberoni, avanzando ambos con la máxima celeridad. No tardaron en hallarse ante el foso en que había ido a morir el caballo de Haradja.

—Desenvaina la espada —ordenó Muley a Mico.

Y los dos salvaron el foso. Alcanzaban ya la muralla derrumbada, disponiéndose a escalarla, cuando surgió de improviso un bulto que inquirió con voz firme.

—¿Sois turcos o cristianos?

—Enviados de Ali-Baja —repuso Muley.

—Subid, pero primero esperad a que reavive la mecha de mi arcabuz.

9. Otro reto

El turco empezó a soplar la mecha ya casi extinguida, alumbrando al poco rato su cruel rostro de jenízaro Muley se cercioró de que se hallaba solo y cuchicheo una palabra a la oreja de Mico.

El albano, ágil y fuerte a semejanza de los lobos de sus montañas, cayó de improviso sobre el jenízaro aferrándole el cuello hasta dejarle sin voz. Hubiera podido matarle con su espada, mas, como si adivinase lo que su señor pensaba, le dejó caer a tierra e hizo uso de sus manos. El fornido turco pretendió resistir, pero hubo de ceder ante la potencia y habilidad del montañés.

—¿Le mato, señor?

—No, bájale al foso, sujetándole siempre con fuerza. Si lanza un grito, estaremos perdidos.

El albanés hizo lo que le indicaban, le izó en vilo y se lo cargó como si se tratase de una criatura, no sin haber apagado primero la mecha del arcabuz. El jenízaro, medio estrangulado, no ofreció resistencia. No acudió ningún otro turco, y señor y criado pudieron descender con toda tranquilidad al foso, arrojando al prisionero sobre el cadáver del corcel de Haradja.

—¡Caramba, señor! He olvidado la espada arriba, menos mal que me queda el yatagán.

Desde el campamento turco continuaban disparando con furia. No obstante, los proyectiles pasaban muy por encima del reducto. Los venecianos, por el contrario, no respondían al fuego, como si hubiesen abandonado la ciudad cercada. El conde Morosini cumplía estrictamente lo prometido.

—Señor —observó el montañés, al ver que el jenízaro empezaba a moverse, —¿qué hago con este hombre?

—Coloca en su cuello la punta del yatagán.

—Ya está hecho.

—Ahora permítele aspirar una buena dosis de aire. Creo que aprietas en exceso, Mico.

—Yo no soy culpable de que los hijos de los montañeses sean más fuertes que los del llano.

El prisionero, al notar que le pinchaban la garganta, luego del extraordinario apretón anterior, lanzó un débil grito. Pero el albano lo ahogó tapándole la boca con la mano.

—Óyeme bien —le advirtió el León, inclinándose hacia él: —si lanzas un simple grito para atraer a tus camaradas, no saldrás con vida de este foso.

—¿Qué! ¿De modo que no eres mahometano?

—No te interesa. Contesta a mis preguntas. ¿Ha muerto la sobrina del bajá?

—No, aunque su herida parece gravísima. ¡Perra cristiana! Parecía invencible. Me agradecería mucho enfrentarme a ella.

—Te atravesaría de parte a parte, aunque te cubrieras con la mejor armadura. ¿Dónde se encuentra Haradja?

—En una casamata.

—¿La cuida Metiub?

—Sí, el capitán de armas.

—¿En qué punto ha sido herida?

—En la axila derecha. Si llega a ser en la izquierda, me parece que la sobrina del Gran Almirante estaría muerta.

—¿Cuántos son los ocupantes del reducto?

—Veinticinco, aparte el capitán y la castellana.

—Bien.

—Y ahora que he hablado, ¿qué es lo que pensáis hacer conmigo?

—Deja que te atemos y amordacemos, y no temas. Mico, asegúrale.

El montañés le colocó en la boca una especie de pañuelo de seda y después, con cuerdas delgadas, aunque sólidas, que siempre llevaba en prevención, le ató las manos a la espalda.

—No intentes huir. Tengo veinte hombres distribuidos por estas cercanías, y si vas a parar a su poder, como acontecería antes de que hubieras avanzado mucho, no respondo de tu vida.

Tras pronunciar estas palabras, Muley subió a la trinchera en pos del albano, que se había apoderado del arcabuz del prisionero.

Pasada la derrumbada muralla, junto a la que podía verse una culebrina veneciana desmontada, avanzaron con cuidado, por temor, muy lógico, a encontrar otros guardianes.

—¿No se ve a nadie?

—A nadie, señor.

—¿Dónde se halla el reducto en que se cobija Haradja? No distingo ninguna luz.

Se disponía a dar otro paso adelante cuando el montañés le detuvo bruscamente.

—Los disparos de los turcos han cesado, señor. ¿No pretenderá Alí mandar una columna al ataque con el fin de salvar a los suyos?

—Eso haría fracasar nuestra empresa. Los venecianos precisarán proseguir el cañoneo y los proyectiles no saben diferenciar entre amigos o enemigos.

—Por si acaso, démonos prisa, señor.

Cruzaron la segunda trinchera, también en muy malas condiciones y casi derrumbada y tropezaron con una escalera, que sin duda conducía hasta

las habitaciones del reducto. En aquel instante dispararon desde el bastión de Malamocco un cañonazo. Aquélla era la señal de retirada. Algo grave debía ocurrir.

—Hemos perdido la partida —exclamó enojado el León. —Si emprendemos la fuga, nos cogerán entre dos fuegos, y me extraña ría que pudiéramos volver con vida a Candía.

—Aguarda, señor.

—Continúa el cañoneo...

—¡Bah! Los proyectiles tampoco ven de noche. Fíjate: allí hay una casamata, algo destruida por las culebrinas, pero que posee la ventaja de no tener moradores.

—¿Estás seguro?

—Me cercioraré con la mecha del arcabuz.

El bombardeo se había reanudado efectivamente. Al igual que antes, los venecianos disparaban contra el reducto y la explanada, en tanto que los turcos, para impedir que llegara hasta allí alguno de sus proyectiles, empleaban las bombardas.

Mico sopló la mecha y pudo cerciorarse de que, en efecto, no había nadie.

—Solamente paja, señor. Entremos aquí y nos será posible esperar sin riesgo alguno a que cese el duelo de la artillería. ¡Y cualquiera sabe si mientras se cansan de gastar pólvora no se nos presentará una buena oportunidad para llevar a cabo nuestro plan!

Penetraron.

—No obstante, se oyen voces —adujo Muley.

—Son los turcos que se encuentran en la casamata próxima.

—¡No poder preparar una mina para que volaran todos!

—¡Ah! ¡Si poseyésemos pólvora!

—Prestemos atención.

Los turcos conversaban entre sí en tono bastante alto para ser oídos a través del muro que los separaba de los dos aventureros.

—Deberíamos huir, Metiub, a pesar del bombardeo.

—¡Necio! ¿Cuántos imaginas que alcanzaríamos vivos nuestro campamento? Los venecianos cuentan con mejores culebrinas.

—Culebrinas... y espadas.

—¿Por qué hablar así, Yussuf?

—¿No observaste cómo derrotó la cristiana a la sobrina del bajá?

—Puede afirmarse que es invencible. En Famagusta yo mismo la vi herir al León de Damasco, que era la mejor cimitarra del Imperio.

—¿Al hijo del bajá? ¿Al que después se casó con ella?

—Exacto.

—¿Y no habrá quien pueda acabar con esa mujer?

—Pruébalo tú.

—No me siento capaz de ello.

En aquel instante un proyectil lanzado por una culebrina veneciana abatió el tabique medianero, alcanzándolo de través, y ambos turcos y los dos cristianos quedaron frente a frente. Fue mayor el estruendo que el destrozo, puesto que la bóveda había resistido y las dos casamatas quedaron indemnes.

Los musulmanes, al distinguir aquellos guerreros, cuyas armaduras no eran las empleadas por los soldados del sultán, desenvainaron las cimitarras para atacarlos. Pero Mico se puso delante de ellos con el arcabuz preparado y, mientras los apuntaba, exclamó con sonora voz:

—¡Entregaos o sois hombres muertos!

El León de Damasco se hallaba a su lado, con la espada empuñada, a fin de ayudarle. Ambos turcos se miraron un momento y de súbito

abandonaron la casamata a toda velocidad gritando:

—¡Alarma! ¡Alarma! ¡Los venecianos!

Muley aconsejó a su fiel servidor:

—Recurramos a los talones, Mico. Nos han descubierto, y si permanecemos aquí, nos matarán los demás, puesto que no podemos combatir contra veinticinco.

Con no menor celeridad que los mahometanos huyeron ambos cristianos, dándose a la fuga. Los turcos abandonaban en tropel las casamatas y se oía a Metiub indagar:

—¿Dónde se encuentran?

Los fugitivos tropezaron con un caballo amarrado a una estaca hundida en tierra. El animal, al escuchar el bombardeo, realizaba extraordinarios esfuerzos para huir. Se hallaba ensillado. ¿Era el de Metiub? Posiblemente.

—Monta detrás de mí, Mico.

Una bala de arcabuz o de pistola silbó junto a los oídos de Muley. El montañés contestó:

—Sí, señor. Pero permíteme descargar esta boca de fuego con el objeto de aligerarme de peso.

—Apresúrate.

El albano apuntó hacia el grupo de turcos que se disponía a dar alcance a los fugitivos y descargó el arma. Escuchóse un grito. Alguien había caído. Entretanto, cortada la cuerda que retenía al caballo, Muley saltó sobre la silla. Mico montó tras él.

—A todo galope, señor.

Los turcos no emplean espuelas: utilizan estribos muy anchos, casi cuadrados, con un ángulo bastante cortante. No fue necesario sino que Muley lo tocara con los estribos para que el caballo se lanzara a la carrera, salvando de un salto la añosa empalizada. En aquel instante unos cuantos

hombres que salían del reducto por otro lado se plantaron ante los fugitivos, conminándolos a la rendición. Eran cinco o seis y, por suerte, no llevaban armas de fuego. Cayó tal lluvia de golpes sobre sus almetes, que tres de ellos se desplomaron en tierra y los otros huyeron gritando:

—¡Qué huyen! ¡Qué huyen los cristianos!

Los guerreros jenízaros se presentaron al momento. Pero ya el corcel, sin ningún obstáculo ante él, corría desenfrenadamente, no temeroso en apariencia de las balas que los venecianos continuaban disparando desde el bastión del Malamocco.

—Señor —observó el montañés, —a esto lo llamo marchar hacia la muerte.

—Aférrate bien a mí y no te inquietes. Sólo nos restan por atravesar quinientos pasos. ¡Ah!

De todas las torres septentrionales de Candía habían brotado súbitamente hogueras que arrojaban una luz bastante intensa sobre el llano para distinguir a un jinete. El conde Morosini había mantenido su promesa.

—Grita con fuerza, Mico. Anúnciales que somos cristianos.

Los venecianos proseguían disparando sus cañones, y los turcos hacían lo mismo con sus malditas bombardas, cuyas pelotas de piedra caían a montones por la llanura y estallaban igual que bombas en cuanto se ponían en contacto con la humedad de la Tierra.

El riesgo mayor provenía, no obstante, del lado veneciano, ya que al verlos avanzar podían fusilarlos los esclavones que montaban la guardia en el puente levadizo. Amo y criado lanzaron al tiempo dos fuerte gritos que dominaron los estampidos de la artillería.

—¡Cristianos! ¡Cristianos!

Un momento después cesaban los disparos de los venecianos y en las terrazas de las torres se hacía más intensa la luz, como si hubiesen avivado más las hogueras.

El caballo, conducido por aquel diestro jinete, uno de los más célebres de Asia Menor, galopaba por entre las bolas de piedra, que estallaban en todas direcciones en mil fragmentos, eludiendo ser alcanzado por

verdadero milagro.

—¡Eh! ¡Eh! —exclamaba Muley, azuzando al corcel, no ciertamente sin suavidad, con el lado cortante de los estribos.

—¡Cristianos! ¡Cristianos! —proseguía gritando el alban, cuyos pulmones semejaban ser de acero.

El caballo pasó, como un proyectil lanzado por una catapulta, la zona peligrosa y alcanzó a la carrera, con los dos jinetes, el puente levadizo del bastión de Malamocco sin haber recibido el más simple golpe ni la más insignificante herida. Allí lo retuvieron los esclavones, si bien Muley se bastaba para hacerlo, ya que el magnífico corcel no sentía el menor deseo de oponerse a las órdenes de aquel jinete que lo montaba con tanta maestría.

Un instante más tarde las culebrinas reanudaban sus disparos certeros y proseguían batiendo la llanura que se extendía entre el reducto de los Alberoni y el campamento turco.

El capitán general, que se hallaba vigilando a sus artilleros, al informarse de la vuelta del León de Damasco fue en busca de la duquesa, que hacía rato ya que abandonó la torre dominada por una gran angustia.

—Ahí le tenéis, señora, con vida. Dios le ha protegido.

Muley, nada más al saltar a tierra, abrazó fuerte y cariñosamente a su esposa, riñéndola con dulzura por haber abandonado la protección de la torre.

—Como ves, he vuelto.

—Pero has cruzado bajo una lluvia de balas, Muley... Podría haberte alcanzado alguna.

—Jesucristo me protegió, dejándome regresar sano y salvo para comunicarte que Haradja, por las noticias que tengo, está herida de gravedad.

—Pero no ha muerto —adujo el conde.

—Esa víbora tiene mucha resistencia, capitán. Habría que clavarla por el

corazón a una pared y dejarla clavada hasta que muriera.

—¿Y son muy numerosos los del reducto?

—No llegan a treinta; todo lo más, veintiséis o veintisiete.

—No me siento capaz de efectuar una salida y apresarlos. Somos muy escasos en número y no poseemos sustitutos para los muertos. No nos acontece como a los turcos, que en cualquier instante pueden recibir tropas de refresco de Constantinopla... Fijaos cómo desdeñan la vida de sus hombres. Están organizando una expedición al reducto y enviarán dos mil o tres mil guerreros no para salvar a esa treintena de jenízaros, por los que no tienen ningún interés, sino a la sobrina de Alí-Bajá.

—¿Y les permitiréis llegar? —inquirió Muley con acento anheloso.

—¿No escucháis cómo retumban nuestras culebrinas? Ahora son treinta las que vomitan muerte contra esos perros infieles. No tengáis cuidado: ninguno de estos hombres, aunque son valientes en extremo, atravesará nuestra lluvia de fuego. Venid al bastión y veréis. No hay riesgo, puesto que los proyectiles de esos bellacos llegan muy pocas veces hasta nuestra batería.

Cruzando una inmensa nube de humo que la ausencia casi absoluta de brisa mantenía inmóvil, el capitán general y los dos esposos, ya que Mico se había marchado para ocuparse del caballo turco, alcanzaron el imponente bastión, que por su solidez y amplias proporciones era denominado la roca de Candía.

Dos compañías de artilleros desencadenaban un violento fuego, no dejando descansar ni un instante a las culebrinas. Arrojan sus bolas de plomo, igual que granizo, contra una enorme forma negra que acababa de surgir de las trincheras otomanas y avanzaba con gran ligereza por la siniestra llanura.

Eran, efectivamente, marineros de Alí-Bajá que se precipitaban hacia el reducto para salvar a Haradja. ¿Cuántos eran? Dos o tres millares, como mínimo, según supuso el gobernador de Candía; pero para su desgracia, aquellos bravos, teniendo la certeza de que se dirigían a una muerte cierta, amedrentados por el torrente de proyectiles que recibían de frente, no progresaban demasiado. A cada descarga de las culebrinas del bastión

se veían clarear sus filas, las cuales tardaban mucho en cerrarse.

—¿Serán capaces de llegar? —interrogó la duquesa al conde.

—No es posible, señora. Y solamente un ser como Alí-Bajá puede mandar tanto hombres a una muerte cierta. Nuestros proyectiles se abaten sobre ellos igual que el granizo durante una tormenta y deben producir horribles estragos entre esos desdichados. Es una cruel carnicería.

—¿No acudirán en auxilio los jenízaros del visir?

—El generalísimo es en exceso prudente para sacrificar millares de vidas por salvar treinta, a pesar de que una de ellas sea ni más ni menos que la de la castellana de Hussif. No es capaz de mandar a sus guerreros al matadero... ¡Fijaos! Los turcos no pueden ya resistir nuestro fuego y se retiran a la desbandada. Las culebrinas doman muy bien a los hombres.

Efectivamente: tras aguantar durante más de una hora aquel endiablado fuego que los diezmaba, aterrorizados por la enormidad de sus bajas, decidieron desistir de semejante empeño. El reducto se hallaba aún a mucha distancia y no podía pensarse en alcanzarlo bajo aquella lluvia de mortífero plomo.

—Estaba seguro de ello. No se puede afrontar impunemente el fuego graneado de treinta culebrinas disparadas por los artilleros de la Serenísima.

—¿No volverán después?

—De momento no lo creo, Muley.

—¿Y qué ocurrirá con esos treinta encerrados en el reducto?

—Voy a hacer cuanto pueda, Leonor, para que mañana exista uno menos.

—¿De qué forma? —indagaron a un tiempo el conde y la duquesa.

—¡Por la muerte del profeta! El duelo no ha terminado todavía. Metiub debe luchar conmigo, y si desea abandonar el reducto, habrá de comprobar el temple de mi espada, igual que Haradja ha probado el de mi mujer.

—¿Y deseáis enfrentaros a esos traidores? Yo no confiaría, Muley —observó el capitán general.

—Conozco a mis compatriotas, señor conde. En el fondo todos son bastante caballerosos y, una vez retados, no se echan atrás. Haced ondear mañana por la mañana en el bastión la bandera blanca, para solicitar una tregua, y comprobaréis cómo Metiub abandona el reducto. ¿Lo haréis?

—Ya que lo deseáis, así sen.

—En tal caso, esperad.

—¿Qué piensas hacer, querido esposo?

—Libertar al caballo de Metiub. El animal regresará en seguida al reducto y mañana le veremos de nuevo con el capitán de armas en su silla. Esos caballos de las estepas olfatean a sus amos a grandes distancias, igual que los perros, y saben encontrarlos.

Y Muley se precipitó por entre la densa nube de humo y desapareció al momento.

El fuego veneciano proseguía, si bien menos nutrido, a pesar de la retirada de los turcos. Por el contrario, las bombardas de los infieles permanecían silenciosas.

—¿Qué opináis sobre esto, conde? —inquirió la duquesa.

—Pienso que considero posible apresar a Haradja o, como mínimo, forzar a ese perro de baja a que nos entregue a vuestro hijo.

—¿Un cambio? ¿Y recuperaría a mi Enzo?

—Sí, duquesa.

—¿Aceptará?

—No le queda otro recurso. El reducto es inexpugnable, defendido por nuestras culebrinas, y, sin recibir ayuda, antes o después habrán de entregarse. Id, por tanto, a descansar tranquila, amiga mía, que por esta noche nada de importancia creo que acontezca. Mañana solicitaremos de

los turcos una tregua para que se realice la segunda partida del desafío.

En aquel instante Muley regresaba y el conde agregó:

—Por lo que a vos respecta, mi bravo amigo, os aconsejo con gran interés que combatáis ante el bastión. No vayamos a tener nuevas traiciones.

Fue con ellos hasta el pie de la escalera y luego volvió junto a sus artilleros; sería siempre uno de los mejores capitanes venecianos. El fuego ya era mucho menos intenso. Las culebrinas disparaban solamente de vez en cuando, como para notificar a los turcos que en Candía aún se disponía de pólvora y se hallaban decididos a darles otra lección si pretendían de nuevo un movimiento para salvar a los que se encontraban encerrados en el reducto.

Al día siguiente, al despuntar el sol, en todas las torres de la plaza se izaron banderas blancas en señal de tregua. Los turcos, al verlas, interrumpieron el fuego, y un caballero se aproximó a todo galope al bastión e inquirió con arrogancia si la ciudad se entregaba. Muley se presentó ante él con la espada desenvainada.

—¿Quién eres y qué deseas? —indagó el otro.

—¡Soy el León de Damasco!

—¡El renegado!...

—¿Qué importa?

—¿Qué quieres?

—Que suspendan los turcos el fuego hasta culminar el desafío.

—¿No concluyó ya?

—No; únicamente combatieron la cristiana y Haradja. Ahora me corresponde a mí enfrentarme al capitán de armas del castillo de Hussif. Ha llegado mi turno.

—¿No resultó herida la sobrina del bajá?

—Sí, pero está viva. Ve a comunicar al visir que si no acepta esta tregua,

antes que se ponga el sol no quedará piedra sobre piedra del reducto y perecerán todos los que están refugiados en sus casamatas.

El turco palideció intensamente:

—¡Matar a una mujer..., y herida!

—Una mujer que concibió una innoble asechanza... No era con escolta como debía acudir.

—Acaso esté en lo cierto el León de Damasco. En los desafíos, lo primero es la lealtad. Voy a realizar lo que me encomiendas. De aquí a diez minutos habré regresado.

—Aquí te espero.

Al poco rato Muley vio aparecer por una rampa del reducto a Metiub, montado en su corcel, que había sabido reunirse con él, empuñando una espada recta.

—¿Qué deseas? —le interrumpió Muley.

—Vengar a mi señora —contestó el capitán.

—Me lo imaginaba. Pero por el momento el visir no ha aceptado la tregua.

—Combatiremos a pesar de que prosiga el bombardeo. El León de Damasco no puede ya temer las balas.

—Jamás me atemorizaron.

—Ahora te protege la cruz.

—Y a ti la Media Luna. Comprobaremos qué protección es más efectiva.

—¿Confías en poder acabar conmigo?

—Sí, con la protección de la cruz.

—Ahí llega el mensajero.

En efecto: a galope tendido llegaba desde el campamento turco un guerrero que portaba una bandera blanca en la lanza; pero no se trataba

de un caballero cualquiera, y menos aún de un soldado, sino que era un *jut-basci*, es decir, un coronel.

—Aguardémosle, Muley. De todas maneras no perderás nada por esperar, ya que estoy decidido a batirme aunque se inicie de nuevo el cañoneo: un capitán de armas que no acepta un desafío queda deshonrado para toda su vida.

—Espero.

El coronel, hombre apuesto y de altivo aspecto, con imponentes bigotes y vestido de seda verde recamada en oro, se acercó a los dos campeones y en firme tono de voz, dijo:

—La tregua está aceptada. Las leyes del Honor y de la Caballería son también sagradas entre nosotros.

—Ya lo comprobé ayer. Tal vez por eso escondisteis aquella treintena de hombres en el reducto.

—Nosotros, no. Eso sería cosa del Gran Almirante con el fin de salvar a su sobrina... No obstante, está mal hecho, ¿Deseáis batiros? Yo seré testigo, con los venecianos que os contemplan desde el bastión.

—¡Un turco contra un turco! ¡Así estaba escrito!

—¡A un lado! —le gritó Muley.

El coronel se apartó lo bastante, para no entorpecer en absoluto el movimiento de los caballos de los combatientes, y exclamó:

—¡Al ataque! ¡Vamos a ver si es mejor la protección del Nazareno o la del Profeta!

10. Bellaquería turca

Muley-el-Kadel obligó a su corcel a dar un imponente salto y después aflojó las riendas para que efectuara una carrera, en tanto que Metiub permanecía en guardia, reteniendo inmóvil a su montura. El León de Damasco, luego de obligar al animal a caracolear un instante, oprimió las rodillas contra el cuerpo de la caballería y se precipitó contra su rival.

El coronel, a cincuenta pasos, presenciaba impertérrito el combate.

Por el reducto no apareció nadie, tal vez por temor a las culebrinas venecianas, cargadas de metralla hasta la boca y que enfocaban sus cañones en dirección a las ruinas. Por el contrario, miles de asediados, con el almete en la punta de la espada, se amontonaron en el bastión para contemplar el duelo.

Muley, confiando en su caballo, se arrojó impetuosamente contra Metiub, tal como dijimos, gritándole:

—Que te defienda tu Profeta, pues voy a matarte.

—No. Yo seré el que traspase a ti el corazón para vengar a mi señora.

—¿No es acaso tu señora esa que llaman la tigresa de Hussif?

—No me inmiscuyo jamás en los chismorreos de murmuradores y envidiosos.

Mientras pronunciaban estas palabras, el capitán lanzaba tajos al León, el cual se limitaba a parar para observar la forma de combatir de su adversario; de improviso juntó su espada a la del mahometano y envió una estocada que casi no tuvo ocasión de detener Metiub.

Los caballos, conducidos más bien con las rodillas que con las riendas, avanzaban y retrocedían, dando vueltas a un lado y otro, semejando combatir también. Tal vez sin el freno se hubiesen lanzado bocados por su parte: eran también de diferentes razas.

Durante algunos instantes prosiguieron los dos rivales observándose, amagando más que atacando a fondo; después empezaron ambos a asestar una gran lluvia de tajos, estocadas y mandobles, en tanto que se gritaban con furia:

—¡Para ésta!...

—Parada está. Y tú detén ésta.

—¡Toma, renegado!... ¡Vaya! La cruz te protege.

—¡Pide ayuda al Profeta!

—¡No es preciso! ¡Toma!

—¡Y tú!

El León de Damasco, deseoso de concluir el duelo, se había lanzado a fondo, asestando tal estocada a Metiub que a poco más le hace caer del caballo.

—¡Por el Profeta! —exclamó el capitán, poniéndose al instante en guardia.

—¿Quién te enseñó esa soberbia estocada?

—Mi mujer.

—¡Siempre el capitán Tormenta! ¡Qué no conocerá la cristiana en lo tocante a esgrima! Si mi coraza no fuese magnífica, me habrías traspasado el corazón.

—Exacto.

—Entregaría cien cequíes por aprender a lanzarla.

—¿Y de qué iba a servirte si te voy a matar?

—Ya veremos, ahora me toca a mí jugar.

—¡Juego turco! ¿Qué valor tiene frente al italiano y el francés?

—Vas a saberlo a tu costa.

Hizo que su caballo diera unos pasos atrás y avanzó de improviso, empezando a tirar a su enemigo una serie de estocadas cerradas, imponentes a su entender. Pero con gran sorpresa observó que ni una vez conseguía tocar la armadura de Muley.

—¿Acaso tú también eres invencible? —bramó. —No obstante, he jurado a mi señora matarte y te mataré, a pesar de que haya de morir yo a la vez.

En aquel instante surgió una voz de entre los venecianos que se aglomeraban en el bastión contemplando el duelo.

—¡La estocada recta, Muley! ¡Acuérdate!

Era la voz de la duquesa, que se hallaba anhelosa e impaciente por el resultado de la lucha.

Todavía vibraban en el aire las últimas sílabas cuando el capitán de armas se desplomó sobre el caballo, dejó caer la espada y lanzó una sofocada maldición. El León de Damasco, al acabar de detener un tajo de su rival, con una estocada recta, posiblemente secreta, le había atravesado la gola, clavándole el acero en el cuello.

—¡Vencido! ¡Vencido! —clamaron mil voces con desenfrenada alegría.
—¡Viva el León de Damasco!

—¡Muy bien, mi señor! —gritó la duquesa, con voz vibrante.

Metiub, a pesar de la terrible estocada, que acaso le había herido de muerte, se mantuvo en la silla. La sangre empezaba a manar, manchando el reluciente arnés. Muley desmontó del caballo y se dirigió al herido, preguntándole:

—¿Te rindes?

El capitán de armas contestó con los talones: apretó los ijares al corcel, y éste, obediente a la presión, como si comprendiese que su jinete le pedía que le salvase, se encabritó, giró, manteniéndose sobre las patas traseras, dio un soberbio salto y avanzó rápidamente en dirección al campamento mahometano. Metiub se cogió al cuello del inteligente animal. El coronel se acercó al León cuando éste montaba con la intención, si bien con escasas esperanzas, de alcanzar a su adversario.

—Perdónale, ya que le has derrotado. Tal vez se halle herido de muerte.

—Pero no se rindió y huye.

—Es su corcel quien le arrastra.

—No sois leales. Venís a retar y os fugáis o preparáis alguna trampa.

En aquel momento salió de un bastión un caballero, cuyo arnés, al ser alcanzado por los rayos del sol, despedía fúlgidos destellos. Aquel hombre era el conde de Morosini.

—Señor —dijo al turco cuando estuvo a suficiente distancia para que le pudiera oír, —abusáis en exceso de nuestra caballerosidad. ¿Por qué no habéis forzado al herido a rendirse?

—Ha escapado como una exhalación —adujo el coronel. —¿Quién habría podido retener aquella tromba?

—¿Y qué me decís de los hombres ocultos en el foso del reducto?

—Quizá sea cosa del bajá, que parece divertirse provocando inconvenientes al visir, y tal vez con el objeto de ponerle en mala situación en Constantinopla.

—¡Hum! Voy a daros un encargo.

—Hablad, capitán.

—Id a decir a Alí-Bajá que si desea ver de nuevo a su sobrina, habrá de ser con una condición. Oídme atentamente: si no acepta, aseguradle que a cañonazos o con una mina haré volar el reducto con todos sus ocupantes. ¿Entendido?

—Perfectamente. Proseguid, señor.

—El almirante retiene al hijo de la cristiana que ayer derrotó a su sobrina.

—Lo he oído.

—Pues bien: comunicad al bajá que si me entrega a la criatura, dejaré que su sobrina abandone el reducto.

—¿Con vida?

—Con vida, puesto que aseguran que su herida no es demasiado grave.

El rostro del turco resplandeció de alegría.

—¿Garantizáis que no ha muerto?

—Anoche —intervino Muley, acercándose —se encontraba todavía con vida, pero me imagino que en el reducto no se le podrán proporcionar los cuidados adecuados.

—¿Me dejáis diez minutos?

—Os concedo veinte; pero si transcurrido ese lapso no venís, las culebrinas del bastión arrasarán el reducto, y en tanto que dispongamos de balas y pólvora no os permitiremos aproximarnos a él, y gracias a Dios disponemos de ambas cosas en abundancia.

—¿No me mataréis por la espalda?

—Nosotros no somos mahometanos —dijo el conde despectivamente.
—Somos guerreros que luchamos lealmente. Podéis marchar, coronel.

El turco, algo turbado, puso al galope el trotón árabe y partió como alma que lleva el diablo.

—¿Suponéis, señor conde, que estará conforme Alí con este cambio?
—inquirió con recelo Muley.

—Tengo la certeza de que sí. Aprecia demasiado a su sobrina para dejarla morir en el reducto.

—¿No maquinarán los turcos alguna otra traición?

—Los artilleros están prevenidos y tienen orden de abrir fuego sin compasión ni miramientos. Os garantizo que no se atreverían a adentrarse en la llanura para ser el blanco de nuevos disparos. Han avanzado todavía muy poco en su asedio a pesar de que ha pasado más de un año desde que nos cercaron. ¿Deseáis avanzar hacia el reducto?

—¡Siempre que no nos reciban con una descarga!...

—Tendrán buen cuidado de no hacerlo, ya que en tal caso nuestras culebrinas nos vengarían.

El valeroso veneciano espoleó a su montura, algo famélica, en verdad, puesto que en Candía escaseaba el heno, acompañado del León de Damasco. No se distinguía alma viviente; volvieron grupas sin que se les disparara un tiro y avanzaron hacia al bastión de Malamocco. Ya estaban a punto de llegar cuando hicieron pararse a sus caballos al escuchar tras ellos un desenfrenado galope.

Cuarenta o cincuenta corceles, conducidos por unos cuantos musulmanes, cruzaban el llano. Delante iba el coronel, llevando en sus brazos un niño.

—¡Mi hijo! —exclamó Muley. —¡Al fin voy a poder abrazarle al cabo de un año!

La criatura lucía ropas venecianas, vistiendo un trajecito azul adornado con blondas. Su oscura cabellera, sin toca alguna y bastante larga, flotaba al aire agitada por el viento. El León de Damasco y el conde avanzaron al encuentro del coronel, en tanto que los caballos se detenían en la otra parte del reducto.

—Salud, señores. León de Damasco, aquí tenéis. He cumplido mi palabra. Y ahora que Alá os proteja.

Y el coronel volvió grupas y partió a la carrera, a la vez que escapaban a todo galope los refugiados en el reducto. Uno de los jenízaros llevaba con él a Haradja.

—¡Enzo! —exclamaba Muley, contemplando al niño, que le miraba con ojos de terror. —¿No recuerdas ya a tu padre?

Le estrechaba entre sus brazos y le llenaba el rostro de ardientes besos, en tanto que los turcos se alejaban en desenfrenada carrera, como si temiesen alguna traición. Tan veloz fuga comenzó a inspirar al conde un vago recelo.

—¿Hace mucho tiempo que no veáis al pequeño? —indagó.

—Pasa del año, conde.

—¿Es realmente vuestro hijo?

—¿Quién pretendéis que sea?

—Vamos en seguida a reunimos con la duquesa.

Avanzaron al galope, y en breves instantes se hallaban en el puente levadizo del bastión. Leonor se lanzó a su encuentro.

—¡Enzo! ¡Enzo! ¡Hijo mío! —exclamó.

—Tenlo. Al fin le hemos recobrado.

—Di algo a tu mamá, Enzo, hijito. Di alguna cosita a mamá.

Y le abrazaba y le besaba, no cansándose de contemplarle. El niño la miraba con sus grandes ojos negros, en los que se advertía el terror, al igual que había mirado antes a Muley. Pero no pronunciaba una palabra.

—Señora —intervino el conde, —¿tenéis la absoluta seguridad de que es vuestro hijo?

—¡Dios mío!... ¡Conde!

—Examinadle detenidamente.

—Aunque hace quince meses que no le veo...

—Mirad bien el pelo, los ojos, la boca... Cuando os separasteis de él, ¿hablaba ya?

—Sí..., pero...

El capitán general, como respuesta, desenvainó el puñal que llevaba a la cintura, lo hizo brillar ante los ojos del pequeño y le dijo en perfecta pronunciación turca:

—¡Habla o te mato!

—*Sidi, aman* —repuso el niño.

—¡Es turco!...

Los capitanes estallaron en furiosos comentarios, en tanto que la duquesa, poniendo al pequeño en el suelo, rompía a llorar desconsoladamente.

—¡De nuevo nos han engañado esos canallas!

—¡Es otra de sus habituales bellaquerías!

—Colguemos a este pequeño musulmán de la torre más alta de Candía.

—¡Demasiado lo tienen merecido esos miserables!

—Pero es una inmensa crueldad.

—Eso no es combatir.

Entretanto el conde Morosini subía a la terraza y examinaba de una rápida ojeada la llanura. Los turcos, que corrían a todo galope, estaban ya a más de dos mil pasos.

—¡Disparad contra esa chusma! —ordenó. —¡Aniquiladlos!

—Señor —adujo un cabo de cañón, —las piezas se hallan cargadas todas con metralla.

—¡Es lo mismo! ¡Fuego, fuego! Ya les mandaremos luego las balas.

Las treinta culebrinas retumbaron con tremendo fragor, haciendo trepidar por completo el bastión. Pero únicamente un par de hombres y un caballo, que iban en retaguardia, se desplomaron. Los restantes estaban ya fuera del alcance de la metralla, y cuando las culebrinas estuvieron cargadas con bala, los fugitivos alcanzaban la empalizada del campamento turco.

La artillería otomana, en especial las bombardas, reanudaron sus descargas como si pretendiesen atraer la atención de los artilleros venecianos.

El conde de Morosini hizo un ademán de desesperación y bajó de la terraza. No obstante los duques ya no estaban allí, pues tras haber entregado la criatura, que a fin de cuentas no era culpable del engaño, a un capitán, se fueron a su torre.

El capitán general dio a sus oficiales algunas instrucciones y, enfurecido

por la jugada que le había hecho Alí-Bajá y entristecido por la desilusión que sufrían sus amigos, se dirigió hacia su estancia con el fin de consolarlos.

—¡Miserables! —musitó, saltando de improviso para eludir ser herido por un fragmento de piedra. —Celebran su victoria. Ahora que ya se han puesto a salvo los del reducto arrecian el fuego para destruir la ciudad ¡Y no contar con suficientes fuerzas para atacarlos y aniquilarlos o bien obligarlos a darse a la fuga por mar, como mínimo! ¡Pobre Venecia!... Se quedó sin Chipre... y se quedará sin Candía por más sacrificios que realicemos.

Y, prosiguiendo su camino, llegó a la torre, a cuya entrada, Mico, sin preocuparse de los proyectiles, se mesaba los cabellos e imprecaba. Se sentía desesperado.

—¿Y tus señores?

—Entrad, señor conde. Entrad a consolarlos. ¡Pobre señora!

El capitán general, a pesar de que ya no era joven, subió ágilmente la escalera y alcanzó el segundo piso

El damasceno se paseaba arriba y abajo de la estancia igual que un león enjaulado, en tanto que la duquesa, desprovista de la coraza, lloraba de bruces sobre uno de los lechos.

—¿Qué pensáis, conde, de esta nueva bellaquería, de esta nueva canallada? Me avergüenza haber nacido mahometano y de haber creído en el Corán.

—Es verdad los mahometanos son unos bribones. ¡Ah! ¡Qué bajá! Y, no obstante, tengo la certeza de que algún día morirá bajo los golpes de la cristiandad.

—Fuimos innoblemente engañados —sollozó la duquesa, que se había levantado al entrar el conde, mientras enjugaba las lágrimas que pugnaban por deslizarse por sus mejillas. —¡Yo misma supuse que se trataba de mi Enzo! Los mismos ojos, igual cabello, incluso posiblemente la misma edad. ¡Maldito bajá! ¿Es quizás un demonio? Pues no me produce temor y si se enfrentase a mí, espada en mano...

—No se enfrentará. Temen demasiado los turcos al capitán Tormenta.

—¿Y qué haremos? ¿Vamos a dejar en manos del bajá a nuestro Enzo?

—exclamó encolerizado el León.

El capitán general hizo un ademán de desaliento.

—¿Y cómo voy a enviar mis hombres —exclamó con tristeza, —primero contra el campamento y después contra la escuadra? No llegamos ni a veinte mil, en tanto que esos perros, teniendo libre acceso al mar, habrán repuesto sus bajas y serán otra vez cien mil ¿Pretenderíais vos un intento semejante con guerreros que, si bien siempre han sido valerosos y arrojados, se encuentran exhaustos debido a las prolongadas veladas, la escasez de alimentos y las enfermedades? Responded, Muley.

—No. En vuestro lugar no tomaría sobre mí tal responsabilidad.

—¿Y vos, señora?

—Yo tampoco, capitán. El combate resultaría desastroso. Pero ¿qué pretenderán hacer con mi hijo?

—Acaso convertirle en musulmán, señora —dijo en aquel instante un hombre que acababa de penetrar sigilosamente, si bien escoltado por el fiel Mico.

—¡Nikola! —exclamaron al mismo tiempo los duques.

—Yo en persona, señores —repuso el marinero griego, saludando con reverencia. —Debo daros buenas noticias

—Habla, habla.

—En primer lugar puedo garantizaros que vuestro hijo no se halla en peligro, ya que el bajá sigue protegiéndole claramente, sin prestar atención a las murmuraciones de la tripulación. Cualquiera diría que le quiere como si se tratase de su propio hijo.

—¡Canalla!

—Pues debéis estarle reconocido, León de Damasco —adujo el griego,

—ya que de no ser por él no habría yo apostado medio cequí por la vida de vuestro hijo.

—¿Decís que le trata bien? —inquinó la duquesa.

—Como si se tratase del hijo de un sultán.

—¿Y con qué fin?

—¿Quién es capaz de conocer el pensamiento de esa fiera dañina? Por el momento, señora, os debe bastar con tener la seguridad de que vuestro hijo está muy bien atendido y no corre el menor peligro.

—¿Y Haradja? —interrogó el capitán general

—Ha recibido una soberbia estocada que le impedirá abandonar su camarote como mínimo durante tres semanas.

—¿Y Metiub? —inquinó Muley-el-Kadel

—Llegó al campamento medio muerto. Pero debe de tener muy dura la piel, ya que a pesar de la tremenda estocada que le habéis asestado en la garganta aseguran que no morirá. Me parece que tras estas dos amargas lecciones, se ha producido una penosa impresión en el campo turco, los infieles no osaran volver a retar a los cristianos de Candía. Procurad, no obstante, señora, y vos también, Muley, no caer vivos en poder de esos perros. Como ultimo recurso os recomendaría que os saltarais la tapa de los sesos de un tiro.

—Conozco su crueldad, como se hasta que punto es capaz de ser arrastrada Haradja por su odio —dijo Muley

—Vos sois el hombre a quien entregue el otro día un salvoconducto, ¿no es cierto? —pregunto el conde.

—Sí, señor capitán general —respondió el renegado, —y ahora oídme.

—¿Nos traes otras noticias, Nikola?

—Y me parece que buenas. Me he enterado esta mañana, por un amigo mío, también renegado, que vive en el campo, que desde hace tres días se han reunido en la bahía de Capso galeras venecianas a las órdenes de

Sebastián Veniero.

—¡El gran Almirante de la Serenísima!

—Sí, señor capitán general.

—¿Y son muy numerosas?

—Solamente ocho. Pero todas son de reciente construcción y con fuerte armamento, rapidísimas y doble tripulación de galeotes. Ya conocéis la osadía del Gran Almirante, y podemos confiar en que haga alguna jugada al bajá.

El conde hizo un movimiento con la cabeza

—¡Ocho contra trescientas! Sería una temeridad ¡Qué espantosa matanza! En tanto que la República no se una a todos los Estados cristianos y junte sus naves a las españolas, genovesas, sicilianas, austriacas, francesas y romanas, no conseguiremos recuperar la hegemonía marítima. Extraordinaria fue la audacia de Moceñigo desplegando al viento la enseña veneciana frente a la asombrada Constantinopla. Su victoria fue grande, pero no basta. Al bajá es a quien se debe herir en el corazón para exterminar el poder naval de los turcos. Por desgracia Venecia no puede, en la actualidad, ni en sueños, intentar semejante golpe, a pesar de que en sus astilleros se trabaja noche y día construyendo galeras.

El León de Damasco acababa de volverse hacia su esposa y clavaba en ella sus ojos.

—¡Si me marchase yo!... —insinuó.

—¿A qué lugar?

—A la ensenada. ¡Cualquiera sabe! Con Sebastián Veniero puede esperarse todo incluso la captura de la nave almirante turca. De esta forma podríamos salvar a nuestro Enzo. ¿Te parece bien, Leonor? Nikola, que conoce el lugar donde están ancladas las naves y que posee amigos en la compañía, irá conmigo, y Mico también me acompañará.

Los grandes ojos negros de la duquesa brillaron con viveza

—¿Deseas intentar tan arriesgada aventura? —indago con voz

emocionada.

—Sería capaz de intentar cualquier cosa por librar de las codiciosas y sanguinarias zarpas de Haradja a nuestro hijo y a mi padre.

—En él precisamente estaba pensando, y calculaba que si Veniero, con tan pocas naves, no desea enfrentarse a la poderosa flota del bajá, sí puede, en cambio, asaltar y destruir la guardia de esa tigresa, ya que las fieras se encuentran aquí, a distancia de Hussif ¿Que opináis, conde?

—Opino que no se deben desperdiciar las ocasiones de perjudicar en todo lo posible a los turcos. Atacar, y mucho menos apresar, la galera del bajá no es posible, como no sea por un milagro. Pero Hussif no es Candía, y alrededor de aquel castillo los turcos son poco numerosos, mientras que aquí pululan igual que moscas. Si lo deseáis, duque, os proporcionaré una escolta de leales guerreros para que os acompañe.

—No, señor capitán general —adujo el renegado —Tres o cuatro hombres pueden eludir a las avanzadillas turcas, pero si fuesen más, no me comprometería a salvar sus vidas.

—¿Siguen merodeando por el campo sus patrullas?

—Sí, señor conde.

—La noche va a ser oscura, ya que oigo sonar el trueno. Vete. Eres aún el León de Damasco, y los turcos, a pesar de todo, te respetan y te temen todavía.

—Gracias, Leonor. Lo único que lamento es dejarte sola...

—El capitán general de Candía cuidara de vuestra esposa, amigo mío, marchad tranquilo. La duquesa está bajo el amparo de la Serenísima.

—Mil gracias, conde. Marcho tranquilo Dios quiera que el éxito me acompañe.

—Os lo aseguro. ¿A qué hora os pondréis en marcha?

—Nada más caiga la noche —dijo Nikola. —Es la hora más adecuada.

—Entonces, hasta la noche. Os haré salir por el bastión de Cavarzere, que

no esta vigilado por los turcos, por lo menos aparentemente.

Y el capitán general se despidió afectuosamente del matrimonio.

11. Por entre las ruinas candía

De noche ya cerrada, cuando los turcos bombardeaban con mayor intensidad, arrojando sin cesar proyectiles de piedra con su bombardas de grueso calibre, tres hombres, montando soberbios caballos, atravesaban el puente levadizo del bastión de Cavarzere, que había sido hecho bajar sigilosamente para no llamar la atención de las patrullas turcas de vigilancia.

Los tres, cubiertos de acero y armados de espada, maza y arcabuz, el cual colgaba de la silla; en lugar de la común capa blanca, para protegerse de la humedad nocturna iban cubiertos con capas negras, que no podían advertirse en medio de la noche y les permitirían confundirse con la oscuridad.

Aquellos audaces, que al abandonar la plaza asediada exponían la vida, ya que podían encontrarse a las patrullas de caballería turca que merodeaban vigilando por las cercanías, ya se habrá dado cuenta el lector de que eran el León de Damasco, Nikola, el renegado griego, mejor dicho el falso renegado, y el fiel Mico, el albano. Valientes y decididos, valían por treinta, y estaban dispuestos a abrirse camino por entre un escuadrón completo de musulmanes.

Como si éstos recelasen algo, o cual si desearan desahogar su furia por haber visto caer primero a la sobrina del bajá y después a Metiub, bastante popular éste como hábil y consumado espadachín, aquella noche disparaban con mayor intensidad que nunca. Los enormes proyectiles de piedra atravesaban el espacio, dejando una estela de fuego, y se oían abatirse no encima de las fuertes murallas y torres, sino sobre las techumbres de las moradas, ya que la táctica de los turcos era sembrar el pánico por medio de la destrucción que originaban en las ciudades, con el objeto de que éstas se rebelaran, obligando al comandante de la plaza a entregarse.

Semejante maniobra, que había dado buen resultado en diversas poblaciones pequeñas, no podía tener éxito tratándose de Candía, en que

había numerosos guerreros y podían obligar a los moradores de la ciudad a compartir los inconvenientes y los horrores de la guerra. Como el bastión de Cavarzere era el más distante de la línea de fuego, los proyectiles no alcanzaban hasta él cuando los tres corceles lo abandonaron, lanzándose por entre la tenebrosa campiña.

—¿Conoces la isla, Nikola?

—Sí, señor. Sería capaz de recorrerla a ciegas, ya que aquí era donde tenía mi comercio antes que me arruinaran esos perros.

—¿Cuándo nos será posible llegar a Capso?

—De aquí a veinticuatro horas, si los caballos aguantan y no tenemos ningún tropiezo.

—Pero ¿desconocen los turcos la proximidad de esas galeras?

—Hasta el momento puedo asegurar que sí. El bajá se halla convencido de que los venecianos se aprestan a alguna expedición desesperada contra Morea o un audaz golpe de mano contra Constantinopla, como el que intentó el valiente almirante Moceñigo.

—¿Tú cómo te has enterado?

—Por un amigo renegado, que aborrece todavía más que yo a los mahometanos, puesto que le asesinaron a todos sus familiares. Nosotros estamos siempre relacionados unos con otros, para ayudarnos contra el invasor.

—¿Y tu amigo se entrevistó contigo en la nave?

—No se atrevió a llegar a tal extremo. Supe, sin embargo, por medio de una señal que ya teníamos convenida, que había de notificarme alguna cosa y fui a buscarle a un extremo del campamento. Impera excesiva confusión en el ejército para fijarse en un hombre luciendo ropas de musulmán, a pesar de que podría tratarse de un peligroso espía.

—¿Y dónde se encuentra en este momento tu amigo?

—En su granja medio derrumbada, pero en la que sigue trabajando.

—¿A mucha distancia de la ensenada?

—Unas seis horas a caballo... o acaso menos.

—¿Distingues algo frente a ti?

—No, señor.

—¿Y tú, Mico?

—De momento, nada.

—¿Por qué dices *de momento*?

—Pues porque esos perros surgen cuando menos se lo imagina uno.

—Sacad las espadas, y ya que por lo visto tenemos libre el paso, lancémonos a la carrera —ordenó Muley.

Los tres corceles, elegidos entre los mejores que todavía quedaban en Candía, se lanzaron al galope, en tanto que sobre la ciudad continuaban cayendo los proyectiles turcos.

Los venecianos, por su parte, contestaban con escasa intensidad, con el fin de economizar municiones, ya que no existía ninguna razón imperiosa que los obligara a disparar con mayor violencia y no tenían comunicación con el exterior para conseguir refuerzos.

Los jinetes habían ya abandonado la zona peligrosa y se disponían a espolear a sus caballos, lanzándoles a galope tendido, cuando Nikola, que poseía una vista parecida a la del lince, como veterano marinero que era, detuvo a su montura y susurró:

—Hay hombres delante de nosotros.

—¡Ataquémoslos! —repuso sin el menor titubeo el León de Damasco.

—Vamos —convino el griego con absoluta serenidad, lanzando a galope tendido su caballo, seguido del damasceno y del albanés, los tres con los pesados aceros alzados, dispuestos a herir.

Pronto pudieron distinguirse dos caballeros en medio de la oscuridad, prestos también a cargar contra los cristianos, que no habrían de tardar en

acabar con ellos si es que se encontraban solos.

—¡Abrid paso! —gritó al llegar ante ellos el León de Damasco.

Los cinco caballos se embistieron furiosamente y se oyeron tremendos golpes de unos aceros contra otros. Los cristianos siguieron adelante; los turcos quedaron en tierra.

—Mi enemigo se ha desplomado herido en el cuello —comentó Muley, —y confío en que le habré atravesado por completo la gola.

—Yo tiré a mi adversario una estocada debajo del sobaco izquierdo. Tengo la completa seguridad que le maté.

—Yo —adujo por su parte el albano, —como no tenía contrincante, liquidé a un pobre caballo, para que se diviertan las huríes del Profeta. Lo cierto es que Mahoma las hizo bien gordas. Y los turcos, igual que si fuesen niños, se las han tragado a gusto.

Los tres jinetes, por temor a otro tropiezo, se detuvieron al poco rato e intentaron sondear las tinieblas. El griego miró tras de sí.

—¿Qué ocurre, Nikola? ¿Se mueve tu hombre?

—Me parece que no, señor. Ni tampoco el vuestro.

—Ni mi caballo. ¡Parece increíble! ¡Disponer de un arma tan bien templada que puede atravesar la mejor armadura y no poder utilizarla más que en liquidar combatientes de cuatro patas!

—Espera, que aún no hemos llegado a Capso. Ya tendrás ocasión de probar el filo y la punta de tu espada. Entretanto una cosa me tiene preocupado.

—¿Qué, señor?

—¿Hacia dónde escapó el otro caballo?

—En dirección del campamento turco, señor —respondió el montañés.

—¿Tienes la certeza de ello?

—¡Claro! Los caballos turcos regresan siempre al lugar donde han comido

y descansado.

—En tal caso emprendamos un rápido galope, puesto que la rada se encuentra a mucha distancia. ¿No crees que es lo mejor, Nikola, aunque se cansen los caballos?

—Sí; ya tendrán oportunidad de descansar.

Aflojaron las riendas, apretaron los estribos y se lanzaron por la extensa llanura, interrumpida por campos sin cultivar, pero todavía rodeados de higueras chumbas. Ya se encontraban lejos de Candía y los estampidos llegaban muy débilmente a sus oídos.

Unos campos sucedían a otros, y de ellos brotaban desagradables olores, que no eran exactamente de rosas, ya que los turcos, con su crueldad de costumbre, antes de asediar Candía habían dado muerte a casi todos los campesinos, sin conceder el perdón a mujeres y niños.

Muy escasos habitantes habían podido eludir la matanza, y esos pocos consiguieron conservar la vida abjurando de su religión. Como es lógico, anhelaban tomar venganza y tenían la cruz esculpida, si así puede decirse, en sus corazones.

Y al lado de los cadáveres sin enterrar de sus víctimas, ¡cuántos verdugos murieron! Todos los que aislados o en reducido número, jenízaros o bien soldados de a caballo, eran cogidos por sorpresa en los desiertos campos, iban a mezclar sus cuerpos con los de los candiotas.

Alguna batalla debía de haberse sostenido por la zona que atravesaban los tres audaces jinetes, puesto que el olor resultaba inaguantable y los caballos avanzaban con dificultad, pisando huesos.

—¡Desdichada Creta!... ¡Cuánta desolación!...

—Pues en este momento no podéis advertir casi nada, a causa de la oscuridad —adujo el griego. —Mañana de día comprobaréis cuánta destrucción y que desastre. Deberán pasar como mínimo cien años para que esta isla, antes tan próspera y ahora convertida en un cementerio, pueda tornar a tener vida floreciente.

—Estás en lo cierto, Nikola.

—Los jenízaros del visir han degollado a los habitantes y luego lo han arrasado e incendiado todo.

—¿Y cuántos isleños quedarán vivos?

—Acaso unos mil. Unos continúan en la ciudad ocupada por los turcos, por lo visto bastante tranquilos. Mas en realidad son como leones. Posiblemente tendremos ocasión de ver cómo los prueban.

—¡Dios lo quiera por mi hijo, por mi Enzo, que hace derramar tantas lágrimas a los bellos ojos de mi esposa!

—Lo que vamos a intentar, no hay por qué negarlo, señor, es arriesgado en extremo. Pero si de momento no podemos libertar a vuestro hijo, procuraremos, por lo menos, salvar a vuestro padre. Sebastián Veniero no es hombre que se deje amedrentar por un castillo como el de Hussif. Otros mejor defendidos ha conquistado en Morea.

—¡Pobre padre mío! Condenado, a causa de que yo soy su hijo, a sufrir prisión...

—Y no sabéis otra cosa.

—¿Qué pretendes dar a entender?

—Que tuvo que padecer el suplicio del desollamiento a manos de Haradja: le levantaron la piel de un hombro.

—¡Eso no puede ser cierto! ¿Quién iba a atreverse a semejante cosa?
—exclamó con furia el León de Damasco, haciendo detenerse bruscamente a su caballo.

—¿Quién? La tigresa del castillo de Hussif. Me ha informado sobre ello un marinero que asistió a la tortura.

—¡Canalla! ¡Se ha atrevido!...

—¿De qué no será capaz esa terrible mujer?

—¡Mi padre desollado!

—Así sucedió, señor.

—¡Y después confinado en los húmedos subterráneos de Hussif!

—Os garantizo que es mejor que le haya encerrado en un calabozo, ya que, en caso contrario, le hubiera enviado a pescar sanguijuelas y no podéis imaginar lo que es esa tortura.

—La conozco. De esta forma mató al vizconde Le Hussière.

—Ya me acuerdo, señor. ¡A qué miserable estado le redujeron!

No había terminado de pronunciar aquellas palabras cuando detuvo de improviso el caballo, haciéndolo casi caer.

—¡Alto todos! —dijo en tono enérgico.

Y se puso a escuchar.

Intentar ver era inútil, ya que las más espesas tinieblas cubrían la extensa llanura, tapando la densa bruma el firmamento y las estrellas.

—¿Qué has oído? —dijo, tras una breve pausa, Muley, enfurecido en exceso para poder permanecer quieto ni un minuto.

—Tengo la certeza de que nos siguen.

—¿Los turcos? Únicamente topamos con dos y los matamos o, por lo menos, los dejamos en situación de no poder regresar por sí mismos al campamento; lo cual viene a ser lo mismo.

—Los habrá encontrado alguna patrulla, señor.

—Aunque fuera así —objetó Mico, —no van a tener ojos semejantes a los de los gatos. Y de otro modo, ¿quién puede distinguir algo en medio de esta oscuridad?

—Presta atención tú también, albano. Los de las montañas tenéis el oído finísimo —dijo el griego.

Permanecieron los tres inmóviles, acariciando a los animales con el fin de que no relincharan.

—Sí —aseguró muy pronto Mico, —percibo un rumor lejano que no puede

tratarse de otra cosa que de los pasos de una patrulla. ¡Por las barbas del Profeta! ¡Lo único que nos faltaría es que ahora se lanzaran en nuestra persecución!

—No estás equivocado. Han debido de ser descubiertos nuestros vencidos, y sus compañeros anhelarán tomar venganza. ¡Es lo mismo! Si ellos disponen de caballos árabes, los nuestros lo son también y, además, bien elegidos, ¿no es verdad, señor?

—Son animales que no temen que los alcancen —respondió Muley, que no parecía inquieto por el acontecimiento —¿Tú nos llevabas a casa de tu amigo?

—Sí, señor, Y no le encontraremos posiblemente solo, ya que pudo salvar, desembolsando buenos cequíes, a dos parientes suyos, famosos combatientes.

—¿Está a mucha distancia?

—A unas cuatro o cinco millas.

—¿Y desearán recibirnos llevando detrás de nosotros un pelotón de caballería turca?

—¿Mi amigo no se atemoriza por eso, y todavía menos los demás? ¿Encendemos las mechas de los arcabuces?

—Sería una temeridad. Por otra parte, nuestros perseguidores deben de hallarse a mucha distancia. Espoleemos a nuestros animales e intentemos llegar lo antes posible a la granja.

Los caballos, que marchaban al trote, al notar el hierro cortante del estribo emprendieron un galope endiablado por entre los amplios surcos del yermo campo. Los jinetes prestaban oído atento, intentando captar los distantes sonidos sospechosos, pero el ruido de las herraduras al tropezar con huesos o piedras no se lo permitía.

—No obstante, tengo la seguridad de que somos perseguidos —susurró Mico.

Durante un par de horas los jinetes cruzaron campos y más campos, salvando de vez en cuando cercados de higueras chumbas, y así

alcanzaron un denso bosque de algarrobos.

—La granja de mi amigo no se encuentra ya lejos. Que los caballos aguanten media hora a este paso y llegaremos al refugio.

—¿Al refugio dices?

—Sí, señor. Las granjas de la isla se han transformado en arsenales y encontraremos armas, pólvora y municiones en abundancia. Aunque constituyéramos todo un escuadrón.

—¿Cómo te las arreglas para encontrar el camino entre estas tinieblas?

—No lo se. Pero lo cierto es que jamás erré el camino ni por tierra ni por mar y no he necesitado recurrir a la brújula. Acaso mi cerebro posea algo así como un sexto sentido, quizás el que tienen las aves viajeras. Y fijaos, señor, que disfruto de otra particularidad, muy necesaria sobre todo en esta isla que padece tan pertinaces sequías, Yo distingo las corrientes de agua subterráneas... Fijaos... En este lugar se ha cometido otra matanza: el campo se halla lleno de esqueletos.

—¿Cristianos? —inquirió Muley.

—¡Oh! Habrá también infinidad de turcos, ya que los isleños, enfurecidos a causa de los horribles estragos, se defendían desesperadamente y no morían sin haber agotado su última mecha y mellado el filo de sus yataganes. Procurad conducir bien a vuestros corceles para que no se hagan daño.

Cruzaron el campo repleto de huesos humanos que despedían aún un hedor insoportable, y pudieron ver, pues en aquel espacio de tiempo se había desvanecido la niebla y las estrellas proyectaban una débil claridad sobre la tierra, las ruinas de varias granjas candiotas.

Aquellos contornos debían de haber sido escenario de encarnizada y cruenta batalla entre isleños e invasores, saliendo triunfantes los últimos, sin duda a causa de su mayor número, y acabando la destrucción con el incendio.

—¿Eso es un pueblo?

—Sí, señor. Ruinas de un pueblo en el que degollaron a más de

seiscientas personas, tranquilos labradores, pacíficas mujeres e inocentes criaturas, sin otra culpa que la de adorar la santa cruz. Bueno, ya sabéis lo feroces que son vuestros compatriotas.

—¡Espantoso! ¡Infame! El guerrero leal se enfrenta al fuerte guerrero y no al débil indefenso.

En breves saltos que obligaron a dar a sus caballos alcanzaron el bosque de algarrobos. Nada más internados en él oyeron en todas direcciones, al nivel de tierra, por arriba, a derecha e izquierda, un imponente batir de alas que lanzó en torno suyo una corriente de fuerte viento, no perfumado de una manera muy exquisita por cierto.

—¿Qué significa esto? —indagó Muley.

—Devoradores de cadáveres, señor. Pajarracos negros de gran pico, que miden más de un metro de altura y que antes de la guerra eran desconocidos en la isla. Se asegura que han llegado de lejanas tierras, acaso de Persia, y que han permanecido largo tiempo en la isla de Chipre.

—En la que se habrán alimentado debidamente —observó Muley.

—Tenga cuidado con ellos, señor, puesto que en ocasiones, furiosos a causa del hambre, son capaces de atacar a los seres humanos. Dos veces tuve que defenderme de esos voraces animales con el arcabuz.

—Pues ahora nos defenderemos con las espadas, Nikola. No es aconsejable utilizar las armas de fuego, ya que debemos recordar que se nos persigue y que nuestros disparos podrían orientarlos.

—Es cierto, señor —convino el montañés. —¡Qué se lancen al ataque esas voraces aves! No satisfechas con tantos muertos como han devorado, ¿intentarán comerse a los vivos? ¡Ah, no! Poco a poco, pajarracos; este acero corta igual que la navaja de desollar de un verdugo turco.

Las aves, que no debían de haber hallado la manera de contentar su voracidad en el campo, en el que sólo había esqueletos medio calcinados por efectos del sol, aleteaban alrededor de los jinetes, intentando resarcirse con aquella carne jugosa y fresca. Negros a semejanza de las tinieblas que los circundaban, poseían picos de casi un pie de longitud, y

cuando los abrían mostraban espacio sobrado para contener en él perfectamente un halcón de buen tamaño o aún otra ave grande.

Graznaban enfurecidos y atacaban decidida y rabiosamente, pretendiendo sobre todo picar en la cabeza de los corceles, no guarnecida por arneses.

—¡Éstos son los aliados de los mahometanos! —exclamaba Mico, asestando tajos y mandobles en todos sentidos.

También el León de Damasco y el griego habían trabado una sañuda lucha con aquellas aves de presa, y aunque seguros de que no era un combate arriesgado, lanzaban a los hambrientos pajarracos tajos al cuello, al pecho y a las alas, haciéndolos caer en gran número en torno a los caballos. Los pobres animales, espantados, daban imponentes saltos para eludir semejante proximidad. De aquella manera consiguieron atravesar el bosque.

—Confiemos en que los que nos siguen tropezarán también con esos pacíficos amigos —comentó Mico, —y como los musulmanes son todos, en mayor o menor grado, supersticiosos, no desearán entablar combate con esos animaluchos, que consideran de mal agüero.

En aquel momento, en medio del imponente silencio que reinaba en el campo, sonaron dos broncíneos campanazos que se esparcieron por el espacio.

—¿Qué es eso? —inquirió Muley, disponiéndose a detener el caballo.

—Ese sonido anunciaba la proximidad de la granja de Damoko. Su campana suena todavía y me parece que es el único campanario que los turcos, acaso por capricho, no han destruido.

—¿Es la de tu amigo?

—Sí, señor. Nuestros caballos han ido mucho más de prisa de lo que yo imaginé. ¡Bendita sea la santa cruz, que nos defiende!

Sonaron de nuevo dos campanadas, vibrantes, sonoras, cuyos ecos se perdieron en el aire. Los tres jinetes, pasando las espadas de la mano derecha a la izquierda, se persignaron y, después, apretando los estribos a los flancos de los corceles, reanudaron su desenfrenada carrera. A la par que las campanadas habían distinguido el distante rumor que delataba la

presencia de sus perseguidores, los cuales no perdían su pista.

—Confiemos en que escaparemos de ellos —dijo el albanés.

—Confiemos en nuestras espadas —respondió el León de Damasco.

Extendíase frente a ellos la llanura despejada, desprovista de algarrobos, viñas, palmeras e higos chumbos. Los caballos, en su carrera, levantaban mucho polvo.

Los turcos lo habían arrasado todo por medio del incendio, luego de haber exterminado a los pacíficos labriegos con las cimitarras y disparos de arcabuz. De aquella manera preparaban los invasores el campo abonándolo con sangre y ceniza.

Así prosiguieron avanzando otro cuarto de hora y halláronse con viñedos cultivados.

—Fijaos allá, señor.

—¡Una casa y una torrecilla!

—Es la granja de mi amigo Damoko.

—¿Se encontrara en casa?

—Espero que si.

Se escucharon fuertes ladridos, que por su sonoridad y fuerza denotaban ser lanzados por enormes y temibles mastines. Redujeron el paso y alcanzaron la granja. Era una sólida casa con paredes y techumbres de piedra, pero bastante estropeada, ya que los turcos, no habiendo podido incendiarla con facilidad, habían hecho en el techo el mayor daño posible.

Nikola volvió la espada a la vaina, se puso dos dedos en la boca y emitió tres vibrantes silbidos espaciados. Un instante más tarde, en tanto que los perros ladraban con más furia que antes, pretendiendo salir, se abrió una pequeña ventana y se oyó una voz que interrogaba.

—¿Quién vive? ¿El Islam?

—No, San Marcos —repuso Nikola—. Abre la puerta, Damoko. Nos

persiguen.

—¿Esos perros con turbante?

—Sí.

—Aguarda que despierte a mis cuñados ¿Eres tu, Nikola?

—¿No distingues mi voz? Y me acompaña el León de Damasco

Se cerró la ventanilla, oyéronse voces en el interior de la morada y pasos por una escalera no muy segura. Después se abrió la puerta, surgiendo bajo el dintel tres hombres de elevada estatura, robustos y barbudos, armados de sendos arcabuces con las mechas encendidas.

—Eso para los mahometanos, Damoko. Nosotros somos cristianos.

—Uno debe desconfiar siempre en estos tiempos malditos, Nikola. En fin mi casa, con su cantina y su granero, se hallan a vuestra disposición.

Uno de sus familiares encendió al instante una humeante candileja de aceite, de forma antiquísima, en tanto que el otro ponía cadenas a los perros, dos corpulentos y formidables mastines de poderosos colmillos, temibles adversarios, lo mismo para turcos que para cristianos.

Los tres jinetes desmontaron, cogiendo todas sus armas y municiones, y entraron en una vieja estancia, en tanto que los dos cuñados del propietario de la casa conducían bajo techado a los caballos y les daban buen pienso.

La sala se hallaba ennegrecida y el suelo era fangoso, como formado únicamente por tierra batida. Sus muebles consistían en algunas cántaras denominadas zaras, que se destinaban a conservar el aceite y lo bastante resistentes como para aguantar las balas de las pistolas de aquel tiempo, en una mesa cercana, tal vez secular, rajada por completo, y en unos pocos escaños medio destrozados. En cambio, colgadas en las paredes se veían gran número de armas: arcabuces con las mechas preparadas y brillantes yataganes.

Tal como indicamos, el granjero era un hombre muy fornido, de imponente estatura, como un gigante, y fortísimo, aunque en su barba se advertieran ya algunas plateadas hebras. Se dirigió solícito al encuentro de sus

huéspedes.

—¿El León de Damasco? —inquirió.

—Yo soy —respondió el interpelado.

El candiota le examinó entre sorprendido y estupefacto, y, haciendo ante él una gran inclinación, dijo:

—¡Dios dé larga vida al héroe de Famagusta, esposo del capitán Tormenta, que hacia caer a los mahometanos como yo hago caer mis olivas! Entrad. Os encontraréis en vuestra casa.

—Un instante, Damoko, no desearía comprometerte con los turcos.

—¿Qué pretendes decir? —inquirió el gigante, arrugando el entrecejo.

—Ya te he indicado que nos persiguen.

—¿Son muy numerosos los que os siguen?

—No lo sabemos todavía.

—¡Bah! Somos seis. Se encuentra junto a nosotros el León de Damasco... ¿Qué podemos temer? Por otra parte, pienso que el visir no habrá lanzado en vuestra persecución a toda la caballería ¿Estarán bastante distantes esos perros?

—Calculo que les llevamos unas millas de ventaja.

—Kara —dijo a uno de sus cuñados el otro, —trae vino, puesto que aún tenemos. Es mejor para los cristianos que para los mahometanos

—¡Bah! en la actualidad ya no hacen caso del Profeta: beben mayor cantidad de vino que de agua, os lo garantizo —observó Mico.

—No estoy seguro, joven —repuso el granjero, con una sonrisa —Señor Muley-el-Kadel, es este vuestro autentico nombre, ¿verdad? ¿No será una indiscreción preguntar a que lugar vais?

—Hacia Capso. He de entrevistarme con Sebastián Veniero ¿Le encontraremos en la ensenada aún?

—Sí. Sus ocho galeras se hallan ancladas todavía allí, aunque con las velas a medio desplegar.

Los cuñados regresaron, portando un cántaro de aquel exquisito vino, que de tal forma complacía incluso a los turcos, y unas tazas de madera. Damoko las lleno y brindo de la siguiente manera.

—¡Por la destrucción del Islam!

—¡Por su destrucción! —repitieron el albanés y el griego.

El León de Damasco se sintió incapaz de brindar por la destrucción de su raza. Pero, no obstante, bebió.

—¡Silencio! —exclamo el granjero, en tanto que cogía la fusta y la hacia restallar.

—Sienten aproximarse a los turcos, ¿no es cierto? —inquino Nikola.

—Sí. Husmean a esa chusma a distancia. Pero no supongáis que esta noche va a ocurrir la menor cosa. Los mahometanos son en exceso amantes de la luz y no los veremos aparecer hasta que salga el sol. Espero poder prepararles una buena trampa y, en el supuesto de que saliera mal, deberíamos hacer uso de las armas y se hará lo que se pueda ¿Qué opináis, señor Muley, vos que desde pequeño habéis estado en medio de combates?

—Explicaos, Damoko.

—Un instante, señor. Tú, Kitar —indico a uno de sus cuñados, —ve a parar el reloj del campanario.

—¿Con que objeto? —exclamo el griego, sorprendido —Deja sonar la campana.

—No. Cuando los escasos aldeanos que pudieron escapar a la ferocidad turca y que se encuentran a poca distancia de aquí, dejen de oír la hora en el antiguo reloj, advertirán que algo grave nos acontece y acudirán con premura, y aunque, en verdad, pocos, son resueltos y vendrán en nuestra ayuda. Estoy seguro de ello.

—¿Se trata de una señal? —inquirió el León.

—Sí, señor Muley, y si...

Se callo de improviso. El antiguo reloj, antes que lo pararan, quiso cumplir con su secular obligación. El sonido de su bronceína campana repercutió de un modo extraño en la casa, haciendo gruñir a los mastines. Después la onda sonora expandió su eco por el campo.

—De aquí a una hora saldrá el sol y aparecerán los turcos.

Y tras pronunciar aquellas palabras, Damoko se dirigió a las cántaras las destapo y, luego de olerlas, dejó tres al descubierto, explicando.

—Estas solamente han contenido agua.

—¿Qué planeas? —le interrogo Nikola.

—¿No te parece que en estas tinajas panzudas cabe muy bien un hombre?

—¿Y crees acaso que al llegar los turcos no las destaparan?

—En el instante que observe que piensan hacerlo, desatare a los perros e iniciaremos el combate. Mis mastines son formidables auxiliares. Al fin y al cabo, morir mañana, hoy, o cualquier otro día es lo mismo. De todas maneras nuestra vida a pesar de haber abjurado, se encuentra siempre pendiente de un hilo con esa canalla.

Kitar y Kara entraron a un tiempo. Ambos, robustos y vigorosos y ya habituados a la lucha aunque aún eran jóvenes, tenían una apariencia de absoluta tranquilidad.

—He cortado la cuerda que mantenía el contrapeso, y la piedra ha caído al fondo de la torre. Estemos preparados.

—Apaguemos la luz y vayamos a explorar las proximidades de la granja.

Los seis hombres esperaron a que una completa oscuridad invadiera la habitación, soplaron las mechas de sus arcabuces y salieron, en tanto que los mastines, intuyendo algo grave, gruñían sordamente e intentaban

desesperadamente librarse de las cadenas que los retenían.

12. La caballería turca

Las tinieblas imperaban en el exterior. Otra vez nuevas brumas tapaban las estrellas y el alba habría de tardar todavía casi una hora. El viento reposaba en calma absoluta y semejaba gravitar sobre la tierra algo invisible y tenebroso que absorbía cualquier rumor, cualquier ruido, haciendo adquirir a las plantas y al cielo la inmovilidad de las cosas muertas.

En la granja reinaba así mismo el silencio. Los perros, como si intuyesen que con sus gruñidos podían hacer peligrar las vidas de sus dueños, callaron. Sólo por encima de las hojas de la vid se percibía, de vez en cuando, el tétrico graznido de algún buitre.

Los seis hombres avanzaron cautelosamente unos cincuenta metros y después se adentraron entre las ruinas para ocultar mejor las mechas de los arcabuces.

—¡Menuda nochecita para librar un combate, Damoko!

—Peores las he visto, Nikola... ¡Ah, qué turcos! No podrá haber paz hasta que una de las dos razas sea aniquilada... Y de momento somos nosotros los que llevamos la peor parte.

—Venecia no ha perecido todavía y, como comprobaréis, a costa de mil riesgos y sacrificios, por ahora no nos deja.

—Lo sé, señor Muley. La Serenísima no puede hacer más en este instante, ya que una escuadra no se improvisa.

—¿Imagináis que Veniero puede intentar alguna cosa?

—A pesar de sus setenta y cuatro años, continúa siendo el marino más osado de la Reina de los Lagos. Los años no pueden domeñar a ese hombre. Cualquiera diría que por sus venas corre bronce en lugar de sangre.

—¿Le habéis visto?

—En Capso, hace tres días

—¿Parecía tener intención de atacar a los mahometanos?

—Ha venido hasta las aguas de Candía para luchar y no para descansar, señor Muley. A pesar de que tiene un pie herido, no es capaz de permanecer tranquilo en su galera.

—¿Es buena?

—Sesenta cañones y cinco órdenes de remos. No sé si habrá alguien que pueda apresarla, ni siquiera los turcos.

—¡Callad! —advirtió el albanés. —Los turcos se aproximan

—¿Cómo lo sabes, Mico?

—Señor, por el polvo que levantan sus caballos, que forma como una nube.

—¿Cuál es vuestro consejo, Damoko? ¿Reanudar el galope y escapar?

—Vuestros corceles, aunque de buena raza, están casi extenuados. Nuestros campos son difíciles de atravesar y son capaces de matar a los mejores árabes esas ininterrumpidas ruinas abarrotadas de huesos. Retornemos a la granja y dejad que intente realizar mi proyecto.

—¿Pretendéis escondernos?

—Sí, en el interior de las *zaras*.

—¿Y en el supuesto de que los turcos levanten las tapaderas de esas tinajas?...

—Espero burlarme de ellos.

—¿De qué modo?

—Veréis. Kitar, Kara, id a llenar del mejor vino todos los vasos y ponedlos en la mesa.

—Sí, padre —respondieron los dos hermanos, que tenían costumbre de dar tan dulce nombre a su cuñado desde que habían sido asesinados todos sus parientes por los implacables enemigos de la cruz. Y se fueron corriendo hacia la casa, después de apagar las mechas de sus arcabuces.

—Vayamos también nosotros. No sabemos cuántos son los turcos, y con las armas de fuego no hay que jugar.

—¿Ves algo tú, Mico?

—Sí: una nube de polvo que avanza lentamente.

—¿Pero avanza?

—Sí, amo

—Compadre Damoko, en retirada, pues.

Los cuatro hombres llegaron a la granja, donde ya había de nuevo luz. El reloj estaba parado, y los mastines, en silencio. Damoko destapó las tres *zaras* que sólo habían contenido agua y dijo a los fugitivos:

—Pronto; meteos dentro con los arcabuces y las espadas. Puede ser que tengamos que luchar con esos canallas.

Muley-el-Kadel arrugó la frente.

—¡Yo esconderme! —exclamó

—Señor —observó el griego, —la guerra tiene sus exigencias y sus necesidades. A veces vale más la astucia que el valor y la audacia. Una bala sale muy pronto y parte el corazón o perfora los pulmones.

—Es cierto.

Apagaron las mechas y se metieron dentro de las grandes cántaras, en donde cabían bien. Damoko las tapó de modo que pudiera penetrar el aire y luego soltó a los perros, los cuales se lanzaron a la carrera por la tétrica llanura ladrando furiosamente. Eran luchadores a quienes no atemorizaban las cimitarras.

Damoko y sus cuñados quedaron al acecho ante la puerta, luego de

apagar la luz, protegiéndose detrás de dos o tres gaviones. En el gran silencio que reinaba se oía ladrar a los mastines y, al mismo tiempo que los ladridos, un fragor sordo, pesado, que delataba el paso de fuerzas a caballo.

—Se aproximan. Hacia el alba estarán aquí.

—¿Piensas que serán muy numerosos?

—No lo creo. Con semejante silencio, un escaso número de caballos producen gran fragor.

—¿Y confías en salvar a nuestros huéspedes?

—Y también la granja. Esta vez abonaremos nuestro viñedo con sangre mahometana. Procurad que no escape ni un solo para evitar que pueda explicárselo al visir.

—No te inquietes, padre —respondió Kitar.

—Los quemaremos, tanto hombres como caballos. La leña no escasea y en la despensa disponemos de dos zafras llenas de aceite.

—¿Acudirán nuestros amigos?

—Al no escuchar el reloj abandonarán su granja, y podemos contar con seis jóvenes que matan las codornices al vuelo.

—Y un turco ofrece mucho mejor blanco que una codorniz.

—Ya llegan.

—¿Sin aguardar al alba?

—Unas sombras avanzaban hacia la granja, sombras de hombres a caballo medio cubiertos por la polvareda que levantaban al correr sus cabalgaduras. Damoko, que tenía una vista magnífica, a pesar de sus años, contempló detenidamente al pelotón, que no parecía tener gran deseo de combatir, y anunció:

—Trece; ni uno más ni uno menos. Esa gente será transformada esta noche en ceniza.

Una ronca voz se alzó, gritando:

—¿Quién vive?

—No contestéis —ordenó Damoko.

Pasaron unos segundos. Después, la misma voz, que resultaba muy desagradable, añadió con fiero acento:

—¡Perros cristianos! ¿Queréis o no, contestar? Soy un *kaymakan* y tengo un pelotón de caballería a mis órdenes.

Los tres candiotas iniciaron una muy prudente retirada, no deseando entablar combate, ya que no tenían la seguridad de si detrás de aquellos turcos llegaban otros soldados.

—Enciende ahora una luz, Kitar. De todas maneras hemos de recibirlos...

El *kaymakan*, erguido a doscientos pasos de la granja, continuaba maldiciendo a gritos, como si hubiese enloquecido.

—¡Ah, perros repugnantes, puercos cristianos! ¿No deseáis responder? Por el Profeta, que he de haceros empalar a todos y entregaré a los comedores de muertos vuestra carne.

Damoko bajó hasta la puerta, la abrió, reteniendo por el collar a uno de sus mastines, y exclamó:

—¿Quién vive?

—Cerdo cristiano, ¿tan pesado es tu sueño que no oyes la voz de un *kaymakan*?

—Estuve labrando el campo todo el día y me fui a la cama agotado.

—¿Tú eres Damoko?

—Sí.

—¿Un renegado?

—Sí.

—¿Estás solo?

—No. Conmigo habitan mis dos cuñados.

—Y, a lo que parece, también perros.

—Y temibles, *effendi*.

—¿Cuántos son?

—Dos.

—Antes que penetre en la casa te ordeno que los mates.

—¿Qué mate a mis perros? No pienso hacerlo, *effendi*.

—¡Qué! Tú, repulsivo cristiano, ¿te consideras con derecho a oponerte a mis deseos porque te hayas puesto la camisa musulmana?

—Sí —replicó Damoko con firme tono.

—¿Deseas que te aemos dentro de la casa?

—Intentad hacerlo. Yo soltaré a mis perros y lucharé en unión de mis cuñados contra vosotros, bandoleros.

—¡Voto al Profeta! Este hombre es un gallito candiota al que hay que quitar la cresta. Ya tenemos entretenimiento. Aguardemos sólo a que se vea con mayor claridad.

—*Effendi*, podéis acercaros sin temor. Los perros no os molestarán. Y si deseáis aguardar a que salga el sol, os puedo mandar dos jarras de vino.

—¿Vino? ¡Ah, falso mahometano! —barbotó el *kaymakan*. —¿Beber vino cuando el Profeta lo prohíbe a sus creyentes?

—Me han asegurado que también el sultán bebe, y mucho.

—Para él nada está vedado. Y por otra parte, únicamente bebe vino de Chipre.

—Pues el mío es tan dorado y tan generoso...

—¡Repugnante marrano!... ¡Quieres tentarme!

—¿Queréis o no? —inquirió Damoko, que no desconocía que los turcos habían hecho no pocas trampas en el Corán para poder libar libremente el zumo que descubrió el gran Noé.

Los guerreros murmuraban entre sí y entonces su jefe dijo:

—¡Tráelo!

—Pero debes prometer por el Profeta que nos perdonarás la vida.

—Bien puede prometerse tal cosa por catar el vino que beben los sultanes. Envíanos bebida y no haremos el menor daño a los hombres que vengan con los jarros.

—Cuento con tu palabra.

Y volviendo al interior de la casa se dirigió a sus cuñados y les preguntó:

—¿Os atemorizara llevar bebida a esa canalla?

—No —repuso Kitar. —Llevaremos con nosotros los perros y veras como los turcos no se mueven. Los amedrentan más nuestros mastines que los cristianos.

—Porque son ágiles y fuertes, se abalanzan al cuello y los degüellan. Tomad cuatro jarras y llevádselas. Nosotros estaremos dispuestos para acudir en ayuda vuestra.

Kitar hizo un gesto de indiferencia con los hombros.

—¡Bah! —dijo —¿Qué importancia tiene morir hoy o mañana? Ya sabemos que nuestra isla esta maldita y que no hallaremos la paz hasta que haya sido aniquilada toda nuestra raza. Con los turcos como conquistadores se habitúa uno en seguida a la idea de la muerte y la ve uno llegar sin prestar atención.

—Id, hijos.

El *Kaymakan* empezaba a impacientarse por aquella tardanza.

—Repulsivos adoradores de la cruz, ¿no tenéis palabra? Daos prisa en traer bebida ¡Voto al Profeta!... Tenemos el gaznate reseco por el polvo, y lo que es peor, de polvo de huesos cristianos.

—¡Miserables! —murmuró Kara, —Haremos que pruebes los colmillos de nuestros mastines.

Ambos cuñados ataron los perros, cogieron cuatro enormes jarras de vino blanco, que podía competir por su calidad con el de Chipre, y avanzaron intrépidos al encuentro de los turcos, quienes no se habían acercado ni un simple paso.

—Aquí tenemos a los perros sarnosos que nos traen la bebida, tienen miedo de nosotros ¡Ah! Si fuese yo el visir los mandaría decapitar a todos, aunque hayan renegado de su religión ¡Voto a Mahoma! Solamente la cabeza no vuelve a crecer.

Kara y Kitar, sin espantarse lo más mínimo por aquellas amenazas, se aproximaron a los jinetes, cargados con los jarros. Junto a ellos, los perros ladraban ferozmente. Cruzaron el viñedo y no tardaron en hallarse frente a sus seculares enemigos. Despuntaba ya el alba, enrojando suavemente el cielo. Los jinetes eran trece, doce guerreros y el comandante, cuya apariencia era la de un aventurero jactancioso y brutal, con el rostro cubierto de cicatrices, su grandioso turbante de brocado ornado con media docena de plumas de avestruz y su reluciente armadura.

—¡Perros sarnosos! ¡Al parecer, os hacéis esperar!

—El Profeta tiene vedado a sus fieles beber vino —repuso atrevidamente Kara.

—Tu lengua es larga, cristiano. Como te coja, será la primera cosa que te cortaré ¿Piensas que somos mozuelos de Constantinopla? ¡Esto es lo que faltaba!

—¡Por lo visto olvidas que yo también soy ahora un creyente!

—¿Y desde cuando te has vuelto mahometano?

—Desde hace seis meses.

—Te has acordado demasiado tarde de que nuestra religión es la única

verdadera.

—Es que como siempre viví entre cristianos.

—¿Y rezas en fervor mirando a la Meca?

—Cada día, por la mañana, al mediodía y por la noche.

El *Kaymakan* lanzó una risotada. Después dijo:

—Si te abriesen el pecho y te arrancasen el corazón, no encontrarían en él la menor fe en el Profeta. Vosotros, miserables, renegáis de la religión de vuestros padres por salvar el pellejo y nada más. Procura que no te coja cualquier día desprevenido, soy muy capaz de venir aquí para cerciorarme de que oras.

—Ven. Mis plegarias las hago fuera de las puertas de la granja y todos pueden verme.

—Bien. Traed los jarros y retened con fuerza a los perros. No quiero saber nada con sus colmillos.

Los dos obedecieron y luego se dispusieron a retornar a la vivienda

—¡Alto! ¡Poco a poco, amigos! —clamo el *kaymakan*, que había desmontado y avanzaba empuñando una enorme cimitarra.

Los candiotas, al observar que también los soldados habían descabalgado y que por aquel terreno no les resultaba sencillo alcanzarlos, dieron media vuelta y huyeron a todo correr en dirección a la granja, seguidos de los mastines, cuyos ladridos espantaban a los caballos.

—Esperad a que me moje la lengua y ya os diré un par de palabritas —dijo el *kaymakan*. —¡Yo os arreglare!

Los turcos, contentos por tener bebida, se sentaron en torno a los jarros, de los que les correspondía una cuarta parte, ya que el jefe se quedaba con uno entero para él, y dejaron que el *kaymakan* se desahogara a su gusto. Debían de estar habituados a sus iras y no le prestaban atención. El vino era magnífico blanco y dulce, como néctar. No difería en gran cosa del que daba la dorada uva de Chipre.

Damoko salía al encuentro de sus cuñados con el arcabuz preparado, temiendo que los turcos, prestos en toda ocasión a considerar a los cristianos, aunque fueran renegados, como buena presa, les dispararan, por entretenimiento, algunos pistoletazos.

—¿Vendrán a hacernos una visita? —inquirió.

—En cuanto aparezca el sol estarán aquí —repuso Kara.

—Y lo que es peor, beodos —agrego Kitar.

—¡Bah! Acaso sea un bien —adujo Damoko.

Alzó la cabeza y miró al cielo, ya colorado por la naciente claridad del alba. En dirección a oriente nubes de más roja tonalidad anunciaban la cercana salida del sol.

Luego penetró en la estancia y destapó las tinajas, para que los escondidos en ellas respiraran con entera libertad.

—Lo más probable —dijo a Muley —es que debemos sostener un combate; pero no apareceréis hasta el último instante. Permitidme en primer lugar ver si puedo engañarlos.

—¿Son muy numerosos?

—Trece.

—¡Bah! Me considero capaz de enfrentarme a ellos sólo con mi albanés.

—Esperad, señor, hay ocasión de recibir un pistoletazo o un tajo de cimitarra. Bien sabéis que los guerreros turcos desprecian la vida y combaten valerosamente.

—Sí.

—Pues en tal caso permaneced ahí silenciosos. El sol está a punto de salir y de aquí a breves minutos esa chusma estará aquí.

Se los oía hablar alegremente alrededor de los jarros, que ya debían de encontrarse vacíos. El *kaymakan* en especial lanzaba contra los cristianos ofensas que acudían a sus labios provocadas por los vapores del vino.

Todos se habían alegrado, acaso en exceso. Por último, montaron a caballo y avanzaron hacia la granja, lanzando alaridos como si pretendiesen tomarla por asalto.

Damoko, Kitar y Kara prepararon sus arcabuces y yataganes, hicieron que los mastines se situaran en el fondo de la estancia y se asomaron a la ventana. El sol, majestuoso, aparecía por el horizonte, desvaneciendo las nieblas y fundiendo con sus rayos la bruma. El *kaymakan*, que no se mantenía muy seguro en su silla, fue el primero en alcanzar la granja.

—¿Dónde se encuentra el amo? —inquirió.

—Aquí estoy —repuso éste, apareciendo. —¿Qué deseas?

—Tú eres el amo y también un falso mahometano, ¿no es así?

—Creo en el Corán.

—Todos los renegados aseguráis eso por temor a que os corten la nariz y las orejas.

—Bueno, ¿qué deseas? Las amenazas déjalas para otro momento.

—¡Por las barbas del Profeta! Este cristiano tiene auténtica sangre en las venas.

—Ya te dije que no soy cristiano.

—¡Ja, ja, ja! —rió el turco, con ironía.

Asiéndose firmemente al pomo de su silla, desmontó. Sus compañeros hicieron otro tanto y todos se dirigieron a la puerta. Los primeros rayos del sol, al herir sus cimitarras, despedían mil relumbrantes reflejos.

—¿Cuántos sois en la granja?

—Tres.

—Y dime, ¿no se han ocultado en ella unos cristianos?

—Hace quince días que nadie viene por aquí. Ya no se puede comerciar con nadie.

—¡Ah, perro repugnante! ¡Mírame bien! ¡Tú intentas engañarme!... ¿Engañar a un *kaymakan*? ¡Ja, ja! ... ¿No sabes que hemos seguido las huellas de esos tres cristianos huidos de Candía y que han matado a dos de los nuestros?

—Habrán pasado de largo esta noche, en tanto que estábamos durmiendo.

—Veo peligrar tu nariz —barbotó el turco, blandiendo su cimitarra. —Y tras la nariz vendrán las orejas, y después cortaremos la cabeza de un renegado que pretende engañar al sultán desde el amanecer hasta la noche.

—¿Deseas registrar mi casa? Entra.

—¿No me preparas una trampa?

—Llevas a tu lado los suficientes hombres para castigarme.

—¡Oh! Con mi cimitarra hay más que de sobra —dijo el jefe turco. —Yo devoro cristianos, sin el menor inconveniente, de la mañana a la noche.

—Sí, como almuerzo y como cena —observó, en tono irónico, Damoko.

—Eres un patán, pero se ve que tienes cierto ingenio. Debe de ser que te inspira el Profeta.

—Por las noches, en efecto, cuando me acuesto para dormir, noto que me hace cosquillas en el rostro con la barba.

—¡Tú!

—Yo.

—¡A ti!

—¡A mí!

—Tú eres un extraordinario canalla, puerco asqueroso, que pretende mofarse de mí. Voy a registrar tu casa.

—Están los perros.

—Ponles las cadenas.

—No. Son animales en exceso bravos contra el enemigo.

—En tal caso te partiré la cabeza.

—La mecha de mi arcabuz está encendida.

—¡Ah, perro repulsivo! ¿Te atreves a oponerte a un *kaymakan*?

—Yo no. Te he invitado a entrar en mi casa y a beber de mi vino.

—¡Por las barbas de Mahoma! Tu vino alegra el corazón y calienta el cuerpo.

—Es igual al Chipre que beben los sultanes.

—Ahora entiendo por qué razón matan, sin el menor titubeo, a príncipes y ministros. Bueno: en este lugar se siente olor a cristianos.

Difícilmente, pues no se sostenía muy firme sobre sus pies, salvó el umbral y entró en la habitación blandiendo impetuosamente su cimitarra.

—Aquí han debido de venir los cristianos.

—¿Qué cristianos?

—Los que mataron a mis camaradas.

—Búscalos.

—¿Qué hay dentro de esas *zaras*?

—Agua corrompida.

—¿No contienen vino?

—No, pero tengo buena provisión en la despensa.

—Sírvenos.

—¿Aún más?

—Si el sultán bebe, que beban igualmente sus guerreros.

Éstos penetraban en la estancia arrastrando con gran estrépito sus cimitarras desenvainadas por el suelo y soplando en las mechas de sus pistolas. Al distinguir la gran mesa y los taburetes tomaron asiento con toda tranquilidad.

No obstante, el *kaymakan* parecía inquieto y paseaba con aspecto receloso ante las cantaras ¿Olía efectivamente a cristianos? Como turco, podía ser verdad

Kitar, que no le quitaba la vista de encima, condujo a los perros junto a las *zaras*, y el jefe de caballería, que parecía sentir gran temor hacia aquellos temibles mastines, vomitó tres o cuatro feroces amenazas contra los cristianos y se sentó al lado de sus camaradas, empezando a beber. Había vaciado un par de tazas cuando se incorporó.

—Estos asquerosos cristianos —gritó— se están burlando de nosotros. Os lo garantizo. A este lugar deben de haber venido los cristianos.

Y clavando la vista en Damoko, que se había tornado pálido, ordenó.

—Destapa las *zaras*. Deseo saber qué hay en su interior.

—¿Imaginas que tengo miedo?

—Empiezo a creerlo.

—¡Ah! ¡Por todos los bandidos de Arabia que si te estás burlando...!

Levantó la tapa de una de las cántaras y retrocedió un paso al ver aparecer la cabeza de Muley-el-Kadel, quien blandía la espada, dispuesto a entrar en combate.

—¡Un cristiano! —bramó el *kaymakan*, alzando la pesada cimitarra.

De un salto el formidable guerrero abandonó la tinaja y se dirigió hacia el mahometano, diciendo con terrible entonación.

—En este momento no soy ni un turco ni un cristiano. Ahora sólo soy el

León de Damasco.

13. La enseñada de capso

Los turcos, al distinguir al terrible guerrero, se incorporaron y retrocedieron un paso. Sintieron henchir sus pechos de admiración hacia aquel audaz León, que tan numerosas hazañas había realizado luchando con las huestes del Islam.

Las otras dos cántaras también se destaparon y surgieron de ellas el albanés y el griego, prestos como siempre a combatir al aborrecido enemigo.

El *kaymakan*, lleno de estupor, no se sentía con fuerzas ni para dar órdenes a sus soldados, los cuales contemplaban con ojos aterrorizados a aquellos seis hombres armados y a los dos mastines, que ladraban furiosamente en el fondo de la habitación, deseosos de abalanzarse sobre los turcos.

—¿Qué deseas del León de Damasco, di?

—¿Eres tú el León de Damasco? —exclamó, por último, el *kaymakan*, haciendo rápidos molinetes con la espada para cubrirse de los mandobles que esperaba le tirara el otro. —El bajá ha prometido cinco mil cequíes por tu captura, y si bien yo tengo hacia ti aún gran aprecio, no pienso dejarte escapar.

—Ven a apresarme.

—¡Eh, a él! —gritó el jefe a sus soldados —Es una presa que vale oro en polvo.

Con gran sorpresa observó que sus hombres, junto a la mesa, no parecían desear entrar en combate con tan famoso guerrero.

—¡Ah, miserables! —exclamó colérico. —Haré que el bajá os haga empalar a todos. ¿Quién es el León de Damasco para que os aterrorice? Un renegado a quien voy a castigar yo mismo.

—¡Tú! —dijo despectivamente Muley. —Son necesarios mejores aceros que el tuyo para enfrentarse al mío. Ni tan siquiera eres discípulo de Metiub.

El turco, excitado por el mucho vino libado, avanzó audazmente agitando la cimitarra y gritando:

—¡Ah! ¿De manera que no soy ni discípulo de Metiub? Voy a demostrarte que me basto y me sobro para derrotarte a ti, hijo de un bajá, que te has transformado en un asqueroso cristiano.

—¿Sin el auxilio de nadie?

—Sin auxilio. Soy lo bastante experto para segarte la cabeza con mi cimitarra.

—Lo que tú eres es un parlanchín, marioneta.

Los soldados estallaron en risas. El *kaymakan*, más enfurecido aún al ver que se reían de él sus propios subordinados, se precipitó contra el León de Damasco, asestando tajos sin cesar como un loco.

Muley no deseaba que su espada chocara contra la sólida cimitarra, ya que era menos resistente, por miedo a quedar desarmado, y evitaba los mandobles doblando el cuerpo y saltando a derecha e izquierda, en tanto que acechaba la ocasión para lanzarse a fondo y darle una estocada mortal.

El *kaymakan* creyó que aquella prudencia era temor. Propinaba formidables tajos al aire y a las cántaras con gran júbilo de sus soldados, cuyas risas le exasperaban. A pesar de que no era hábil en la esgrima, resultaba un enemigo peligroso con aquella pesada y sólida cimitarra.

Los turcos, los candiotas, el albano y Nikola presenciaban el duelo como simples espectadores. Los cuñados de Damoko retenían a los mastines, deseosos de intervenir en la lucha.

El combate hacía ya un par de minutos que duraba y una de las grandes tinajas se había destrozado a causa de un golpe de cimitarra, cuando todos vieron cómo el León de Damasco hacía avanzar su espada de improviso exclamando:

—¡Muere!

Su acero se dirigió en dirección al cuello y, entrando por la gola, atravesó la garganta del turco. Este contempló a su adversario con profundo odio y, fallándole de pronto las fuerzas, cayó al suelo con estrépito, abandonando en su caída la cimitarra que no había sido capaz de salvarlo.

Los guerreros, al ver desplomarse a su jefe, en lugar de entablar combate decididamente, se dieron a la fuga presurosamente, perseguidos por los perros, que pretendían morderles en las piernas, las cuales se hallaban por suerte resguardadas por las grebas.

Cuando alcanzaron el punto donde se encontraban los caballos, montaron y se alejaron a toda prisa, deteniéndose a unos doscientos metros de la granja. El *kaymakan* había fallecido. La estocada que no había tenido total éxito con Metiub terminó con aquel jefe jactancioso de la caballería otomana, y la sangre brotaba a borbotones de su herida.

Damoko se había inclinado sobre él, y luego de examinarle ordenó a sus cuñados:

—Llévadlo al exterior. Está muerto.

Cuando sacaban el cadáver, los soldados dispararon sobre Kara y Kitar algunos pistoletazos. Pero las pistolas de aquel tiempo no tenían demasiado alcance para ser certeras.

—Triunfo inútil —comentó el León obligando a salir de allí a los perros, que estaban bebiendo la sangre del turco. —Ahora nos asediarán.

—No os inquietéis por ello, señor. El reloj continúa parado y esta tarde acudirá a este lugar gente armada y valerosa resuelta a todo.

—Desearía atacar a esa canalla. Tengo la certeza de que no resistirán nuestro asalto.

—Yo también estoy seguro. Pero un tiro de pistola, aunque sea disparado por un cobarde, puede terminar con el hombre más valeroso que exista bajo la capa del cielo. Dejados; ya ajustaremos las cuentas con ellos.

—¿Y si mandan a alguien al campamento en busca de refuerzos?

—Eso ya está previsto, señor Muley. Kitar se ha situado en lo alto de la torre con su arcabuz listo y al primero que observe que se marcha le matará. Mi cuñado es un magnífico tirador y no falla un blanco incluso a quinientos pasos. ¿Deseáis que vayamos a examinar lo que hacen los sitiadores?

—Estaba a punto de proponéroslo.

Cogieron los arcabuces, encendieron las mechas y salieron acompañados de Mico, Nikola, Kara y los perros.

Los soldados, a pesar de hallarse sin jefe, no parecían decididos a marcharse. Habían colocado en torno a ellos los caballos para que éstos hicieran las veces de parapeto y deliberaban, gesticulando con excitación.

—Se les ha metido en la sesera que han de apresarnos —comentó Damoko. —Son doce, pero con nuestros amigos de la otra granja nosotros llegaremos a los diez o los once y... ya se verá. ¡Ah! ¡Me lo figuraba!

Uno de los guerreros no tardó en montar a caballo y emprendió el galope en dirección al campamento.

—Dejad esa misión a Kitar —aconsejó el candiota, viendo que Muley estaba apuntando con el arcabuz.

—¿Y si errase el tiro?

—No fallará.

Casi no se había alejado ni trescientos pasos el corcel cuando retumbó un disparo. Kitar había acertado desde el campanario, ya que el mahometano abrió los brazos y se desplomó en tierra.

—¡Ahora al caballo! —exclamó Damoko.

Casi al momento sonó un segundo estampido y el animal, luego de encabritarse y relinchar, cayó muerto a quince pasos de su amo. El León de Damasco no había sido menos certero que Kitar.

Los turcos, aterrorizados, descargaban sus enormes pistolas contra los cinco hombres. Sin embargo, aquellas armas no alcanzaban más de una veintena de metros. Después, subiendo a los caballos, marcharon a

acampar en mitad de la viña de Damoko.

—Lo lamento por vuestra uva —dijo Muley en tono jocoso.

—¡Oh! De todas maneras no pensaba pisarla yo toda este año, puesto que cuando los turcos están en guerra se apoderan de todo lo de los cristianos, e incluso de lo de los renegados.

—Pero —observó Mico —¡Vaya terquedad la de esos hombres! ¡Pues no nos ponen sitio!

—Son valerosos —adujo el León de Damasco.

—¿Y vamos a estar quietos sin hacer nada?

—No seas apresurado, joven —le respondió el granjero. —Esperaremos a la tarde, y ya que los atacantes nos dejan tranquilos, almorcemos. Poca cosa tengo para ofreceros, ya que impera la miseria en el campo. Pero el que da lo que tiene...

Kara penetró en la estancia y puso la mesa al instante. La comida era más bien postre. Consistía en una olla llena de *koisé*, es decir, acelgas condimentadas con magnífico aceite, leche y pan corriente, cocido unos meses atrás. A pesar de que los turcos proseguían lanzando alaridos y disparando sus pistolas, todos comieron con excelente apetito, sin olvidar a Kitar, que continuaba vigilando en lo alto de la torre.

Hacia el mediodía la situación no había variado. Los turcos no se atrevían a enviar de nuevo a otro jinete, por temor al certero arcabucero, que los distinguía, aunque se encontraban ocultos entre el viñado.

Comentó Damoko ofreciendo un chibuquí, repleto de rubio y oloroso tabaco, al León de Damasco:

—Los turcos nos están vigilando. Pero me parece que no se decidirán a atacarnos.

Como para contradecir aquella afirmación, sonó en aquel instante otro disparo de arcabuz. Acto seguido la voz de Kitar gritó:

—¡A las armas!...

Los cinco asediados se precipitaron fuera de la estancia y distinguieron a los musulmanes a caballo, con las pesadas cimitarras desenvainadas y dispuestos al parecer a realizar una carga a la desesperada.

—¡Alto, locos! —exclamó el albano, abriendo fuego con su arcabuz.

Los jinetes se precipitaron valerosamente y audazmente, lanzando salvajes alaridos, contra la granja.

—Quita la cadena a los perros, Kara —ordenó a éste su cuñado.

Ambos mastines se abalanzaron hacia adelante con gran rapidez, ladrando con gran furia y amenazando con morder las patas de los caballos. Muley, Nikola y Mico proseguían disparando, si bien con escaso acierto, ya que los jinetes avanzaban entre las viñas, medio escondidos tras los pámpanos y hojas.

Los mahometanos, al no contar con su *kaymakan*, habían vacilado mucho antes de decidirse a efectuar aquel decisivo asalto, que podía hacerlos dueños de la granja.

Los mastines, acostumbrados a la pelea, espantaban a los atacantes con simuladas acometidas, esquivaban con facilidad los golpes de cimitarra y los pistoletazos y asustaban a los caballos, que se dispersaban y hacían desesperados intentos por librarse de sus jinetes.

Después de una media hora de inútiles esfuerzos, los turcos consiguieron al fin agruparse y se lanzaron al galope tendido contra la granja. En aquel momento se le presentó a Mico la oportunidad de asestar un buen golpe, y apuntando a un sargento que adelantaba la cabeza esgrimiendo su curvado acero descargó el arcabuz. La bala dio en el blanco. El desgraciado calló de la silla. Los mastines se abalanzaron sobre el caído a fin de rematarlo con sus formidables colmillos, y la labor no duró mucho tiempo.

—Ya son solamente diez. Los atacantes desaparecen al igual que las nieves del monte Líbano cuando el sol empieza a morderlas. ¡Si intentásemos un asalto!...

—No, señor Muley. Sois mis huéspedes y he de procurar salvaros.

—Pero si esa gentuza se dará a la fuga en cuanto nos vea sobre los

caballos. Mandad que traigan los corceles y llamad a los perros.

Damoko hizo un gesto con la cabeza.

—No —repuso. —Si el León de Damasco muriese, sobre mí recaería tanto el odio de lo mahometanos como el de los cristianos.

—Esperad, señor.

En aquel momento se oyó dar varias horas seguidas al reloj, que hasta entonces había permanecido parado. El valeroso candiota lanzó una exclamación.

—Eso significa que los socorros se aproximan. Kitar, para prevenirnos, ha dado cuerda al reloj. Kara, prepara los caballos, en tanto que nosotros tenemos a raya a esa chusma.

Los jinetes, acosados de continuo por los mastines, luego de flanquear en frenética carrera la granja, retornaron al viñedo a fin de resolver lo que debían hacer a escondidas. Muley, Damoko, el albanés y el griego siguieron disparando. También Kitar, desde su puesto, disparaba, intentando reducir el número de turcos, más que nunca obstinados en aquel asedio tan poco afortunado. Habían abierto fuego una veintena de veces sin resultado apreciable, cuando surgió Kara ante la puerta con los caballos.

—Montemos —dijo. —Nuestros amigos ya están a poca distancia.

Los candiotas poseían también soberbios caballos, si bien no eran de pura raza árabe, sino cruzada con la de estepa turca.

Se escucharon a distancia un par de tiros de arcabuz, uno detrás de otro. Todos habían subido ya a sus monturas y pudieron observar, alzándose sobre los estribos, a cuatro jinetes, con apariencia de salteadores, que avanzaban por el campo lanzando alaridos que los de la granja tradujeron por «¡Muerte a los turcos!».

—Vamos en su ayuda —exclamó Muley.

Todos se lanzaron como un alud contra los mahometanos, quienes, viéndolos llegar de aquella manera, se espantaron y pretendieron retirarse.

Pero se encontraron con los cuatro refuerzos que acudían con los arcabuces preparados y que, a la primera descarga, mataron a tres guerreros. Los restantes pretendieron defenderse de nuevo con el viñedo en el preciso momento en que aparecían como un torbellino Muley y sus amigos. La embestida fue terrible. Resonaron con gran estrépito espadas y cimitarras, entre sí y contra las corazas, y pronto todos los soldados musulmanes cayeron para siempre, puesto que los perros se ocuparon en rematarlos.

—¡Mézclese la sangre de estos miserables —exclamaban los candiotas —con la de nuestros padres, hermanos, hijos y mujeres, vertida bárbaramente por ellos!

Aquellos dolorosos recuerdos hacían que esos hombres, si bien pacíficos labradores, se mostraban casi tan despiadados como los turcos. En lo que respecta a Muley, tras aquel ataque definitivo se había retirado y presenciaba la matanza de sus compatriotas y antiguos correligionarios con el ceño fruncido en extremo y rechinando los dientes.

—Esto se terminó ya, Korika —dijo Damoko a su vecino y amigo.

—Sí, compañero. En estos momentos se hallan todos ellos en las rodillas de las huríes. ¡Cuan grande es su fortuna!

—¡Gracias por tu preciosa ayuda!

—No hay por qué darlas. Tú hubieras hecho lo mismo por mí.

—No lo habría pensado. Te ha advertido el reloj, ¿no?

—Sí. Al no oírlo sonar imaginé al momento que tenías trabajo con los turcos y salí en seguida con mis tres hijos.

—¿Te fijas en ese hombre, Korika? —inquirió Damoko, señalándole con un gesto a Muley, que, en unión de Mico y Nikola, disparaba contra los caballos turcos, para impedir que regresaran al campamento.

—Un excelente guerrero. Me di cuenta de él cuando se lanzaba al asalto y sentí admiración; él sólo vale por cuatro.

—Pues se trata del célebre León de Damasco.

—¡Por todos los peces del Mediterráneo! ¿El famoso guerrero mahometano que renegó de la Media Luna para abrazar la cruz?

—El mismo.

—¿Y adonde se dirige?

—A la ensenada de Capso.

—¿Se encuentran todavía allí las galeras venecianas de Veniero?

—Sí. Están ancladas, confiando en poder asestar algún golpe a la escuadra del bajá.

—¿Estará libre el camino?

—No encontraremos ni un turco. Por otra parte, somos bastante numerosos, y hallándose a nuestro lado el León de Damasco, ¿qué hemos de temer? Los turcos se han quedado sin un gran guerrero, que lleva en sus venas sangre de Mohamed II.

Muley-el-Kadel volvía con la mecha casi extinguida y en compañía de sus dos amigos. Todos los caballos, al quedarse sin jinete, se dejaron matar sin pretender huir; únicamente intentaron ocultarse en el viñedo y allí recibieron los mortíferos proyectiles de los arcabuces.

—Señor Muley —dijo Damoko, yendo a su encuentro, —¿deseáis que emprendamos la marcha hacia Capso? Esta es la ocasión.

—Será lo mejor —respondió el León de Damasco. —Vosotros, los candiotas, no tenéis ciertamente agua en las venas, como imaginan mis antiguos compatriotas. Os consideran un rebaño de borregos, y sois lobos, auténticos lobos audaces.

—Es una guerra sin cuartel, señor. A pesar de que he abrazado la religión mahometana (claro que de palabra y no de corazón), ¿suponéis que estoy seguro al acostarme todas las noches de que despertaré en paz a la mañana siguiente? Los turcos precisan nuestra sangre con el fin de abonar un campo que cualquier día, como no ocurra algún milagro, habrá de ser suyo. En fin... ¿Nos ponemos en marcha?

—Yo regreso a mi granja —dijo Korika. —Tengo los carneros sueltos, y si

se aproximan los turcos no encontraré ni uno.

—Ve, valiente; ve, y gracias.

El colono saludó al León de Damasco y a sus compañeros y se marchó en unión de sus tres hijos.

—¿Cuándo podremos llegar a la rada?

—Sobre medianoche, señor Muley.

—¿Y qué hacemos con esos cadáveres? ¿Los vamos a dejar así? Cierto es que los mahometanos no se toman la molestia de hacer enterrar a los cristianos.

—Permitamos que los devoradores de cadáveres vivan —aconsejó el candiota, indicando a las aves vultúridas, que acudían por bandadas al viñado. —Mañana nadie podrá distinguir por los huesos si los caídos eran turcos o cristianos. Pero emprendamos la marcha antes que Sebastián Veniero despliegue las velas para intentar algún golpe de mano en Morea.

Cerraron la puerta y se pusieron en camino. Damoko, al frente del grupo, conducía el destacamento.

Casi a medianoche, Damoko aminoró la marcha. Un fresco y vivificador viento empezaba a soplar procedente del norte: era la brisa del mar.

—Ya llegamos —anunció el guía, intentando ver los enormes faroles de las galeras venecianas.

—Luces —exclamó Nikola poco después. —Son luces de navíos.

—Avancemos —dijo el León de Damasco.

Corrieron por entre los campos y alcanzaron la costa, desde la que empezaron a gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Auxilio!... ¡Auxilio!... ¡Cristianos!...

En la pequeña rada, oculta entre las altas escolleras, encontrábase ancladas seis galeras muy altas de tres ordenes de remos, las mejores que la República había sido capaz de construir en el Adriático.

Al escuchar aquellas exclamaciones los marineros venecianos dispararon unos cuantos arcabuzazos al aire y echaron al agua una gran lancha armada con una culebrina y a ella saltaron un oficial y algunos remeros. Avanzaron en dirección al grupo, en tanto que los arcabuceros de la galera, en previsión de una posible trampa, apuntaban sus armas hacia Muley y sus compañeros.

—¿Quién sois? —indago el oficial

—Me llamo Damoko y me acompaña el famoso León de Damasco.

—¿Os persiguen?

—No. Hemos aniquilado un pelotón de caballería turca que nos perseguía y no hay un soldado musulmán en veinte millas.

Los marineros alzaron las linternas, los examinaron detenidamente uno por uno, y el oficial dijo:

—Venid a bordo. El León de San Marcos os protege en sus galeras.

14. Sebastian Veniero

Sebastián Veniero, que posteriormente habría de inmortalizarse en el combate naval de Lepanto, era el mejor y más valeroso almirante con que contaban los venecianos.

Siendo todavía muy joven dedicó por entero su vida al mar, al igual que solían hacer los hijos de los nobles de la Serenísima, iniciando largos viajes, en especial a Oriente, en donde siempre, o casi siempre, había oportunidad de entablar batalla con las flotas turcas que pirateaban por aquellos mares.

Cuando comenzó la guerra contra Turquía, el hábil y valeroso marino, ascendido a la categoría de Gran Almirante, a pesar de que tenía ya setenta y dos años, desempeñó un muy importante papel en la defensa de Chipre. Con escasas naves, y no ciertamente de reciente construcción, realizó prodigios, y más hubiera conseguido si el almirante Ángel Zane le hubiese apoyado con su escuadra en lugar de invernar con toda tranquilidad en una bahía del archipiélago.

Antes de ser enviado a luchar contra los turcos estuvo en Brescia como capitán general, y después en Udina en calidad de delegado de la República para tratar, con los representantes de Fernando I, de arreglar las grandes diferencias relativas a los límites existentes entre la República y Austria, demostrando ser un excelente diplomático.

No obstante, era más hombre de acción que de palabra y anhelaba principalmente combatir a los turcos, a quienes había jurado odio implacable. El poderío mahometano alcanzó su máximo esplendor hacia mediados del siglo XVI y no respetaba ya tratados ni convenciones. «¡Siempre adelante con nuestras cimitarras y nuestras galeras!», era el grito de guerra que surgía de infinidad de pechos fanáticos, siempre prestos a morir por Mahoma.

Aunque espantada, Europa no hacía nada por terminar con el desmedido orgullo de los bárbaros orientales, que, sin embargo, habría de disiparse a

no tardar en Lepanto.

Sólo Venecia poseía colonias y muchos intereses en el Este, muy pocos los genoveses y los españoles.

A fines de 1569 llegó a Constantinopla, agrandada hasta la exageración, la noticia de haberse incendiado el arsenal de Venecia y quedado su escuadra destruida. Era sultán en aquel tiempo Selim II, gran aficionado al vino de Chipre, y que no estaba dotado de ninguna de las grandes cualidades de Mohamed II.

Imaginando que el fuego había extinguido el poder naval de la Reina del Adriático, declaró de una forma inopinada la guerra a aquella república y envió contra Chipre trescientas galeras con cien mil hombres de desembarco.

Venecia, que si bien con muy menguada flota, estaba acostumbrada a combatir a los turcos, acepto el reto, y ya sabemos lo que ocurrió.

Perdida, por último, la isla, Venecia, espantada y temiendo que al crecer el poderío turco terminara por tomar todos sus dominios orientales, volvió la vista a Pío V, solicitando de él que ejerciera influencia sobre los Estados cristianos para que la ayudaran.

Él papa no desatendió aquella demanda de ayuda y pronto consiguió el apoyo de Felipe II, rey de España, quien envió a Italia una formidable escuadra, bajo el mando de Juan Andrés Doria. El pontífice puso a disposición de la República su flota, a las órdenes de Marco Antonio Colonna. Mientras tanto, todos, de común acuerdo, se disponían a asestar el golpe definitivo, en el golfo de Lepanto, al poderío otomano.

En el momento en que el León de Damasco y sus amigos llegaron ante la nave capitana, el anciano almirante, todavía despierto, hablaba con su sobrino Lorenzo, ya vencedor, a pesar de que casi era un adolescente. Se hallaba sentado en el castillo de popa y tenía la pierna extendida sobre una silla.

Al ver a Damoko y a Nikola, a quienes ya conocía y de los que había tenido ocasión de apreciar otras veces su patriotismo veneciano y su aborrecimiento hacia los turcos, hizo intención de incorporarse. Pero el León de Damasco se acercó para impedirselo y dijo:

—No, señor almirante. No debéis levantaros para saludar a Muley-el-Kadel.

El nombre del bravo y antiguo musulmán gozaba ya de gran reputación en Italia, y Veniero le contempló con gran interés, en tanto que le respondía:

—¡El León de Damasco! Vuestro nombre es demasiado bien conocido en Venecia para que todo buen veneciano no se sienta complacido de veros. ¿Llegáis de Candía?

—Sí, almirante.

—¿Qué pasa por allí? ¿Terminará aquella infortunada ciudad igual que Famagusta?

—Se aguanta, se lucha de día y de noche y se muere por la Serenísima con el nombre de Jesús en los labios.

—¿De manera que su caída no puede considerarse como inmediata?

—¡Oh, no! Todavía tiene que dar mucho trabajo a los turcos antes que se decidan a lanzarse al asalto.

—Si habéis tenido el atrevimiento de abandonar la ciudad para venir en mi busca, no cabe duda de que tenéis alguna poderosa razón para ello.

—El bajá ha raptado a mi hijo, que vivía en el palacio de Loredán, en el Gran Canal.

—¡Ah, miserable! ¿Qué intenta? ¡Pretenderá hacer de él un pequeño mahometano! Como vos habéis renegado del Islam, ese bandido habrá pensado, a cambio, proporcionar otro secuaz al profeta.

—Al parecer todo ha sido cosa de Haradja.

—¿Haradja? ¿La castellana de Hussif?

—Sí, almirante.

—Cierto es que es sobrina del bajá, pero que no caiga en mis manos, puesto que no miraré que sea mujer. ¿Dónde está vuestro hijo? ¿En la nave almirante?

—Sí —repuso Nikola, —y encerrado en el camarote del centro.

—¿Le han maltratado?

—Hasta el momento, no. Abandoné la galera almirante y pude cerciorarme de ello.

—Si no me equivoco, tú eres marinero del bajá.

—Sí, almirante.

—He aquí un hombre que puede ser de gran utilidad —murmuró Veniero.
—¿Con cuántas galeras cuenta el bajá?

—Con doscientas, señor. Y todas en magníficas condiciones y muy bien armadas.

El almirante hizo un gesto de desaliento, pero no tardó en recuperar todas sus energías.

—¡Cualquiera sabe! —comentó para sí. —Una sorpresa siempre podría...

Clavando los ojos en Muley, añadió:

—No será sencillo libertar a vuestro hijo... No obstante habéis prestado demasiados servicios a Venecia para que dude en ayudaros.

—He venido también para proponeros otro golpe de mano.

—Veamos.

—Mi padre, el bajá de Damasco, fue apresado por Haradja, con la ayuda de unas cuantas galeras de su tío, se le sometió a tortura y se le encerró en uno de los subterráneos del castillo de Hussif.

—¡Castillo maldito, que en cien ocasiones hubiera yo destruido ya de haber dispuesto de medios a tiempo!...

Pues allí se encuentra mi padre.

—¿Vive en el castillo la sobrina del bajá?

—No. Está a bordo de la nave almirante, herida en un duelo frente a las

murallas de Candía, por mi esposa...

—¡Ah! La duquesa, vuestra mujer, es la mejor espada de la cristiandad... Incluso a vos mismo hirió ante los muros de Famagusta, ¿no es cierto, Muley?

—Y no lamento la herida ni la humillación. De no ser a causa de ella aún sería yo musulmán.

—Es verdad. No obstante, aseguran que sois la mejor espada de Venecia, igual que lo fuisteis en el ejército turco.

—Sí, lo fui, pero no en el de Venecia: mi mujer me aventaja.

—Galantería de auténtico caballero.

—No, almirante. Mi esposa, como bien habéis afirmado hace un momento, es la mejor espada de la cristiandad.

Sebastián calzó su pantufla, pues no podía soportar el peso del escarpe, y con un gran esfuerzo se incorporó.

—No se ganan los combates hablando, como ha advertido, si bien con algún retraso, el Senado de Venecia.

Avanzó unos pasos sin apoyarse en nada ni en nadie y, poniéndose ante Muley, le preguntó:

—¿En primer lugar el padre o el hijo?

—El hijo —contestó el León de Damasco.

—¡Ah! ¡Si pudiese preparar una trampa a ese endiablado bajá con escasas galeras!

—¿Y por qué razón no, almirante? —adujo Nikola. —Con remitir a ese malvado una carta ordenándole que acuda en seguida a recibir instrucciones del sultán... Desde luego es cierto que para ello se precisaría poseer un sello de los sultanes.

—Dispongo de dos que me regaló el conde Moceñigo —repuso el almirante. —Los cogió en una galera turca cuando su audaz golpe de

mano frente a Constantinopla. ¡Ah! ¡Ese sí que fue un excelente marino! Si Venecia hubiese dispuesto de un par como él, en este momento la escuadra de Alí-Bajá se encontraría en el fondo del Mediterráneo... Pero aún no está todo perdido. Ya llegará nuestra oportunidad y aniquilaremos el poder naval otomano. De forma, que decías, Nikola, que podría escribir una misiva a Alí... ¡Hum! Es demasiado desconfiado para que caiga en la celada. No obstante, se puede intentar..., siempre que encontremos un hombre para llevar la carta.

—Aquí me tiene usted a mí para llevar a cabo tal misión, señor almirante —dijo Mico. —El bajá no me ha visto en su vida y puedo pasar ante él por un turco más o menos real.

—Reconozco tu bravura. Pero te debo prevenir que los turcos no se andan con contemplaciones y que acaso te descuartizarían vivo, como a Lorenzo Tiépolo que contaba setenta años, o te hicieran pedazos igual que a Astorre Baglione, o te mataran con navajas de afeitar como a Marco Antonio Bragadin.

—Ya conozco la crueldad de esos miserables —repuso el albanés. —Pero os garantizo, señor almirante, que llevaré la carta si alguien me acompaña en la canoa que me entregaréis para ello.

—Si me desembarcas antes que lleguemos junto a la flota —intervino el griego, —yo voy contigo.

—De acuerdo, amigo. Únicamente aguardo la carta y una chalupa de vela.

—Al momento estará preparada —aseguró Veniero. —Conozco bien el turco y lo escribo con toda corrección. Confiemos en que el bajá, por esta vez, abandone su acostumbrado recelo y caiga en la trampa.

Con ayuda de su sobrino entró en el cuarto, en tanto que los marineros, a una orden suya, echaban al agua la canoa más ligera, proveyéndola de una vela latina y dos remos.

El León de Damasco se aproximó con viveza a Mico y preguntó:

—¿Te será posible?...

—Os comprendo, señor. Desearíais que intentara libertar a vuestro hijo del poder de Haradja.

—Y tienes hecha tu fortuna.

—No deseo la fortuna, señor. Pero considero tal empresa muy superior a mis fuerzas. No obstante, os aseguro que si puedo intentar ese golpe, lo procuraré sin preocuparme por mi vida.

Regresaba ya el almirante al castillo de popa, llevando en la mano una carta cerrada con un gran sello.

—Ten, para el bajá —anunció, dándosela al albano. —Si te pregunta qué hay dentro, contesta sencillamente que noticias del sultán. No vendrá; pero si no se incurre en alguna imprudencia, acaso caiga en la celada, ya que a fin de cuentas Alí no es Mahoma. ¿No sentirás temor?

—No, señor almirante. Si la lancha está lista, nos pondremos en marcha ahora mismo..., contando con que Nikola venga conmigo.

—Entonces, vamos —replicó el griego. —Yo conozco con toda exactitud la situación de la flota del bajá en la ensenada de Candía. Si yo tuviese fuego griego, me sería posible incendiar la galera almirante sin temor a errar.

—¿Y mi hijo? —interrumpió el León de Damasco.

—Estáis en lo cierto señor. El niño no permitirá muchas empresas audaces.

—¿Deseas que embarque contigo, Nikola? —inquirió Muley.

—De ninguna manera —objetó el almirante. —Los turcos se alegrarían demasiado si pudiesen desollarlos. Dejad a estos bravos que se las compongan ellos solos.

—¿La lancha?... —indagó Mico.

—Está preparada ya —repuso un oficial. —Podéis embarcar cuando os plazca.

—En marcha, Nikola.

—Una palabra —dijo el almirante: —me imagino que no tardaréis menos de doce horas en alcanzar la ensenada de Candía, a pesar de que vais a tener viento muy favorable. Pero de todas maneras, procurad no llevar a

cabo la empresa hasta que anochezca. De esta forma, en el supuesto de que el bajá cayera en la trampa, no podrá comprobar si los asaltantes con quienes se enfrenta son turcos o son venecianos. Id, valientes, y que san Marcos os guarde.

Ambos hombres descendieron unos instantes más tarde por una escala de cuerda a la canoa, que varios marineros retenían, ya que el viento era bastante fuerte. Se trataba de una chalupa de las que los venecianos denominaban *caiccio*, corta y ancha, pero buena velera y veloz siempre que la gobernara un buen timonel.

—Dejadnos —solicitó el griego a los marineros. —Ahora nos corresponde a nosotros.

—Feliz viaje, señores —contestaron los marineros, subiendo rápidamente a la galera.

—Para mí el timón y para ti la vela —indicó el griego a Mico. —Los albaneses os ejercitáis mucho en el lago de Escodra.

—Y son raros los montañeses que lo han recorrido tanto como yo, compañero —repuso el leal criado de Muley. —Podría convertirme en gaviero de primera sin necesidad de examen.

Una vez que la vela fue desplegada, la barca se alejó con gran rapidez en dirección a levante. La noche era muy hermosa, aunque sin luna, y el Mediterráneo semejaba una balsa. Soplabla una brisa bastante viva de poniente, alzando sólo de vez en cuando algunas olas espumosas, las cuales se estrellaban contra la costa con gran fragor.

—Llegaremos a Candía sin cansarnos. Pero ya es hora de que hablemos. ¿Dónde debo desembarcarte?

—A un par de millas de la ciudad, entre una serie de escolleras que tienen grutas habitables.

—¿Yo continuaré con la embarcación hasta alcanzar la galera del bajá?

—Sí, ya que la costa no es muy apropiada para marchar a pie y, por otra parte, podrían dispararte antes que tuvieras ocasión de enseñar la carta del sultán.

—¿Te podré recoger allí más tarde?

—Haré cuanto pueda por estar. Pero no te inquietes por mí.

Conozco la isla palmo a palmo, y trabajo van a tener los turcos para encontrarme.

—¿Caerá en la celada el bajá?

—¡Cualquiera sabe! Es en extremo desconfiado, pero tal vez ante una misiva del sultán no dudará en levar anclas.

—¡Ah! ¡Si primero pudiese salvar al hijo de mis señores!... Debo intentarlo.

—Empresa vana, cuyo único resultado ha de ser que te empalen. El niño se halla muy bien vigilado.

—¿En el castillo de popa?

—Sí.

—Pues se hará todo lo posible —repuso el albanés, decidido a realizar alguna diablura.

—¡Sobre todo ten mucho cuidado con Haradja!

—Sé de cuanto es capaz esa terrible mujer.

—¿No te ha visto nunca?

—No.

—¿Y tú a ella?

—La vi cuando combatía contra mi señora, y es de esos tipos que no resulta fácil olvidar.

—Efectivamente: yo no me casaría con una mujer de esa clase, y mi señor hizo perfectamente en dejarla plantada.

—¡Cualquiera puede asegurar si a estas horas viviría! Por las venas de Haradja corre una sangre maldita que parece incitarla a derramar la de sus semejantes. Ensancha la vela del trinquete y amaina algo la vela latina.

El viento era ahora mucho más intenso y alzaba imponentes olas que se estrellaban con fragor infernal alrededor de la chalupa. Extrañas luces pasaban bajo las aguas del Mediterráneo. Las medusas debían de haberse agrupado en buen número a dos o tres metros de profundidad y lo iluminaban con sus matices, parecidos a luces eléctricas de diversos colores.

Nikola examinó detenidamente la costa, que se perfilaba sin la menor escollera a una milla de distancia aproximadamente, y, retornando al timón, exclamó:

—Todo marcha bien.

Hacia las cuatro de la mañana los sorprendió el sol frente a una pequeñísima ensenada desierta que se adentraba mucho en tierra. Antaño debió de ser un importante puerto pesquero, pero los turcos no solamente habían destruido sus barcas y redes, sino así mismo acabado con los pescadores. Y la destrucción mostraba huellas de haber sido reciente, ya que por entre el agua cristalina y tranquila de la rada el griego y el albano advirtieron dos hombres totalmente desnudos atados a un áncoa grande de galera.

—¡Qué canallada! —exclamó el griego, mientras sus mejillas enrojecían como consecuencia de la ira. —Esos perros mahometanos no se hartan jamás de carne cristiana.

A pesar de que no distinguieron por parte alguna ni exploradores ni jenízaros por tierra, ni bajel ni chalupa de ningún tipo por el mar, antes de anclar, y como medida de precaución, arriaron las velas, encendiendo al instante las mechas de los arcabuces. A escasa distancia de donde fondearon había una antigua muralla, medio quemada y derrumbada, pero que en caso de peligro podrían utilizar como refugio.

—Si llegasen, nos introduciríamos en esa caseta y los acogeríamos igual que en la granja de Damoko —comentó el albanés.

Saltaron a la playa disponiéndose para el almuerzo —ya que el almirante había hecho que les suministraran abundantes provisiones, —y luego de comer se tumbaron en la arena, bajo la sombra de la casamata, sin perder ni un solo momento de vista la lancha y esperando a que el sol comenzara

a declinar.

Aunque a bastante distancia de Candía, se escuchaban de vez en cuando los cañonazos de las bombardas mahometanas contra la plaza asediada. Los estampidos de las culebrinas venecianas no llegaban a sus oídos sino muy espaciadamente y muy poco distintos.

El griego y el albanés, ya tranquilizados, se prepararon en un par de ocasiones la comida en el interior de la casamata con el fin de que los merodeadores turcos no distinguieran el humo, y al declinar la tarde volvieron a desplegar las velas. Paulatinamente el sol se iba hundiendo como inmenso globo de fuego en las aguas del Mediterráneo, y las anchas olas ya no se estrellaban contra la costa, a pesar de que soplabá un vivo viento mistral. Las estrellas empezaban a surgir en el firmamento y las medusas, como si tuviesen envidia, querían competir, a un par de metros bajo el agua, con sus fosforescentes destellos, más intensos que nunca.

—De aquí a una hora o poco más nos encontraremos en Candía —dijo Nikola —¿No sientes palpitaciones en el corazón?

—No.

—No obstante, tu empresa amedrentaría al más osado.

—¡Bah! Hablo el turco igual que un bajá, rezo como un muecín. ¿Quién puede considerarme cristiano, llevando por añadidura una carta del sultán? Sabes bien que en Constantinopla viven muchos compatriotas míos.

—¡E incluso dentro del harén! Sois los preferidos, porque piensan que vosotros sois verdaderos mahometanos.

—No, Albania no es musulmana ni turca aún. Que acudan a nuestras montañas y ya verán si les es posible izar la enseña del sultán y la Media Luna en nuestras cumbres.

—¡Fijaos! ¡Luces!

—¡La flota del bajá!

—Espera. Sí, es verdad. La supuse más lejos.

—¿Y tu escondrijo?

—Espera todavía.

La embarcación siguió navegando rápidamente una o dos millas y el griego la condujo hacia la costa, donde se distinguían varias escolleras y de donde llegaba el intenso rumor de la resaca.

—Ése es mi escondite. Allí existen cavernas que han sido utilizadas como refugio por muchos cristianos acosados por las cimitarras turcas. Casi no se hallan ni a un par de millas de la rada de Candía, y no hay otras escolleras similares en la costa ¿Sabrás regresar a recogerme?

—No erraré. Luego de que haya entregado la misiva, si el bajá no me hace empalar o desollar, vendré en tu busca, compañero.

—Te prevengo por última vez que no pretendas apoderarte del hijo del León, ya que morirás en tu intento sin haber sido de utilidad para nadie. Ya pensaremos en arrebatarse de las garras de la tigresa de Hussif.

Tomó el saquito con provisiones, se lo puso al hombro y, tras cerciorarse de que pendía de su cinto el yatagán, saltó a la playa.

—Debes marcharte en seguida. Los espías no escasean.

—Buenas noches, Nikola, y que Dios nos proteja.

El albanó apartó la chalupa de la playa con el remo, colocó la vela al viento y partió raudo. Había caído ya la noche. El griego siguió a la embarcación con la vista mientras le fue posible y se encaminó luego a una gruta que le era muy conocida. En breves minutos se encontró donde quería. Se volvió para intentar distinguir desde aquella prominencia de más de cincuenta metros de altura a la chalupa, pero ésta había desaparecido.

—¡Tremenda empresa! —murmuró. —Ese albanés tiene sangre...

De improviso sintió que le asían fuertemente por los hombros y oyó un par de roncas voces que exclamaban.

—¡Ah, perro cristiano!

Tan inopinado fue aquel ataque, que al griego no le dio tiempo de

descolgarse del hombro el arcabuz para utilizarlo como una clava, ya que tenía la mecha apagada. No tuvo ocasión ni de desenvainar el yatagán. Dos hombres, un par de marineros de la escuadra del bajá, surgían de la caverna, tropezaban con él y le reducían de improviso a la más absoluta impotencia.

—¿Qué hacías en este lugar, perro asqueroso? —inquirió el turco de más edad, un tipo barbudo de aspecto feroz.

Le habían quitado las armas y le sujetaban por los brazos, sacudiéndole con rudeza.

—No soy cristiano —se defendió Nikola. —Como podéis ver hablo el turco igual que vosotros.

—Sí, todos afirmáis lo mismo para salvar la piel —respondió, echándose a reír, el de la barba. —Pero no me engañas, cerdo.

—He servido al bajá hasta hace escasos días. Era uno de los maestros de la galera capitana.

Ambos turcos, que blandían relucientes yataganes y llevaban al cinto grandes pistolas, lanzaron una carcajada al mismo tiempo.

—¡Puerco asqueroso! Intenta engañarnos, como si con ello hubiésemos de soltar la presa. ¿Qué dices tú, Quitab?

—Estás en lo cierto —aprobó el segundo marinero. —Los cristianos son magnífica presa y valen buenos cequíes.

—¿Qué pretendéis? —inquirió el griego, que no hacía el menor esfuerzo por librarse.

—¿Qué pretendemos? ¡Ja, ja, ja! ¿Acaso has topado en tu vida, Quitab, con un hombre tan necio como éste?

—No.

—Yo tampoco. Señor maestro del bajá, vamos a regalar vuestro pellejo. Las cabezas de los candiotas se pagan a un cequí cada una, y con un cequí unos pobres marineros como nosotros tienen para beber vino de Chipre, igual que lo bebe nuestro sultán durante toda la semana.

—¿Y dónde se paga a un cequí? —indagó Nikola.

—En la nave del almirante.

—De esa manera, cuando el bajá vea mi cabeza ordenará que os empalen.

—Poco a poco, marinero de agua dulce, que jamás en tu vida estuviste a bordo de una galera. Ya comprobaremos si la cabeza que llevamos no la paga. ¡Venga, asqueroso cristiano! ¡Basta de cháchara y prepárate a morir!

—Has hablado perfectamente. Yo no deseo perder el cequí.

—¿De qué forma le acomodamos?

—Tengo una idea —adujo Quitab. —Yo jamás he visto una cabeza cristiana saltar en pedazos igual que una granada.

—¿Y qué? —inquirió el de la barba, con alguna inquietud.

—Pongamos en sus manos dos de nuestras pistolas y obliguémosle a que se salte la tapa de los sesos.

—¡Miserables! —barbotó el griego, haciendo un intento desesperado por librarse.

—De esta manera —continuó Quitab —la cabeza seguirá siendo cristiana y la cara quedará totalmente irreconocible. En el supuesto de que no obedezca le degollaremos con nuestros yataganes.

—Considero mejor otra cosa —rebató el de la barba. —Lo amarramos al ancla de nuestra chalupa y lo hundimos suavemente en el mar y ya verás que rápidamente los cangrejos y otros animaluchos le desfigurarán la cara.

—Razonas con tanta insensatez como un gato de Angora. El bajá podría alegar que habíamos capturado un cadáver cualquiera hace más o menos tiempo. Entonces ¡adiós cequí!

—Hablas tan bien como el mismo Mahoma. Pero, oye, Quitab, ¿piensas que la cabeza quedará presentable?

—Estoy seguro.

—¿Incluso con nuestros pistolones? ¿Te apuestas el cequí?

—Va apostado.

—Pues vamos a comprobar cómo estalla una cabeza humana.

—Encendamos las mechas.

Soltaron al griego, el cual, por otra parte, no podía huir con facilidad, encontrándose como se encontraba en la cumbre de la escollera, y prepararon sus armas con absoluta tranquilidad, como si se tratase de matar a un perro sarnoso.

—¿Qué debo hacer? —interrogó Nikola una vez que vio encendidas las mechas.

—Saltarte la tapa de los sesos —repuso el tipo de la barba. —Hemos apostado respecto a tu cabeza, y como es lógico ni mi compañero ni yo deseamos perderla. Pero has de dispararte ambas pistolas al mismo tiempo; así que, ¡ea!, cierra los ojos y aprieta el gatillo.

—Entregádmelas. Estoy ya muerto.

Los marineros le dieron las pistolas por la culata y el barbudo exclamó:

—¡Salta ese coco, cristiano!

Nada más lanzar aquella exclamación de burla, retumbaron dos disparos, a los que siguieron dos alaridos. Nikola, tras empuñar las pistolas, en lugar de apuntar a sus sienes para complacer a aquellos asesinos, retrocedió tres pasos y descargó las pistolas contra los mahometanos, en tanto que decía:

—Voy a ser yo, necios, quien haga saltar los melones turcos.

Y los marineros se desplomaron frente a la entrada de la caverna, mientras de sus frentes heridas manaba abundante sangre, ya que habían sido atravesadas por las balas.

Cogió las armas y municiones de ambos cadáveres y, agarrando a éstos, uno detrás del otro, los arrojó al abismo desde lo alto de la escollera.

Se oyeron dos chapoteos; después nada.

Los musulmanes se habían reunido ya con las huríes.

(La narración de esta obra concluye en *La galera del Bajá*)

Emilio Salgari



Emilio Carlo Giuseppe Maria Salgarin 1 (Verona, 21 de agosto de 1862-Turín, 25 de abril de 1911) fue un escritor, marino y periodista italiano. Escribió principalmente novelas de aventuras ambientadas en los más variados lugares —como Malasia, el Océano Pacífico, el mar de las Antillas, la selva india, el desierto y la selva de África, el oeste de Estados Unidos, las selvas de Australia e incluso los mares árticos—. Creó personajes, tal vez el más conocido de ellos sea el pirata Sandokán, que alimentaron la imaginación de millones de lectores. En los países de habla

hispana su obra fue particularmente popular, por lo menos hasta las décadas de 1970 y 1980.

Emilio Salgari nació en el seno de una familia de pequeños comerciantes, hijo de Luigia Gradara y Luigi Salgari. En 1878 comenzó sus estudios en el Real Instituto Técnico Naval «Paolo Sarpi», en Venecia, pero no llegó a obtener el título de capitán de gran cabotaje. Su experiencia como marino parece haberse limitado a unos pocos viajes de aprendizaje en un navío escuela y un viaje posterior, probablemente como pasajero, en el barco mercante Italia Una, que navegó durante tres meses por el Mar Adriático, hasta atracar en el puerto de Brindisi. No hay evidencia alguna de que realizase más viajes, aunque el propio autor así lo afirma en su autobiografía, declarando que muchos de sus personajes están basados en personas reales que conoció en su vida como marino. Salgari se daba a sí mismo el título de «capitán» e incluso firmó con él algunas de sus obras.